

CRIMEN & CIA.

B. M. Gill

**EL JURADO
NÚMERO
DOCE**



Un hombre acusado del asesinato premeditado de su mujer permanece tranquilo, arrogante y seguro de sí mismo. Pero las apariencias engañan. Hasta el propio abogado defensor ignora el tormento interior de su cliente cuando mira indiferente a los miembros del jurado que prestan el juramento de ley. ¿Qué pueden saber esas personas extrañas sobre su pasado, sus motivaciones y su vida privada? A la hora del veredicto, cuando los doce jurados se reúnen para decidir la suerte del acusado, hay uno de ellos que esconde un secreto imposible de revelar.



B. M. Gill

El jurado número doce

Crimen & Cia. - 45

ePub r1.2

Titivilius 05.07.15

Título original: *The Twelfth Juror*

B. M. Gill, 1984

Traducción: Julia Inés Benseñor de Jais

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



PRÓLOGO

Juro por Dios Todopoderoso que juzgaré fielmente el caso enjuiciado entre nuestra soberana la Reina y el acusado y juro que emitiré un veredicto de acuerdo con la evidencia.

Doce ciudadanos, citados perentoriamente para oficiar de jurados en el Old Bailey, el fuero criminal de Londres (*de lo contrario que Dios y la Reina me lo demanden*), se disponen a prestar juramento en el juicio contra Edward Carne, presentador de televisión, acusado de asesinar a su mujer, Jocelyn.

La mayoría de ellos preferiría proseguir con sus vidas en paz. Otros en cambio disfrutarán de la experiencia. Algunos llegarán a sentirse preocupados y angustiados.

Responderán a este desafío e interpretarán las pruebas según sus propios temperamentos. Todos son falibles. Algunos lo saben y tienen miedo.

Ellos son:

- *Thomas Leary*: cincuenta y nueve años, soltero. Nacido en Irlanda, pero residente en Inglaterra desde hace veinticuatro años. Profesión: profesor de estudios clásicos en la universidad de King.
- *Sarah Gayland*: veintisiete años, soltera. Nacida en Yorkshire. Trabaja como secretaria de un dentista.
- *Peter Lomax*: treinta y tres años, casado. Acaba de ser nombrado asistente del jefe de compras de alfombras en una importante tienda londinense.
- *Colin Middler*: cuarenta y seis años, casado. Ejerce de pedicuro junto con su esposa.

- *James Cornwallis*: sesenta y cuatro años, viudo. Electricista y contratista de calefacción central. Trabaja como independiente.
- *Irene Sinclair*: cincuenta y siete años, soltera. Trabajó como intérprete para una firma de exportaciones. Ahora está jubilada.
- *Selina McKay*: cuarenta años. Casada con un médico. Dos hijos. Se dedicó al estudio de las piedras preciosas y ahora diseña joyas de fantasía.
- *Trina Thompson*: veinticuatro años, pero parece más joven. Convive con un asistente social. Es maestra en un jardín de infancia.
- *Sam Jacobson*: cuarenta y ocho años, casado. Tres hijas pequeñas. Dueño de un bar con licencia para expender bebidas alcohólicas.
- *William Dalton*: cuarenta y cinco años, viudo. Trabajó durante algunos años como ingeniero de minas en Sudáfrica. Ahora está sin empleo.
- *Elaine Balfour*: cincuenta y tres años. Viuda de un granjero de Northumbria. Nació en Londres, y al morir su marido, regresó a la ciudad.
- *Robert Quinn*: treinta y ocho años, divorciado. Un hijo pequeño. Trabajó como periodista en el *Times* antes de quedar en paro. Dueño de la casa que unos músicos ambulantes usan como albergue.

CRIMEN & CIA.



EL JUICIO

1

EL SECRETARIO de la corte se dirigió al acusado:

—Prisionero de la corte, las personas que procederé a nombrar son las que constituirán el jurado en este proceso. Si tiene alguna objeción contra alguno o contra todos ellos, deberá expresar su objeción cuando se aproximen por separado a prestar juramento sobre la Biblia. Deberá hacerlo antes de que juren y su objeción será atendida.

—¡Empiece de una vez! —replicó Carne.

Las palabras que eligió no fueron muy felices, no eran respetuosas. Llevaba puesta su personalidad televisiva como si fuese una segunda capa de piel y no podía deshacerse de ella, sobre todo en ese momento en que estaba otra vez frente a un público. El pánico, la furia y la desesperación bullían en su interior como el brebaje de una bruja, pero no se notaba. Si hubiese estado frente a un pelotón de fusilamiento, habría mostrado la misma expresión imperturbable y sin embargo se habría sentido igualmente mal. En esa otra situación las palabras que pronunció podrían haber resultado adecuadas.

—Pido disculpas —se corrigió—. Por favor, prosiga.

Sonó profundamente sarcástico, aunque no fue ésa su intención.

Roy Mc Nair, el abogado defensor, se cuidó muy bien de mirar al juez directamente a los ojos. El juez Spencer-Leigh estaba convencido de que la gran masa estúpida tenía televisores y que la minoría intelectual menospreciaba ese medio de comunicación masiva. El juez se jactaba de no haber visto jamás un programa

dirigido por Edward Carne. Carne, hasta hace poco locutor en un programa periodístico y director de «Arcadia», un programa cultural con escenarios rurales, tenía una gran cantidad de entusiastas seguidores. Cientos de televidentes hicieron una fila larga para conseguir una plaza en el Juzgado número Uno de la corte y aquellos que llegaron primero, que se quedaron firmes durante horas bajo el aguacero matinal, estaban en ese momento sentados, mojados, cansados pero contentos, en lugares privilegiados desde donde tenían una buena visión. La corte olía a impermeables húmedos. A las nueve y media, el sol de julio ya se había filtrado por entre las nubes, y la multitud, nuevamente reunida, entorpecía el tránsito. A fin de controlarla, se había requerido la presencia de más efectivos de la policía. Al juez le disgustaba llamar la atención y Mc Nair lo sabía bien. Tanto él como el ayudante de Carne, John Richardson, le habían advertido a Carne en las diversas entrevistas que habían mantenido con él que debía ocultar su personalidad televisiva y actuar como un mortal común y corriente.

—Como un hombre con dificultad para expresarse, inseguro, asustadizo y de pocas luces —describió Carne.

—Recuerde que la única cobertura televisiva que tendrá será cuando entre y salga de la corte —le replicó bruscamente Mc Nair—. Adentro no habrá ninguna cámara enfocándole. Tal vez sea su *show*, pero no es usted quien lo estará dirigiendo y los errores que cometa no podrán ser eliminados convenientemente en la sala de producción. Si no sabe cómo seguir, no habrá apuntadores, o como quiera que se llamen. No es quizás una cuestión de vida o muerte, pero se trata de su libertad.

—Es lo mismo —dijo Carne—. Si me mandan a la cárcel, me muero.

—El juicio puede durar mucho tiempo, más de lo que podría resultar cómodo —señaló Mc Nair sin ningún dejo de compasión.

Carne sonrió con ironía.

—En su carácter de abogado defensor, usted debería reconfortarme y brindarme apoyo.

—Yo le apoyo, aunque usted lo hace muy difícil, ya que cada uno de sus comentarios suena a poco serió y su actitud no parece demostrar que necesite palabras que le reconforten.

—Pero las necesito —contestó Carne—. Créame.

El horror de estar detenido en Brixton le había hecho rebajar de peso, pero como tenía muchos kilos de más su aspecto no desmejoró. Era como si acabase de regresar de unas largas vacaciones en las que hubiera caminado mucho por terrenos escabrosos y en las que las raciones de comida hubieran sido escasas. La realidad era como una nube negra que se cernía sobre su cabeza, una nube nociva con olor a orina. Por la noche, cuando por fin logró conciliar el sueño, soñó que tenía una pastilla de cianuro debajo de la lengua. El sueño se convirtió en pesadilla cuando la pastilla, dura y resbaladiza, se negó a partirse. El hecho de ser condenado a muerte era fácil de soportar. A cadena perpetua, no.

Por supuesto cabía la posibilidad de ser absuelto. Esas doce personas cuyos nombres eran pronunciados a medida que entraban en el estrado destinado al jurado podían llegar a declararle inocente y dejarle en libertad. Le habían dicho que tenía prerrogativas para poner objeciones a todos o a cualquiera de ellos. Pero ¿con qué fundamento podía hacerlo? Habían sido seleccionados por votación en un tribunal pleno, como si fuese un juego de Bingo. ¿Mediante qué poder de intelecto, intuición o sabiduría podrían juzgarle? Quizás otras doce personas lo harían mejor. O peor. Les tenía miedo. Les despreciaba. Al observarlos, sintió furia; entonces apartó la mirada.

«Me opongo», pensó. «Me opongo. ¡Me opongo!».

Mc Nair se le acercó porque percibió su tensión.

—¿Conoce a alguno de ellos?

—Son una muestra representativa de mi público televisivo. Son ellos los que me conocen a mí.

—Gajes del oficio. Dudo que pudiésemos encontrar a doce personas que no le conozcan.

—Gracias.

La sonrisa, torcida, divertida. Los ojos, inexpresivos. Carne pasó los dedos por su corbata rayada azul y gris, una corbata correcta, un tanto funeraria, que se adecuaba a la ocasión. Hacía años que no tenía necesidad de comprarse una corbata. Le llegaban a menudo anónimamente, y en especial para Navidad, junto con otros regalos.

—¿Se opone, por alguna razón válida, a alguno de ellos? — insistió Mc Nair.

—Me opongo a que doce personas que no saben nada de mí

jueguen a ser Dios conmigo.

—¿Eso es todo? —Carne miró a Mc Nair asombrado—. Recuerde —agregó Mc Nair con calma— que usted está aquí acusado de homicidio. Deje al jurado en mis manos. Pero si alguien tiene que hacer el papel de Dios, ése es el juez. Le aconsejo no antagonizar con él.

El juez Spencer-Leigh, vestido de color carmesí y con el aspecto de un gallo de plumaje llamativo, ya estaba sentado cuando Carne fue conducido al banquillo de los acusados. Los funcionarios de la corte, con plumajes negros y blancos, ocupaban lugares más bajos en el árbol de las jerarquías. Era como una parodia orwelliana de uno de sus programas; lo único que faltaba era la música. El último programa de «Arcadia» se había grabado en una de las granjas más ricas de Gran Bretaña. El granero, del tamaño del juzgado, estaba cubierto por paja prensada del color de la miel. Alrededor de la puerta se habían colocado macetas con geranios, y un arpista local, emocionado ante la perspectiva de una cobertura televisiva de difusión nacional, tocaba suaves melodías bucólicas. En la época de Newgate, la antigua prisión de Londres, el juez tenía un ramillete de flores, para ocultar el hedor; en la actualidad no era más que una costumbre pintoresca. Por otra parte, los músicos parecían estar bastante sombríos.

El secretario de la corte leyó los cargos en su contra:

—Edward Graham Carne, usted está acusado de haber asesinado, criminal, premeditada e intencionalmente a su esposa, Jocelyn, durante el período que va desde el 2 al 3 de agosto del año pasado. ¿Cómo se declara: culpable o inocente?

—Inocente.

Enfática contestación.

Seguidamente, un grupo de incompetentes consideraría la veracidad del alegato. Era como ser arrojado a un océano profundo y siniestro en el que jugueteaban aficionados. Si ellos lo hundían, ¿sabrían por qué? ¿Considerarían cada punto antes de abandonarlo? ¿Existía la dulce posibilidad de que le rescataran del agua?

Les observó con curiosidad mientras prestaban juramento.

Thomas Leary tenía la Biblia en la mano derecha y leía el juramento escrito en la hoja.

Carne vio a un hombre ya maduro, con las sienes encanecidas y el cráneo calvo y pecoso. Llevaba puesto un suéter tejido a mano en dos tonos de azul y un traje de franela gris. Su acento irlandés, si bien era leve, resultaba siniestro. Uno de los programas más deficientes de «Arcadia» había sido escrito por un hombre de Dublin, un expatriado, y Carne se preguntó si acaso era la misma persona.

Los siguientes cinco miembros del jurado subieron y bajaron rápidamente. La impresión que le causaron fue tan sólo periférica. Inmediatamente encasilló a Sarah Gayland en la categoría de secretaria: una joven inmigrante del norte, rellena y bonita que proclamaba silenciosamente su simpatía hacia Canadá mediante un escudo que llevaba en la solapa de su chaleco rojo oscuro. Por un momento Carne se permitió una fantasía surrealista y maníaca al imaginar a los miembros del jurado atacándose unos a otros en una batalla vociferante acerca del unilateralismo. Luego sus pensamientos volvieron a concentrarse en lo mundano cuando escudriñó a Peter Lomax y a Colin Middler, los siguientes en prestar juramento. Mientras juraba, Lomax dejó traslucir su resentimiento. Se había perdido un viaje al Medio Oriente para comprar alfombras y su decepción se hizo evidente en su voz. Cada una de las palabras zumbaron como granadas de metralla y Carne pudo ver cómo asomaba en él el prejuicio. «Igual que Casio», pensó «flaco y traicionero». Colin Middler, de voz suave y personalidad retraída, estaba enfurecido al pensar en el dinero que podría estar ganando como pedicuro. Pero, a diferencia de Lomax, no demostró su enojo.

Luego vinieron James Cornwallis e Irene Sinclair. A Cornwallis le disgustaba lo que él daba en llamar «fantocheda religiosa» y se sentía ofendido por tener que prestar juramento. Su mujer había fallecido dos años atrás y el vicario de su zona se había negado a officiar el servicio del entierro porque era una familia que no solía asistir a misa. Él, a su vez, le dio la espalda al vicario durante la helada del invierno, cuando las cañerías del clérigo explotaron: Cornwallis no quiso arreglarlas. Era lo justo. Carne, engañado por su apariencia externa de persona tranquila, le consideró casi inexistente.

Irene Sinclair se había alegrado al enterarse de la naturaleza del caso. Sería uno de los juicios de mayor resonancia del año. Leyó el

juramento con solemnidad y, después de devolverle la Biblia al secretario de la corte, le dirigió una sonrisa a Carne. Él la había sacado del tedio y se sentía agradecida. Carne, perplejo ante la sonrisa, no la retribuyó. Se palpó la corbata y se preguntó si había sido ella quien se la había enviado.

El próximo miembro del jurado al que llamaron fue Selina McKay. Leyó el juramento. Luego sostuvo la Biblia durante un instante al mismo tiempo que se detuvo a pensar en cada una de las palabras. «Dios Todopoderoso» lo pronunció con facilidad si bien no tenía el hábito de invocar a Dios. El juzgado parecía una iglesia, pero no reinaba la misma atmósfera. Por lo menos el juez ya no apelaba a la bendición de Dios en un acto de homicidio judicial. Esa blasfemia se había abolido. Carne no sería colgado. Selina no permitió que su mente se aventurara a esa alternativa.

Carne, al tomar conciencia de que esa mujer le recordaba a alguien, la miró fijamente. Era una mujer madura, delgada y rubia, vestida con un traje de verano azul oscuro y una blusa blanca de cuello alto. Era una versión más vieja de la periodista sueca con la que había mantenido relaciones años atrás, cuando Jocelyn estaba embarazada de Frances. Aquello había sido un acto de traición en una época en que Jocelyn necesitaba ternura y cuidados especiales. Deseó no haberlo recordado en ese momento. Jocelyn muerta ocupaba una zona negra en el centro de su imaginación... algo que no se atrevía a definir. Pronto esa zona oscura tomaría forma. Durante el juicio vendría a cubrirse de carne y ropas. Nuevamente cobraría vida en su mente y volvería a oír su voz.

Carne empezó a temblar.

El hecho de ver a Trina Thompson prestando juramento le calmó un poco. Era evidente que estaba nerviosa; murmuró un ¡Jesús!, cargado de pánico cuando se dio cuenta de que tomó la Biblia con la mano izquierda en vez de usar la derecha. «¿Los miembros del jurado pueden ser tan jóvenes?», se preguntó Carne con una mezcla de compasión y diversión. Parecía tener la misma edad que Frances: unos diecinueve. Usaban gafas parecidas: grandes, algo ahumadas y, en el caso de Frances, sin aumento. De pequeña, él fue el preferido. En la adolescencia se volcó hacia Jocelyn. Era muy parecida a Jocelyn. Menuda y regordeta, de ojos castaños y cabello corto y espeso. El buen humor que le había tranquilizado hacía apenas un

minuto empezó a huir de él otra vez.

Ocho miembros del jurado habían prestado ya juramento; sólo faltaban cuatro. Carne esperaba fervientemente que ningún otro le hiciese recordar a Jocelyn o a Frances. Y, de hecho, el noveno, Sam Jacobson, un personaje imponente, no le recordó a nadie. El enorme dueño del bar no tenía ganas de asistir al juicio, pero sabía que tenía que asistir a él. Cuando le alcanzaron la Biblia, frunció el entrecejo y luego preguntó con voz débil si podía jurar sobre el Pentateuco; lo hizo con la cabeza cubierta.

En cambio, William Dalton, pequeño, delgado y con el hábito de pasarse la mano izquierda por la barba rala y de color jengibre, parecía inocuo. Su voz, con aquellas vocales apretadas, traídas de Sudáfrica, resultó baja cuando leyó lo que decía la tarjeta. Para él, Carne personificaba la decadencia británica. No le había visto jamás en la televisión, pero había leído lo suficiente como para prejuzgarlo. Le disparó una mirada que atravesó el juzgado y que Carne de inmediato calificó de despreciativa.

Arriba, en la galería para el público, una mujer tuvo un ataque de tos que duró varios minutos. Sumamente incómoda, se levantó y se fue. La garganta de Carne se le puso áspera en nerviosa reacción. Si a él le agarraba un espasmo de tos, no podría levantarse e irse. Cerró los ojos y tragó saliva convulsivamente.

Elaine Balfour, a quien se le advirtió que no leyera el juramento hasta que la mujer se hubiese retirado, lo leyó con voz clara y agradable. «Prometo cumplir con mi responsabilidad», dijo. Esperaba que fuera con la guía de un Dios benigno, que supiese mucho más que ella. Su observancia religiosa consistía, a lo sumo, en asistir al Festival de la Cosecha, pero creía en una fuerza del bien que hacía crecer las patatas y que en general cuidaba de las cosas. No quería herir a Carne, pero ¿y si había matado a su esposa...? Mantuvo la cabeza hacia un lado para no mirarlo.

Carne, con sus nervios otra vez bajo control, abrió los ojos cuando ella devolvió la Biblia. Con sólo mirarle el perfil y el cabello gris cuidadosamente peinado era imposible formarse una opinión de ella. Había escudriñado y observado a cada miembro del jurado, uno por uno, con distinto grado de interés, pero todavía no sabía qué pensar de ellos individual o colectivamente. Pero cuando oyó a Quinn, el jurado número doce, intercambiando comentarios con el

juez, comprendió que estaba frente al comodín del mazo y se sintió incómodo.

Robert Quinn estaba violando la ley al estar allí. La corte habría aceptado que se negara a officiar de jurado. Cuando recibió la citación un par de semanas atrás no tenía ninguna razón válida para negarse, pero con el transcurso del tiempo las circunstancias cambiaron. En el último momento, cuando se enteró de que se trataba del caso de Edward Carne, se preguntó si podría aducir una súbita enfermedad y liberarse así del juicio. Decidió que no. Allí tendría que poner a prueba su ingenio frente a otras mentes más agudas.

Quinn no puso de manifiesto su renuencia a leer el juramento. Fue como una actuación teatral, representada con una voz rica y convincente, que no guardaba relación con su aspecto. Mientras que todos los demás jurados estaban vestidos con cierto esmero para la ocasión, los vaqueros parcheados y la camisa abierta de Quinn le conferían un aspecto decididamente informal.

El juez habló por primera vez.

—Sabias palabras, señor Quinn.

—Muy imponentes, Su Señoría.

La advertencia estaba implícita. Los miembros del jurado se sentaron en dos hileras de seis. Thomas Leary, el primer miembro del jurado, estaba al final de la primera fila, en el lugar más alejado de Robert Quinn, que estaba detrás de él en forma diametralmente opuesta. Leary conocía a Quinn. Esa voz resonante era imposible de olvidar. Se estiró para poder volver a echarle un vistazo mientras se esforzaba por situarle en la época y el escenario correctos. Tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, por lo tanto no podía ser un contemporáneo de sus días en Dublin. ¿Acaso alguno de sus estudiantes de diez o quince años atrás? Sí, de Oxford. De pronto el recuerdo se le hizo muy claro. Quinn durante un viaje de mescalina. Vociferaba y sollozaba por el sacrificio de Ifigenia. Salió en la oscuridad disfrazado, en apariencia, de Agamenón. Al día siguiente por la mañana, Leary encontró a su gato Tibbies asfixiado en el asiento de atrás del auto de Quinn, aparcado al lado del suyo. El tubo de escape tenía conectada una extensión y era evidente que el motor había estado en marcha hacía largo rato. Era más fácil creer en el hecho de que Tibbies, convertido en Ifigenia, había sido

sacrificado que en que hubiese decidido suicidarse. Eso fue precisamente lo que le replicó a Quinn lleno de furia y dolor. Quinn no lo negó. Más tardé, durante ese mismo día, Quinn se fue de Oxford para siempre. La pérdida de una mente sagaz era una pena, pero Leary lamentó mucho más lo de su gato. En su estrecho lugar, Leary se movió incómodo y se inclinó hacia adelante para ver mejor.

Quinn, que lo recordó en ese preciso momento, se apresuró a apartar la mirada. No guardaba ningún recuerdo de haber matado al gato, pero sabía que lo había hecho. Lo que le tranquilizó fue pensar que no era más que un gato. No porque tuviese algo contra los gatos, fuera del hecho de que le orinaban las orquídeas y se sentaban sobre su colección de estatuas. Sus orquídeas crecían en un invernadero destruido y sus estatuas, al igual que descuidados ángeles de cementerio, estaban esparcidas por el patio, símbolos constantes de una educación clásica que se había literalmente podrido.

Arriesgó una discreta mirada en dirección a Leary, que había dejado de inspeccionarle, y vio su rostro de perfil. El profesor joven se había convertido en un profesor viejo más rápidamente de lo que era de esperar. Eso es lo que la vida académica hacía con la vida de uno: desangraba las arterias. En algún momento del juicio iban a tener que saludarse. Todos, con el tiempo, se verían obligados a hablar entre sí. En ese momento, el enorme hombre-mono con olor a ajo e inclinado sobre su izquierda emitía tímidos ruidos con su voz grave para entablar una conversación con él. Esperó.

—Si no le importa, señor —murmuró Jacobson—, se me está durmiendo la pierna. Necesito sacarla de aquí. Si pudiésemos cambiar de lugar y yo me sentase del lado de afuera, sería mejor.

—Por supuesto.

Quinn se quedó de pie en el pasillo. Una vez que Jacobson pasó delante de él como un enorme púgil furtivo, Quinn ocupó el asiento que había quedado vacío.

El juez estuvo a punto de hacer un comentario mordaz sobre sillas musicales pero se detuvo. Los miembros del jurado estaban allí porque se les había dicho que estuviesen. Merecían cierto grado de cortesía. Durante un período indefinido permanecerían sentados en una proximidad involuntaria. Tal vez llegarían a ser una gran

familia, una familia de inadaptados pero unidos por una misma causa. Esperaba que se comportaran con un razonable sentido común y que nadie fuese antisocial desde ningún punto de vista. Tal vez —así lo deseaba— llegarían al veredicto correcto.

2

GORDON

BREDDON

, abogado de la Corona, se puso de pie para dar comienzo a su discurso de apertura. Era un abogado de larga trayectoria que siempre preparaba sus alegatos con meticuloso cuidado y rara vez los preparaba en el último momento. Sin embargo, la noche anterior había permanecido en vela hasta primeras horas de la madrugada: tenía la mente ocupada en los acontecimientos del día siguiente. El juicio contra Edward Carne tal vez no era el más importante de su carrera, pero sería el primero que le catapultaría a la fama.

—Su Señoría —inclinó la cabeza en dirección al juez; luego se volvió hacia el jurado—, miembros del jurado: me dirijo a ustedes en mi carácter de director de la fiscalía. Tal como ya han escuchado en el auto de acusación, al procesado se le imputa el cargo de homicidio premeditado infligido contra la persona de su esposa, Jocelyn. El demandado se ha declarado inocente. Si la Corona logra probar el caso —más allá de toda duda razonable—, el acusado se hallará culpable de homicidio según lo establecido en el artículo seis de la Ley de Homicidios. —Hizo una pausa para mirar a Carne y luego se volvió otra vez hacia el jurado—: Como representante imparcial de la Corona, es mi deber exponer los hechos ante ustedes y ayudarles en la tarea de descubrir dónde se halla la verdad. El deber de ustedes consiste en escuchar atentamente a los testimonios y luego, a su debido tiempo, decidir si la acusación de homicidio

contra Edward Carne ha sido probada o no en forma concluyente. —Breddon puso especial énfasis en las últimas palabras y, antes de proseguir, hizo una pausa—. Comenzaré por exponer ante ustedes los hechos que condujeron al arresto de Edward Carne.

El asesinato de Jocelyn Carne ya había tenido una amplia difusión por parte de la prensa escrita y televisiva. La frase «el presunto asesino», empleada como talismán contra la acusación de influir sobre el público, se utilizó sin reserva alguna. La redacción de los artículos era mesurada, pero el cuadro desfavorable que pintaban estaba hecho con habilidosas pinceladas llenas de estudiadas insinuaciones.

El jurado y el público de la galería, que ya estaban al tanto de casi todos los hechos, se reclinaban hacia atrás en sus sillas a la espera de oír los detalles que aún no eran conocidos.

Carne, en el banquillo de los acusados, empezó a sentir una extraña disociación. Advirtió que a sus zapatos les vendría bien una limpieza. En Brixton era imposible mantener un grado razonable de aseo personal. Tener los zapatos limpios era un lujo inalcanzable. Los zapatos de la prisión no serían así. Seguramente tampoco se le ajustarían como los que llevaba puestos. Hacía años que usaba zapatos hechos a medida. Se los quitarían. Sería como un niño despojado de todas sus ropas. Desnudo hasta los huesos. Ni siquiera le dejarían la ropa interior. La indignidad infame y última de tener que usar los calzoncillos y las medias de la prisión. Carne se sobresaltó cuando se enteró de que su fianza se terminaba justo antes de comenzar el juicio. ¿Acaso pensaban que se fugaría? ¿O que se cortarían las venas?

Gordon Breddon se volvió y le miró.

—He aquí a uno de nuestros prósperos locutores de televisión —dijo secamente—. Utilizó un minuto entero en apartar la mirada y volverse hacia el jurado—. Me pregunto cuántos de ustedes, al mirar a Carne, sienten que están frente a un viejo amigo. Durante los últimos cinco años les ha leído las noticias; ha sido sin duda una persona más en sus hogares. Juntos han compartido logros y desastres mundiales. Su voz y expresión han sabido apelar a las emociones apropiadas para cada ocasión. Emociones controladas. En su carácter de relator de noticias era indispensable que no pusiera de manifiesto ningún prejuicio. Al mirarlo, podían formarse

sus propias opiniones y creer, si así lo deseaban, que él las compartía con ustedes. Su voz y su rostro brindaban cierta compañía a las almas solitarias. Nunca una palabra fuera de lugar. Nunca una frase dicha para alarmar. No representaba ninguna amenaza para la familia. Hace tres años se lanzó el programa de difusión nacional «Arcadia». Carne surgió de los confines del escritorio de noticias e hizo su propio camino. Todo muy correcto. Artesanías regionales con la *Barcarola de Chopin* como fondo musical. Recuperación de tierras, imágenes de pájaros o un paseo en bote a lo largo del Severn, con un pequeño *ballet* por acá y una improvisación de trompeta por allá. Todo de muy buen nivel. En realidad, excelente. Propio de la televisión británica, buena y sana. —Tuvo especial cuidado en disimular el sarcasmo en su voz cuando volvió a dirigirse a Carne—. Le felicito. Lo digo en serio. Usted, junto con su equipo de producción, estaba haciendo un buen trabajo.

Carne asintió con la cabeza en un gesto amable. Sabía muy bien que ese tal Breddon estaba afilando la espada antes de hundirla. Tenía la apariencia de un conquistador: rasgos duros, piel aceitunada y una voz como de limaduras de hierro.

—A esta altura —prosiguió Breddon, esa vez mirando de frente al jurado—, una breve biografía del acusado les ayudará a entender las complejidades psicológicas subyacentes en este caso. Edward Carne nació hace cuarenta y seis años en un suburbio de Liverpool. Asistió a una escuela secundaria del barrio, pero allí no logró destacarse. Al dejar la escuela, trabajó como empleado en una empresa naviera y su pasatiempo favorito era participar en un grupo local de teatro. Fue allí donde conoció a Jocelyn Davenport. Se casaron dos años después. Les pido que retrocedan al principio de la década de los sesenta, que fue cuando tuvo lugar la boda. Los viejos valores morales estaban empezando a perder vigencia, pero no del todo. Hubo ceremonia de compromiso y casamiento por la iglesia. Nada de probar un tiempo viviendo juntos. Jocelyn trabajaba en una librería de Liverpool. Ella y Carne tenían intereses comunes, en especial el teatro y las artes. Un año después de haberse casado nació una hija, Frances. Ahora tiene diecinueve años y es la única hija de los Carne.

Breddon hizo una pausa.

—A veces un hijo mantiene unido a un matrimonio, pero sería entrar en el terreno de la conjetura si les dijese que ése fue el caso de los Carne. A medida que avance el juicio oirán a varios testigos dar prueba del estado del matrimonio. Por mi parte procederé a brindarles un panorama amplio y general de la vida de Carne durante su época de Liverpool cuando era un simple empleado mal remunerado, hasta que alcanzó la fama en la televisión.

El juez le interrumpió.

—Veinte años es mucho tiempo. ¿Es necesario todo esto?

—Creo que ayuda a situar la escena, Su Señoría, y a esclarecer los hechos posteriores.

—Si es así, continúe.

Breddon sabía al dedillo todos los hechos, de modo que no tenía necesidad de consultar sus notas, que en cambio sí eran necesarias para su asistente, Arnold Forbes, quien más adelante se encargaría de formular a los testigos las preguntas más rutinarias. La memoria de Breddon era excelente.

—Imagínense a un padre joven con un trabajo en apariencia seguro, pero aburrido —prosiguió—. Luego, la empresa naviera empieza a tener dificultades y cierra. Carne está sin trabajo durante seis meses. Jocelyn hace un curso de secretaria y consigue un trabajo eventual. Durante un tiempo Jocelyn mantiene a la familia y Carne cuida de la niña.

Carne cuida de la niña, se repitió Carne. ¿Qué se proponía demostrar Breddon? ¿Resentimiento por la inversión de roles? No hubo nada de eso. Él había disfrutado quedándose en casa con Frances. Se habían divertido con trivialidades infantiles. Le había enseñado a leer. La casa estaba siempre desordenada y las comidas eran irregulares, pero nada de eso tenía importancia.

Hizo el esfuerzo de concentrar su atención otra vez en Breddon.

—Finalmente, Carne consigue un empleo en otra empresa naviera, pero esta vez en Bristol. La familia se traslada. Este trabajo dura unos cuatro años. Durante este período cada vez que van justos de dinero Jocelyn le ayuda saliendo a trabajar. Ella es una esposa excelente... le apoya mucho. El pasatiempo favorito de los dos, el grupo local de teatro, no les reporta ningún beneficio económico pero pueden permitirse el lujo de hacerlo sin perder dinero. —Breddon miró hacia el banquillo de los acusados—. Carne

cuenta con una voz excepcional y tiene talento como actor. Un productor de la BBC, que está en Bristol, le conoce en una de las fiestas informales de la gente de teatro. Cuando Carne se queda sin trabajo por segunda vez... no fue su culpa; las empresas navieras estaban atravesando un período de crisis... el productor toca ciertos hilos y le consigue una entrevista en la radio local. La radio es un medio de difusión relativamente anónimo, a excepción de unos pocos locutores muy famosos, de modo que en ese momento no se producen cambios radicales en su estilo de vida.

Spencer-Leigh miró su reloj sin ningún disimulo, pero esa vez no hizo ningún comentario. Breddon no le prestó atención.

—Hace siete años la familia se mudó a Londres. Carne todavía estaba trabajando en la radio y decidieron probarle como locutor de noticias para la televisión. Fue un éxito inmediato. La pantalla le sentaba bien. Su voz sonaba perfecta. Al público le gustó. El punto máximo de su carrera llegó con el programa «Arcadia». Económicamente alcanzó una posición sólida, de modo que pudo comprar una hermosa casa victoriana, no muy lejos de la BBC y, además, una casa de campo en Snowdonia. Empezó a tener contactos sociales. Él y Jocelyn recibían muchas invitaciones para salir. Al principio iban juntos, pero a medida que transcurrió el tiempo, ella empezó a rechazar las invitaciones.

Breddon se apretó el labio inferior entre el índice y el pulgar como si estuviese sumergido en profundos pensamientos.

—Sería un error sacar una conclusión apresurada acerca de la soledad de Jocelyn. Tal vez era una mujer tímida... o con dificultades para relacionarse con la gente. O quizás estaba demasiado herida por el creciente y notorio interés de su marido por otras mujeres. Tal vez Jocelyn vio en la casa de campo de Snowdonia un retiro pacífico para alejarse de ese modo de vida que no le gustaba o bien un escondite para refugiarse de un matrimonio lleno de problemas. Iba allí muy a menudo, pero siempre volvía. Nunca abandonó a su marido. Él no tenía ningún motivo para pedirle el divorcio. En cambio, él sí le daba motivos: adulterio. Muchas veces. Hay testigos que confirmarán lo que les estoy diciendo. Todo mi relato está basado en hechos y es relevante para el caso.

Carne se movió incómodo. Se sentía como un telespectador; un

observador involuntario de una vieja película. «Mi vida vista por otros», pensó con amargura. ¿Basado en hechos? Sí, sólo en parte.

Breddon levantó la mirada en dirección a la galería donde estaba el público y luego se volvió hacia el jurado. Cuando retomó la palabra, su voz sonó fría y uniforme.

—Frances, la hija de los Carne, durante el día asistía a un colegio y debió de haber sufrido la frialdad del ambiente de su casa. Pocos meses antes de la muerte de su madre, ingresó en la universidad de Liverpool para estudiar lenguas modernas. Así pues, Carne, alejada de su mujer y de su hija la mayor parte del tiempo, tenía una amante estable, de quien pronto oirán más detalles. Su relación con la actriz Hester Allendale no fue discreta. Hubiese sido imposible que Jocelyn no se enterase. Estaríamos dentro del terreno de las conjeturas si tratásemos de deducir cuál fue su reacción y nuestra tarea no nos permite incurrir en adivinanzas. Tal vez era una mujer tolerante. Quizá creía fervientemente en el vínculo del matrimonio y se negaba a disolverlo. Cuando Jocelyn fue a la casa de campo de Gales el verano pasado, Carne estaba trabajando en un programa cuyo escenario era Dublin. Justo antes de que terminara el programa, Carne le dijo al productor que debía regresar a Londres. Jocelyn todavía estaba afuera. La noche del 3 de agosto, un día después de que Carne partió de Devon tan precipitadamente, la casa de campo quedó destruida a causa de un incendio. El coche de Jocelyn, que estaba en un cobertizo al otro lado del patio, quedó reducido a chatarra. Según el oficial de la sección de incendios, primero se quemó el coche y después el incendiario prendió fuego a la casa. Los pirómanos galeses tienen la tendencia a atacar casas más que coches. La zona está alejada y hubo suficiente tiempo como para que el que provocó el incendio hiciese un trabajo completo. Sin embargo, la secuencia resultó extraña. Y ¿por qué no hubo publicidad? En aquel momento, se pensó que fue un grupo de extremistas galeses a los que les disgustaba, quizá con justa razón, que los ingleses compraran las casas a precios que los de la zona no podían pagar. El pastor del lugar vio el incendio alrededor de las siete de la mañana.

Alertó a la policía que a su vez se puso en contacto con Carne en Londres. Es decir, lo intentó. Eran las ocho y Carne no contestaba. Volvieron a intentarlo más tarde. Era cerca del mediodía cuando

por fin pudieron comunicar con él. Carne preguntó por su esposa. La policía aseguró que no había ningún cuerpo en el lugar. La mujer de Carne había sido vista en el pueblo un par de días antes del incendio. Pero desde entonces no habían vuelto a verla.

Breddon sacó el pañuelo y se secó la comisura de los labios. Era una pausa estratégica. Posó la mirada en cada uno de los miembros del jurado antes de proseguir.

—La misteriosa desaparición de Jocelyn Carne fue noticia durante varias semanas. Se realizó una exhaustiva búsqueda en la región para hallar a Jocelyn, búsqueda en la que también participó Carne. Llegó el invierno. No sé si lo recuerdan; aquél fue un invierno muy crudo, con nevadas fuertes, de modo que la búsqueda tuvo que interrumpirse. El deshielo comenzó a fines de diciembre, justo después de Navidad, y la policía recibió una llamada anónima para que buscara el cuerpo en una zona cercana al camino de la montaña y no muy lejos de la casa. La persona que llamó dijo que allí era donde Carne había ocultado el cuerpo de su esposa asesinada. —La voz de Breddon se hizo profunda y habló con más lentitud—. La policía, siguiendo la directivas de la persona que llamó, encontró los restos de una mujer. A juzgar por el grado de descomposición, había muerto hacía unos cuatro meses, en agosto. El incendio, recordarán, ocurrió en agosto. No se encontraron restos de carne carbonizada o de ropas chamuscadas. El cuerpo no estuvo en el incendio. Su muerte, según el forense, fue provocada por golpes en la cabeza asestados con un instrumento afilado. El cráneo presentaba fracturas. Los exámenes dentarios establecieron la identidad del cadáver. —Dio media vuelta sobre sus talones de modo que quedó de espaldas al jurado y frente a Carne—. Esa mujer era Jocelyn Carne.

Carne apartó la mirada y se puso a empujar la cutícula de las uñas de su mano izquierda. Sentía náuseas.

Breddon, al cabo de diez segundos de silencio, volvió a hablar a los miembros del jurado:

—Su tumba era una estrecha abertura de aproximadamente dos metros de profundidad, cubierta por brezos. El cuerpo estaba boca arriba sobre los brezos. Un escondite perfecto. Posiblemente nunca se la habría encontrado de no haber sido por la llamada anónima dirigida a la policía local. La llamada se hizo desde un teléfono

público, pero no se logró registrar su lugar exacto. La persona que llamó —una mujer— podría estar implicada en el crimen. A medida que los testigos vayan dando sus testimonios ustedes irán sacando sus propias conclusiones. Es importante tener presente el tiempo transcurrido entre el asesinato y la llamada telefónica: cuatro meses aproximadamente. La persona que llamó, ¿tuvo la conciencia intranquila durante todo ese tiempo? ¿O acababa de enterarse de los hechos? Ahora oirán, por boca del inspector general Hallam, el oficial que fue a ver a Carne a su casa y le acompañó a Gales, cómo reaccionó el acusado ante el hallazgo del cuerpo de su mujer.

Se dirigió al juez:

—Si Su Señoría está de acuerdo, quisiera llamar a los testigos de la policía después de la pausa del almuerzo, a fin de que no haya ninguna interrupción en la continuidad de los testimonios.

El juez Spencer-Leigh no opuso ninguna objeción y se levantó la sesión.

Los miembros del jurado, como el público en una obra de teatro, salieron al salón central presidido por la estatua de Elizabeth Fry con la mano en el corazón.

—Hermoso techo —le comentó Irene Sinclair a Elaine Balfour. De algún modo era reconfortante hablar con otro miembro del jurado del mismo sexo y de la misma edad—. «Que la imparcialidad prime en vuestros actos» —leyó de la inscripción que estaba debajo del mural en el otro extremo.

La señora Balfour señaló que había varios restaurantes en el lugar. ¿Podrían ir a alguno de ellos? Cuando se está de vacaciones, si uno viaja solo, hace distintas tentativas para establecer una relación de amistad con otros viajeros solitarios. La situación no podía ser más distinta, pero la necesidad de relacionarse con los demás era la misma. La señora Balfour advirtió que la más joven, que según su opinión se parecía a un conejito asustadizo, se escurría a gran velocidad. Se preguntó si volvería.

Robert Quinn también se escabulló de prisa, antes de que el profesor Leary pudiese alcanzarle. Había un pequeño restaurante con licencia para expender bebidas alcohólicas a unas pocas manzanas donde se servían comidas a la parrilla a precios

razonables. El lugar olía a carne y a café, y los jugos gástricos de Quinn empezaron a fluir anticipando el almuerzo. Pidió un bistec con patatas fritas y se sentó a una mesa situada en un rincón, alejado de la ventana. Aquella mañana le había tocado a Blossom prepararle el desayuno y había dejado quemar el tocino. Como no quedaba más, tuvo que arreglárselas con tostadas solas.

Ya había empezado a almorzar y estaba comiendo con gran apetito cuando un miembro del jurado, una mujer rubia y alta, se acercó a su mesa con la bandeja.

—¿Le importaría que compartiera la mesa? Están todas ocupadas.

Se puso de pie con un gesto amable y le contestó que no tenía inconveniente.

—Me llamo Selina Mc Kay —se presentó.

—Y yo, Robert Quinn.

Él advirtió que en la bandeja tenía una ensalada mixta con una pequeña porción de queso y que estaba tomando jugo de pomelo. Personalidad disciplinada.

Lindos rasgos y hermosa voz. Si se soltara el pelo, sería mucho más bonita.

Selina también le estaba analizando. Unos pocos años más joven que ella. Demasiado viejo como para arrastrar los deshilachados fragmentos de la adolescencia y burlarse del juramento que acababa de prestar. Si es que se había burlado. Tal vez siempre declamaba así. ¿Sobre un cajón de jabones en Hyde Park Corner? ¿En un escenario lujoso del West End?

—Supongo que podríamos haber evitado el juramento.

Quinn tardó uno o dos minutos en entender lo que ella le quiso decir. Sonrió pero no respondió.

Selina tomó el jugo de pomelo, consciente de que había transgredido el límite. El tema era delicado.

—¿Quiénes somos nosotros —preguntó Selma—, para juzgar a Carne?

Quinn la miró sorprendido.

—De acuerdo con las recientes enmiendas a la ley, el jurado es tan puro como la nieve. No hay ningún delincuente entre nosotros.

—Entonces, ¿no le preocupa tener poder sobre una persona?

—Nuestro poder —le recordó Quinn— está dividido por doce.

—«O por once, en este caso», pensó. Su posición en el jurado era muy precaria.

Esa mañana se había dejado llevar por los acontecimientos. Esa tarde o seguiría caminando en la dirección equivocada —rumbo a la corte— o haría lo único sensato que cabía hacer. La elección la preocupaba. Frunció el entrecejo, se concentró en su bistec con patatas y se preguntó qué clase de comida le estarían dando a Carne.

Selina pinchó un pedazo de tomate.

—Su amante, Hester Allendale, ha estado hablando muy libremente con los periodistas. Puede ser perjudicial. Incluso les ha insinuado cierta información confidencial.

¿Usted cree que ella estaba en la casa de campo cuando sucedió todo?

Quinn pensó que llegado el momento su fuente de información se lo diría. Contestó que era posible.

—Lo negaré, claro.

—Lógicamente.

Selina Mc Kay tuvo la sensación de que él no tenía ganas de discutir el caso. «Una renuencia perfectamente apropiada para ser un buen jurado», pensó.

Durante la sesión de la tarde, Breddon llamó a declarar a unos cuantos policías. Sus testimonios siguieron el orden de la secuencia. En primer lugar, el incendio de la casa; luego, la búsqueda de la mujer desaparecida. El aire de la sala estaba cargado y resultaba sofocante. Los testimonios eran detallados, reiterativos, aburridos. Algunos miembros del jurado, los más viejos, estaban a punto de quedarse dormidos. El más viejo de todos, Cornwallis, cabeceó dos veces.

Carne los miraba con mezcla de furia y desesperación. Incluso Mc Nair, su abogado defensor, estaba reclinado hacia atrás en su silla, con los ojos semicerrados y sin interrogar a nadie.

Hasta el momento no había nada que preguntar.

Se despertó un cierto interés, como si se acabase de levantar una brisa leve y fresca, cuando el policía Williams subió al estrado. Él fue quien recibió la llamada anónima. Al principio creyó que era

una broma. Breddon entonces le invitó a que relatara lo ocurrido. Carne pensó que decididamente eran policías muy amables pero si les confesaba cómo habían ocurrido los hechos en la realidad tenía serias dudas de que siguieran siendo amables con él.

El sargento Jones había aleccionado a Williams para que atestiguara de acuerdo con la verdad. En ese momento acababa de prestar juramento y de pronunciar su nombre y grado con voz muy suave.

—La llamada fue a media tarde —le explicó a Breddon—. Yo estaba arreglando unos papeles. El sargento Jones estaba investigando un accidente de tráfico que se había producido en la calle principal. Levanté el auricular y una mujer me preguntó si estaba hablando con la comisaría. Le dije que sí...

Breddon le interrumpió.

—¿Tomó nota de la conversación telefónica?

—Sí, señor.

—¿Tiene esas notas aquí?

—Sí, señor. (Versión corregida. La nota original fue garabateada en el dorso de un boleto de apuestas).

Breddon solicitó permiso y leyó la nota.

Williams extrajo sus notas prolijamente escritas, preparadas por él y el sargento. El accidente de tráfico había sido una invención del sargento. En aquel momento él estaba en el baño pero no habría quedado bien decirlo.

—«A las catorce treinta del día 27 de diciembre de 1982 se recibió la llamada de una mujer que hablaba desde un teléfono público. Dijo tener datos acerca del lugar donde se hallaba el cuerpo asesinado de Jocelyn Carne. Luego explicó que la muerta había sido enterrada por su marido en una tumba de brezos a tres kilómetros del camino Bryn Eglwys, cerca del redil. De inmediato especificó el lugar al decir que estaba a pocos metros del mojón, del lado oeste del camino. Cuando se le pidió que se identificara, colgó».

Williams, se metió la libreta en el bolsillo.

—Obviamente no se trata de un informe verbal —comentó Breddon.

—No hubo tiempo de tomar nota en ese momento, señor. Era más importante entender la situación del lugar.

—¿No intentó que esta persona siguiera hablando hasta que se pudiese localizar la llamada?

—Estaba yo solo, señor, y de cualquier forma colgó demasiado rápido.

—¡Qué lástima! —señaló Breddon, quien tenía sus propias ideas acerca de cómo habían sucedido los hechos. Una soñolienta y pequeña comisaría recibió algo que se podía comparar a una bomba arrojada a sus puertas. El policía y el sargento se quedaron helados sin poder creer lo que acababa de ocurrir. Luego reconstruyeron los fragmentos e hicieron todo lo que pudieron con ellos—. ¿Podría describir la voz de la mujer?

—Era una voz de una inglesa hablando en inglés, señor. No la voz de una galesa hablando en inglés.

—¿Parecía tranquilado perturbada?

—Muy tranquila, señor. Ella sabía muy bien lo que estaba diciendo.

—Sí, lógicamente. ¿Qué hizo usted entonces?

—Se lo comuniqué al sargento, señor.

Breddon no le preguntó lo que le había dicho el sargento. Suponía que la verdad resultaría divertida pero no aportaría nada. Le dio las gracias y se sentó.

Mc Nair se puso de pie.

—Mi bien informado colega le ha pedido que describiera la voz de la persona que llamó. Usted ha dicho que era una voz inglesa hablando en inglés y no una voz galesa hablando en inglés. ¿Tiene buen oído para los acentos?

—Sí, señor.

—¿Puede detectar algún acento regional en mi voz?

—No, señor.

—Entonces, supongo que le sorprenderá saber que soy escocés.

Hubo un murmullo de risas y Mc Nair sonrió.

—¿La voz de la persona que llamó era grave o aguda?

—No estoy seguro, señor. Una voz común.

—Los galeses son muy aficionados a la música. ¿Diría usted que esa persona que habló por teléfono tenía voz de soprano, contralto o tenor?

—Los tenores son hombres, señor —contestó Williams divertido.

—Sí. El timbre de la voz humana cubre una amplia gama. La voz

masculina y la femenina a veces pueden sonar casi iguales. Una contralto y un tenor pueden ser imposibles de identificar en una conversación telefónica. La persona que llamó no reveló su identidad. ¿Era hombre o mujer? Tal vez usted se haya equivocado en la conclusión a la que llegó.

Los miembros del jurado habían decidido que Hester Allendale había sido la autora de la llamada; esperaba haber podido modificar un poco esa decisión.

—La llamada —le dijo a Williams— pudo haber sido hecha por un hombre.

Se sentó antes de que el policía refutara su argumento.

El testimonio del sargento, que fue el siguiente, reveló los esfuerzos infructuosos para rastrear la llamada y luego la búsqueda del cadáver. Creyeron que no lo encontrarían, de modo que se quedaron perplejos cuando lo hallaron. Jamás había visto un cuerpo en descomposición y esperaba no volver a ver ningún otro.

El último testigo de la policía durante la sesión de la tarde fue el inspector Hallam. Él había sido el encargado de ir a la casa de Edward Carne para darle la noticia acerca del hallazgo del cuerpo de su mujer.

—Eran las once y cuarto de la mañana. El acusado todavía estaba acostado. La señora Hooper, el ama de llaves, me acompañó hasta el salón de recepción y fue a llamar a Carne. Bajó con la bata puesta y se disculpó por no haberse vestido. Yo me presenté y antes de que pudiera decirle algo me dijo: «Dígame, por el amor de Dios... ¿le ha ocurrido algo a Frances?». Me explicó que Frances era su hija. Le contesté que no estaba allí por su hija sino por su esposa. Le conté que habíamos encontrado el cuerpo pero no le dije nada acerca de la llamada telefónica y de la acusación. Me preguntó dónde lo habíamos encontrado. Yo tuve que consultar mis notas para ser preciso y se las leí. Luego dijo que quizá se había caído.

Bredden le preguntó acerca de la reacción ante la noticia.

—Se preocupó ante la posibilidad de que le hubiese ocurrido algo a su hija. Al parecer había tenido un par de accidentes menores con el coche. Fue difícil para mí evaluar su reacción ante la noticia del hallazgo del cuerpo. Le dije que le acompañaría hasta Gales para que pudiese identificar el cuerpo. Me contestó que en primer lugar debía informar a la BBC... que tenía que asistir a un ensayo

esa tarde.

—¿Cómo describiría su reacción? —insistió Breddon.

El inspector señaló que le había llamado la atención su frialdad.

—Llamó al productor desde otra habitación. No sé lo que le dijo. Después fue a la habitación de arriba a vestirse. Por último llamó al ama de llaves y le contó, en mi presencia, que el cuerpo de su esposa, había sido hallado. Y le dijo: «Si Frances llegara, dígame que estoy en la casa de campo».

—¿Estaba preocupado por su hija todavía?

—Tenía miedo de que leyera la noticia en los periódicos o se enterase por la televisión. Le pregunté si sabía dónde estaba su hija para poder ponernos en contacto con ella. Me contó que había dejado de asistir a la universidad... que había habido una discusión familiar y que no la veía desde hacía unas cuantas semanas. Se había mudado de su última dirección en Liverpool y no le había comunicado la nueva.

—¿Durante el viaje a Gales le habló de su esposa?

—No. Hablamos muy poco. Me sugirió parar en alguna posada en las afueras de Shrewsbury para comer algo. Conducía el policía Snape y él le guió por calles laterales hasta llegar a una posada. Era un día de lluvia. Carne señaló que la peor tormenta eléctrica que había visto fue durante el verano anterior en las montañas Caernarvonshire.

—¿De modo que habló sobre el clima? —Breddon alzó las cejas

—. ¡Vaya frialdad!

Carne se inclinó hacia adelante en el banquillo de los acusados y recordó aquel viaje vívidamente. Incluso podía oler la lluvia. La oscura tierra de Shropshire que fluía cargada de humedad; él impermeable empapado del policía; las pequeñas gotas de agua en el abrigo de *tweed* del inspector. El cartel de la posada aleteaba con el viento impetuoso. Un fuego de leños ardía brillante en la posada. Los sándwiches en el mostrador eran frescos. Él había elegido uno de jamón y pepino. La cerveza, como siempre, era buena. Los dos oficiales de la policía tomaron café. Él les había dicho algo respecto a la bebida y a las obligaciones del trabajo y preguntó si podía tentarlos a beber algo más fuerte... él pagaría. Había sonado jocosos, pero ésa no había sido su intención. Mantenerse tranquilo era como vivir en un grado diferente de consciencia. Uno se aislaba de lo que

no toleraba. Era una liberación a veces de muchas horas. En esos períodos de respiro el corazón latía tranquilo y acompasado; uno respiraba normalmente, comía jamón y pepinos, bebía cerveza y observaba cómo la lluvia caía por la ventana del bar.

Carne se había perdido los últimos comentarios; advirtió que Mc Nair estaba de pie.

—Quiero aclarar —decía Mc Nair— que si a un culpable le llevan al lugar del crimen, su actitud hubiera sido muy distinta. Carne estaba en un estado de conmoción. Mi versado colega habló de frialdad. Yo preferiría describirlo como un hombre que aún no ha tomado conciencia del significado de la pérdida. Si hubiese sido culpable habría anticipado la posibilidad de que se encontrara el cuerpo. Habría ensayado su reacción. Habría puesto en escena esa actuación tan poco realista que ustedes creen que es de esperar de estas circunstancias. Pero cuando a uno le informan de la muerte repentina de una persona a la que uno quiere, uno no llora. Es algo que no se puede hacer al principio; créanme. El dolor de la herida llega después. Carne habló sobre una tormenta eléctrica de Gales. Un hombre culpable habría ensalzado las virtudes de una esposa amada. Cuando uno está perturbado no siente nada. Es después, cuando uno se restablece, que viene el dolor. Usted estaba viajando con Carne rumbo a Gales para que él identificara el cuerpo de su mujer. Él no representó ningún papel. No fue frío. Fue un hombre que se comportó con total honestidad.

El juez Spencer-Leigh le pidió a Mc Nair que continuara interrogando al testigo y Mc Nair le replicó de un modo demasiado brusco que su intención había sido subrayar ese punto, para lo cual le preguntó al inspector si alguna vez había viajado cinco horas con un marido desolado por la muerte de su esposa, en circunstancias similares.

—No, señor.

Una respuesta segura para una pregunta segura.

—Entonces, créame lo que le digo —enfaticó Mc Nair—. La conducta de Carne no fue en absoluto insólita.

Se sentó.

«De modo que ahora soy normal», pensó Carne con una falta casi total de emoción. Sintió curiosidad por saber si el jurado se estaba inclinando más por Breddon o por Mc Nair.

De todos los miembros del jurado, Cornwallis era el que había sufrido la pérdida de un ser querido más recientemente. Estaba instalando un nuevo baño para un cliente cuando la policía vino a avisarle que su mujer acababa de sufrir un ataque al corazón en el barrio comercial. Tardaron unos cuantos y dolorosos minutos en admitir que había muerto. El baño era de un color rosado pálido, como sangre diluida. Todavía no podía tolerar ese color. Su reacción inmediata fue sentarse en un rincón del baño y no creer ni una palabra. Mc Nair tenía razón. Más tarde, cuando identificó el cadáver en el hospital, empezó a creerlo. Aquella noche puso la cassette con canciones de pájaros en el cobertizo, en el fondo del jardín, porque no soportaba la idea de entrar en la casa. ¿Era lo mismo que hablar de una tormenta? Naturaleza violenta o naturaleza pacífica; ambas parecen necesarias en momentos dolorosos. Pero ¿Carne sentía dolor? Lo miró con el entrecejo fruncido sin llegar a ninguna conclusión.

El juez, consciente de que las mentes son más lúcidas por la mañana, decidió levantar la sesión. El jurado necesitaría todo su poder de concentración para escuchar el testimonio del forense. Propuso que no se llamara a ningún otro testigo ya que se estaba haciendo muy tarde.

Carne observó al juez cuando salió después de despedirse con una reverencia. Luego bajaron a Carne. Sin él, el banquillo de los acusados era como un televisor apagado. Hubo una profunda sensación de distensión.

3

—
VOLVEMOS

A ENCONTRARNOS en circunstancias insólitas —dijo el profesor Leary tendiéndole la mano a Quinn.

Estaban parados fuera de la corte, cercados por la muchedumbre que intentaba ver a Carne cuando le llevaban nuevamente a Brixton.

Quinn estrechó de mala gana la mano tendida.

Los dos guardaban recuerdos de aquel día vergonzoso y dramático en el que Quinn se marchó de Oxford. Una vez más, Leary lamentó la muerte de su gato pero no mencionó el asunto. Quinn, con la duda de saber si lo mejor era disculparse o negar el hecho, decidió no mencionar tampoco el tema.

El profesor escondió su animosidad detrás de una sonrisa.

—Una vez más parece que nos encontramos en una situación controvertible, a menos que las pruebas resulten incontrovertibles.

«Si la carrera académica le hacía a uno hablar así, entonces bienvenidos los viajes de mescalina», pensó Quinn.

—Pobre infeliz —dijo.

—¿Sientes compasión por Carne? —exclamó sorprendido Leary.

—Claro. ¿Usted no?

—Ciertamente no. Mi mente está totalmente libre de prejuicios y muy receptiva.

—Como un plato lavado debajo del grifo —sugirió Quinn—, brillante y limpio, listo para recibir la masa de pruebas. Muy loable.

—No es la analogía que hubiese escogido —dijo Leary haciendo esfuerzos por no dejar de sonreír—, pero es verdad. Yo no quería que me llamaran para oficiar de jurado. Me molesta interrumpir mi rutina, pero cumpliré con este oneroso deber con la máxima capacidad de que dispongo.

—No tengo la menor duda de que lo hará. —La sonrisa de Quinn resultó sarcástica.

Años atrás, en un momento de tensión durante una clase, el profesor había sentido el fuerte impulso de propinarle un golpe en la mandíbula. El tiempo debería suavizar las emociones. Pero no era así. Le preguntó cortésmente qué carrera había seguido después de haber sido expulsado de la universidad.

—Me fui solo —contestó Quinn—. Voluntariamente.

El camión de la policía que llevaba a Carne envuelto en una manta dobló por la esquina. Se oyó el *clic* de las cámaras fotográficas y la gente avanzó bulliciosa. Quinn, como un experto en tabla de surf que aprovecha bien una ola, se dejó llevar. Leary, más débil, no tuvo posibilidades de elegir. Estaban apretados contra el borde del pavimento; el tropel de gente los acorralaba. Y entonces un pequeño grupo de admiradores vitoreó a Carne. El camión avanzó con estruendo y la multitud empezó a disgregarse.

—¿De modo que crees que es inocente? —le preguntó Leary.

—Yo no he dicho eso. Simplemente que me daba pena.

—Si fuese culpable, ¿cómo te sentirías?

Quinn le miró con frialdad.

—Si usted y yo le mandamos a que se pudra en la cárcel para toda la vida, ¿cómo piensa que me sentiría? ¿Justo y bueno? ¿Satisfecho conmigo mismo?

—El castigo —dijo Leary citando a San Agustín— es la justicia para el injusto.

Luego le recordó a Quinn que no le había contestado su pregunta anterior acerca de su carrera. Quinn le respondió brevemente que administraba un albergue de ocupantes ilegales.

—¿Cómo?

—El año pasado, cuando estuve en Alemania, un grupo de músicos ambulantes ocupó mi casa. Y yo les dejé quedarse.

Era un arreglo conveniente, pero el profesor no podría entenderlo jamás. Quinn había ido a instalar a Gretl y a su hijo

Timothy en su nuevo apartamento de Francfort y se había quedado más tiempo. El divorcio había sido en términos amistosos. Gretl venía de una rica familia de cerveceros y no necesitaba de su ayuda económica. Timothy no necesitaba que le mantuviesen. A los diez años, tampoco parecía necesitar nada de su padre. Quinn lo quería lo suficiente como para que eso le importara, pero también le quería demasiado como para ser un estorbo en la vida de su hijo. Regresó a Londres con una gran sensación de desolación y allí encontró a cuatro músicos ambulantes instalados en su casa. Ellos supusieron que les echaría a la calle; en cambio, se sentó con ellos en la alfombra Aubusson deshilachada de la desvencijada salita y bebió lo que quedaba de vodka. Aquella noche durmió con la muchacha china, Blossom, en el dormitorio de huéspedes.

Intentó explicárselo:

—Con el dinero que sacan cantando compren la comida. Se turnan para cocinar. A veces limpian la casa. Comparten el gasto de la calefacción. A cambio, ellos tienen un hospedaje gratuito y además la policía no les molesta. El arreglo funciona muy bien.

Leary le miraba con los ojos en blanco.

—Y tú... ¿tú qué haces?

—Los días de calor —continuó Quinn— me siento en el patio del fondo a admirar mis orquídeas. Los días frescos me siento adentro y practico el hedonismo.

Los coches que pasaban hacían ruido. Leary no estaba seguro de estar oyendo bien; sin embargo, llegó a la renuente, conclusión de que sí estaba oyendo bien. Todo era muy censurable de modo que... ¿por qué razón sentía ese súbito arranque de celos?

—¿Qué hiciste —insistió— antes de empezar a no hacer nada?

Quinn le contó que trabajó como periodista para el *Times*.

—A mí y a otros tantos nos enviaron al paro.

Ésa era una situación que el profesor podía comprender y por la que podía compadecerle, Quinn, su ex alumno, había sido, por lo menos durante un tiempo, una persona respetable. Había trabajado.

—¿Qué mal!

—Muy mal —continuó Quinn—, y por mucho tiempo.

La multitud se había disgregado y ya era posible salir de allí sin tener que luchar con los codos. Los diarios de la tarde ya estaban en la calle. Quinn se despidió con un brusco «hasta mañana» y se fue a

comprar un par de diarios.

Se preguntó cómo reaccionaría Frances Carne ante el relato del juicio. Frances estaba actuando como un animalito que esconde la cabeza en el agujero. De vez en cuando la sacaba y se servía una bebida. De vez en cuando lloraba. Cuando Nils, el enorme sueco de barba desgreñada, cantó a la salida de la estación Euston tres días atrás, ella se acercó y se sentó a su lado, «demasiado borracha como para mantenerse en pie», explicó Nils más tarde. La invitó a un café y le ofreció llevarla a casa, en un taxi si era necesario: había sido un buen día. Pero Frances le dijo que si volvía a su casa la policía la obligaría a comparecer ante la corte. Les venía esquivando desde hacía varias semanas. Nils no sabía muy bien qué era comparecer, pero dedujo que no era algo agradable.

—Entonces, Robert —dijo—, te la traje a casa.

Se quedó parado en la sala con ella, como un enorme perro de caza que le acababa de regalar un faisán sucio. Quinn no se alegró en absoluto y estuvo a punto de decírselo cuando de pronto Frances pasó tambaleándose delante de él, se arrastró por las escaleras y apoyó la cabeza en el último escalón para dormir. La pequeña habitación de Timothy estaba vacía. Le dijo a Nils que la llevara allá.

—Y no te acuestes con ella —le advirtió—. Seguramente no es mayor de edad.

Él supuso que se iría a su casa, dondequiera que fuese, al día siguiente cuando se le pasara la borrachera, de modo que le molestó su falta de voluntad para hacer cualquier cosa salvo quedarse sentada y cuidar el malestar que le quedó por la borrachera del día anterior. Se preguntó qué le habían dicho los músicos antes de que él se levantara. Fuese lo que fuese, parecía que estaba dispuesta a echar raíces allí, sobre la base de lo que le habían dicho.

Le preguntó cómo se llamaba, dónde quedaba su casa y por qué no se había ido.

Sus respuestas le sorprendieron. El enojo dio paso a la compasión. No era necesario que la tocara para sentir el pulso de su dolor.

Quinn le explicó que si se presentaba a declarar, tal vez podría ayudar a su padre si hablaba bien de él.

Conversaron alrededor de la mesa de la cocina. Blossom, o tal

vez Lucille, había dejado una bolsa de patatas para pelar. Frances tomó una de la bolsa y la cortó en trozos cuadrados.

—No —contestó.

La acción tenía visos freudianos. ¿Carne maltratado por haber maltratado a su madre?

Le preguntó cuántos años tenía y se sintió aliviado cuando le contestó que tenía diecinueve.

Recordó que Nils la había recogido en la estación Euston. ¿Adónde había querido viajar? ¿Adónde iba? ¿De dónde venía? ¿De ningún lugar? ¿En un tren o debajo de un tren?

Le preguntó si no tenía algún lugar adonde ir: amigos, parientes. Respondió que ya les había visitado a todos, pero no se sentía segura en ningún lugar. La policía podría encontrarla en cualquiera de esas direcciones.

Ese pánico a comparecer ante el juez le resultaba exagerado, pero comprendía muy bien su estado de ánimo y le daba pena. Timothy no vendría a visitarle por varios meses. Le ofreció la habitación para todo el tiempo que considerara necesario.

Frances le aclaró que no tenía dinero.

—¿Es lo mismo si te pago más adelante —le preguntó—, cuando vuelva a casa?

—No te confundas. Esto no es un hotel; es una casa. Si sientes que tienes que hacer algo, entonces lava los platos.

Por la mañana, antes de partir hacia la corte, le explicó que le habían citado para cumplir con el deber de jurado.

—Pero como hay veintitrés juzgados que se utilizan simultáneamente, las posibilidades de que me toque el caso de tu padre son mínimas.

Debió haber recordado que la suerte es como una mujer inconstante.

Volvió a casa y estacionó el coche en la playa de cemento que una vez fue el jardín delantero de su casa estilo eduardiano. Alguien, seguramente Blossom, la única cantante a la que le interesaban las flores, había puesto un ramillete de petunias en un envase de plástico en la puerta de delante. La pintura azul de la puerta se estaba descascarillando. Tendría que hacer algo para arreglarla. Desde que Gretl se marchó con Timothy había dejado que la casa volviera a su original estado decadente.

Entró los periódicos y los apoyó en el sofá de la sala. Frances estaba en el patio trasero colgando sus vaqueros y su chaleco de lana en la cuerda. Lucille le había prestado una falda amarilla de algodón y una camisa negra. La falda era demasiado larga. La había levantado con un elástico y se había puesto una orquídea en la cintura.

Quinn se acercó y le señaló la orquídea con un gesto de furia burlona.

—Cuidaba muchísimo a esa flor.

—Se había caído. La encontré en el suelo del invernadero. No la he arrancado.

Hablaba balbuceando. «Más tarde, si hacía lo de siempre, se emborracharía», pensó Quinn. Supuso que se había mantenido sobria para enterarse de lo ocurrido durante el juicio.

Los músicos habían ido a tocar para los compradores de último momento y luego irían a cantar ante las colas de los teatros. Frances le transmitió el mensaje de que Nils había dejado algo en el horno. Quinn no tenía hambre, de modo que dejó la comida donde estaba y en cambio se sirvió un *whisky*. Frances le siguió a la sala y descubrió los periódicos. Sus manos nerviosas se aferraron a la orquídea. Varios pétalos se deslizaron hasta la alfombra.

Cuando hay que bañarse en el mar helado y el baño no se puede evitar, cuanto más rápido mejor. Se sumergió en el relato de los acontecimientos del día en la corte y terminó diciéndole:

—Hoy se mencionó tu nombre. Se dijo que dejaste la universidad y que tuviste una pelea con tu padre.

Quinn fue a sentarse al sofá y ella se sentó a su lado. Estaban separados por los dos periódicos que en la primera plana traían fotos de Carne.

—No sé qué tonterías dirá la prensa. Todavía no he leído nada. Léelos tú y después te completaré todo lo que hayan omitido. Por lo que te acabo de decir, ya te habrás dado cuenta de que formo parte del jurado en el juicio a tu padre.

Sus gafas oscuras no disimularon la conmoción y la ansiedad que reflejaron sus ojos.

—¿Eso significa que tengo que irme? No sé *adónde*...

Quinn había considerado las distintas posibilidades mientras volvía a su casa en el coche. Estaba preocupado por él y por

Frances, pero principalmente por Frances. Había tratado de considerar el problema racionalmente. Si ella se marchaba, él admitiría que la había conocido y que había advertido la relación después de los testimonios del primer día. Violar la ley de la corte por un solo día y por ignorancia no era tan grave. Una vez que ella se fuera no sería necesario divulgar la dirección de Frances. Siempre y cuando tuviese una dirección determinada. Quinn no tenía dinero, pero él y los músicos ambulantes podrían darle lo suficiente como para que se alojara en algún pequeño hotel durante un tiempo. Ésa sería la solución ideal si no fuese porque ella tenía terror a comparecer ante el juez y porque en general estaba en un estado anímico deplorable. Necesitaba un ambiente afectuoso; alguien con quien hablar. Si Frances se marchaba, él se quedaría preocupado. No era responsable de ella, pero sin embargo lo sentía así. La conciencia de Quinn era selectiva. Siempre había sido así. Vivía según leyes propias. Permanecer integrando el jurado le resultaba menos pecaminoso que dejar a Frances en la calle. Si se quedaba podría ayudarle de alguna manera. De modo que... a quedarse y a enfrentar las consecuencias.

Le contestó que no estaba obligada a comparecer.

—Los músicos no dirán ni una palabra. Nadie lo sabrá.

Frances estaba sentada, casi dándole la espalda, de manera que los periódicos no estaban al alcance de su vista. Una mezcla de gratitud y alivio fue lo que expresó lacónicamente.

—Gracias —dijo Frances.

Quinn terminó la bebida y salió a regar las orquídeas para que así ella pudiese hojear los periódicos a solas.

Cuando volvió, Frances no estaba en el living. Oyó el agua del grifo del baño. Las hojas del periódico estaban arrugadas sobre el sofá. Había arrancado y cortado en mil pedazos las dos fotos de Carne y las había arrojado al hogar. Quinn tomó su encendedor y las quemó. Supuso que eso era precisamente lo que a Frances le gustaría que él hiciese.

4

EL SEGUNDO DÍA del juicio, los miembros del jurado ya se sentían más familiarizados con el lugar. Ninguno cometió el error de creer que debía entrar en la corte por los portones principales de hierro forjado. No se usaban desde que en 1973 explotó una bomba del IRA. Todos se dirigieron con paso seguro al anexo del lado este y atravesaron las puertas giratorias donde unas máquinas de rayos X controlaban el contenido de las carteras y los maletines. Si hoy en día alguien quisiera atentar contra la vida de otra persona, no sería tarea fácil.

Colin Middler, el pedicuro, activó la máquina con un par de cortaúñas que tenían el resorte roto y que quería llevar a arreglar durante la hora del almuerzo. Las sacó con timidez y se las mostró al oficial a cargo, quien asintió con una inclinación de cabeza.

—Este juicio es desastroso para los que trabajamos de forma independiente —le comentó a Sarah Gayland, que estaba poniendo sus pertenencias otra vez en la cartera—. ¿A usted le afecta?

Sarah le explicó que ella a fin de mes cobraba un sueldo; era secretaria de un cirujano dentista. El aspecto económico no le preocupaba. El día anterior, al volver a su casa, pasó por la clínica dental y conoció a su sustituta temporal. Su jefe le había comentado que era «muy amable con los pacientes». También beneficiaba a Peter, pensó Sarah con amargura. Era rubia, de rasgos suaves y ojos viejos. Peter había ido hasta su casa para avisarle que su mujer había venido a la ciudad por unos días, de modo que no lo esperara en el apartamento. Algunas muchachas jóvenes actuaban rápido. En

cambio, ella había pasado la noche sola, llena de sospechas y muy deprimida.

—En la vida hay cosas más importantes que el dinero —le comentó a Middler.

Él coincidió con ella pero agregó:

—Pero compra la libertad. Yo estoy ahorrando para poder jubilarme pronto.

Sarah pensó que a Carne no le compraba la libertad y que quizá pasaría su jubilación detrás de las rejas. Él sí que estaba en peor situación que los demás. La pobreza era relativa.

La corte debía empezar la sesión a las diez y media y Jacobson se había retrasado. Atravesó el recinto principal como un cavernícola que persigue a un enemigo y que sale airoso justo a tiempo. Una de sus hijas tenía un examen de música y él la había llevado en el coche hasta el lugar donde debía realizarlo. Su hija tenía doce años y hasta el momento no había aprobado ningún examen. Se preguntó quién sufriría más esa mañana: Edward Carne o Esther. Esperaba tener la suficiente fuerza de voluntad como para concentrarse en Carne.

A la llegada de Jacobson, los miembros del jurado estaban todos presentes, como una clase de estudiantes en una escuela nueva. Se sonrieron entre sí con suma amabilidad e iniciaron conversaciones inconexas. Ninguno mencionó a Carne. No parecía muy probable que alguna vez llegasen a perder sus inhibiciones hasta el punto de poder discutir acaloradamente acerca de él. Sólo Quinn podía visualizar esa situación con distancia, y en ese momento prefería no ver.

Poco antes de las diez y media Carne fue conducido al banco de los acusados. Se sentía sucio y desaliñado. No había dormido bien. Su sueño se vio perturbado por imágenes no muy nítidas de murciélagos en una noche gris. Echó una mirada a cada uno de los integrantes del jurado. No faltaba ninguno. La galería del público estaba llena. Frances no estaba. «Aléjate», pensó. «Continúa manteniéndote alejada. Estés donde estés, escóndete detrás de tu pared de dolor. No te acerques».

Mc Nair se dirigió hacia él e hizo una breve reseña de los probables acontecimientos de la mañana.

—Prepárese —le advirtió—. No será agradable.

A las diez y treinta y dos tuvo lugar la procesión ritual y todos se pusieron de pie cuando entró el juez. Hizo una reverencia en dirección a la corte y a los miembros del jurado antes de tomar asiento. Un haz de luz chocó contra su toga color carmesí como un foco de televisión. «Buen efecto teatral», pensó Carne. «Hasta el sol está de su lado».

Los testimonios presentados durante la primera hora profundizaron un poco más que los presentados la tarde anterior. Se recurrió a la cromatografía de gases para identificar la causa del incendio en el cobertizo y en la casa. En ambos casos se había usado nafta. Era una conclusión bastante obvia, pero no se dejó nada librado al azar. Se habían encontrado manchas de sangre en una parte del zócalo, cerca de la puerta del fondo de la casa. Al examinarlas al microscopio se descubrió que los corpúsculos blancos contenían pequeñas marcas en forma de palillos, características de la sangre femenina. El cadáver en descomposición encontrado entre los brezos era del mismo grupo sanguíneo: AB. El serólogo dijo que el porcentaje de gente con ese grupo era del tres o cuatro por ciento.

Luego, un experto en odontología exhibió un diagrama de la dentadura de Jocelyn Carne. Coincidía de una manera exacta con la dentadura del cadáver, que fue exhibida ante el jurado.

Una vez que se estableció la identificación, los testimonios se orientaron hacia la causa de la muerte.

El profesor Miles Benford subió al estrado. Trabajar en un laboratorio forense es, para la mayoría de los médicos, un medio de vida, pero para Benford significaba mucho más. Era un gran admirador del profesor Mikhail Gerasimov, el médico forense ruso, experto en reconstrucción facial, que había fundado el laboratorio de Reconstrucción Plástica en el Instituto Etnográfico de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Gerasimov había fallecido en 1970. El trabajo de Benford, en el mismo campo, había alcanzado con el correr del tiempo un grado de perfección casi igual al del maestro. Sólo le habría gustado que Gerasimov hubiese llegado a verlo.

El juez, sabiendo cómo era en su carácter de experto en la materia, se reclinó hacia atrás en actitud sombría y aguardó lo inevitable.

Con el fin de informar al jurado, Breddon le pidió a Benford que enumerase sus antecedentes, que sin duda eran impresionantes, y luego se abocó al tema del asesinato.

—¿Podría hacer el favor, profesor, de explicarnos cómo murió Jocelyn Carne?

Por supuesto que lo haría y con gusto. El tono de su voz era agudo y hablaba muy de prisa. Movía mucho las manos rosadas y regordetas, las apretaba y las unía como si estuviese exprimiendo algo y después las separaba. Sonreía a menudo y los ojos se le arrugaban con benevolencia. A primera vista, a la mayoría de los presentes le resultó agradable, pero a medida que le escuchaban aumentaban sus reservas. Podría haber prestado su testimonio en unos pocos minutos, pero prefirió prolongarlo. Jocelyn Carne había sido golpeada varias veces en la cabeza con un elemento afilado. Uno de los golpes le rompió el puente de la nariz. Llevó fotos del cráneo que ilustraban lo que decía. Para la mayoría de los expertos forenses eso habría sido suficiente.

Spencer-Leigh era un juez que se caracterizaba por su bondad y no pudo disimular su compasión hacia Carne cuando accedió al pedido de Benford de exhibir la prueba instrumental.

Carne, sin tomar conciencia de que estaba a punto de ver una reconstrucción modelada de la cabeza de Jocelyn, se sintió tan conmovido como si un cuchillo le hubiese desgarrado el estómago cuando Benford le quitó el envoltorio al modelo. Carne se inclinó hacia adelante con los brazos cruzados, agarrándose de dolor, obligándose a permanecer en silencio. Fue el único signo de emoción que mostró desde que se inició el juicio. El público de la galería le observó con curiosidad. Mc Nair también se volvió para mirarle. Había tratado de evitar la prueba instrumental antes de entrar en la corte, pero su petición había sido denegada. Benford, según Breddon, necesitaba la prueba para mostrar el grado de lesión de la víctima.

—Y más importante aún —había dicho Spencer-Leigh secamente—, para mostrar su increíble habilidad artística con la máscara de un muerto y un poco de cabello.

La reconstrucción era brillante. Jocelyn Carne no era una mujer bonita, pero tenía cierto encanto. La cara era pequeña y ovalada; la nariz, gruesa como la de su hija. La zona de la fractura nasal estaba

delimitada por una línea de trazo fino.

Benford la señaló:

—Es probable que el primer golpe haya dado aquí. Tal vez estaba acostada o reclinada en una silla. El hecho de que se encontraran las manchas de sangre cerca de la puerta de atrás no significa necesariamente que el asesinato se produjera allí. Pudo haber ocurrido en el dormitorio o en el comedor. Esas zonas quedaron completamente destruidas por el fuego. El momento en que le salió más sangre fue cuando los golpes le fracturaron el cráneo.

Pasó las manos por el cabello grueso, corto y oscuro del modelo, casi en una caricia, antes de quitarle la peluca.

—Los golpes fuertes en el cráneo produjeron fisuras múltiples a partir del lugar principal. —Lo había dibujado con un pigmento de colores estridentes—. Aquí pueden ver la fisura principal... la línea principal de fuerza. No oscurecí con sangre el dibujo dejado por los golpes. Debe de haber habido mucha sangre. —Alzó un diagrama de tamaño natural y lo colocó junto a la cabeza—. Éste es un corte coronal de la bóveda del cráneo donde se muestra la relación del cráneo con la vena cerebral y la arteria y la vena meníngeas. —Se volvió hacia el juez:

—Su Señoría, quisiera que los miembros del jurado viesen esto más de cerca.

Spencer-Leigh preguntó si era necesario.

—Con mis respetos, Su Señoría, creo que sí.

El juez asintió.

—Está bien, si es así...

El juez observó al asistente mientras llevaba la cabeza y el diagrama hasta donde estaban los miembros del jurado. Si hubiese sido un hombre acostumbrado a jugar a las apuestas, habría apostado a que la muchacha nerviosa, Trina Thompson, sería la primera en desmayarse. Habría perdido su dinero. Vio, con sorpresa, que la madura y, al parecer, serena Selina Mc Kay era quien se tambaleaba con el pañuelo apretado contra los labios.

Selina logró llegar hasta la puerta antes de que el suelo, negro y caliente, se levantara rápidamente y la tragara. Al cabo de unos minutos recobró el conocimiento y se encontró con una mujer policía muy amable que la atendía. Más tarde, cuando los huesos de

sus piernas volvieron a recuperar su firmeza, la mujer policía la tomó con suavidad del brazo y la condujo al baño.

—Mójese la cara con agua fría —le aconsejó— y póngase una toalla de papel mojada en la nuca.

Selina se disculpó:

—Fue muy inoportuno por mi parte ponerme en semejante ridículo.

La mujer policía le dijo que no debía pensar así en absoluto.

—Si no hubiese sido usted, habría sido cualquier otro. Las pruebas instrumentales de Benford son por lo general horrendas. El juez ya había solicitado café, de modo que tendrán un receso de media hora aproximadamente. —Se dirigió hasta la puerta del baño y se apartó cuando entró Elaine Balfour—. Aquí llega una de sus compañeras para saber cómo está.

Elaine Balfour era una mujer de bastante tacto.

—Vine para recuperarme con un vaso de agua —comentó con voz enérgica—, ya que aquí no puedo tomar mi remedio favorito: coñac.

Esperó a que la mujer policía se marchase antes de emitir su opinión acerca de Benford.

—¡Qué hombre más siniestro...! Un trabajo de cera espantoso... ¡Cómo se atrevió a agredirnos de esa manera! —Miró a Selina atentamente—. ¿Te sientes mejor?

—Creo que sí.

Pero sentía terror a que le volviese a ocurrir. Terror a volver a entrar.

Selina humedeció algunas toallas de papel y siguió el consejo de la mujer policía. Tenía el cabello mojado y separado en mechones que le caían sobre los hombros. Trató de arreglárselo.

—Cuando era joven —le contó Elaine—, me casé con un granjero. En aquella época se solía matar cada tanto a un cerdo para el consumo familiar. Yo venía de Londres y no estaba acostumbradas ese tipo de cosas. Cuando vi por primera vez a uno de mis cerdos muertos, asesinado por el que en otras circunstancias era mi marido civilizado, me descompuse y me enfurecí. Las idílicas versiones de Carne sobre la vida en el campo me revuelven las tripas. Esta otra violencia es distinta. No hay palabras para calificarla.

—Si es que la asesinó él —agregó Selina.

—Claro. —Elaine se sirvió un vaso de agua y bebió lentamente—. Yo me dejo impresionar fácilmente. Saco conclusiones y después cambio de parecer. Tal vez no sea un buen elemento para integrar el jurado, pero no es mi culpa. Yo no pedí que me llamaran.

Apuró el vaso de agua; luego revolvió en su cartera y sacó un par de tapones para los oídos envueltos en celofán.

—Incluso he traído esto. Por si no aguantaba. Creo que tú los necesitas más que yo. Están esterilizados. No están usados. ¿Los quieres?

Puso los tapones en el borde del lavabo. Selina les echó una mirada llena de deseo y culpa.

—Pero se supone que debemos escuchar a los testigos. Yo hice un juramento. Es nuestro deber para con Carne. No puede de ninguna manera...

—Si ese monstruo del banquillo de los acusados provocó tantos estragos en la cabeza de su mujer —exclamó Elaine—, una sordera pequeña e intermitente no puede perturbarte la conciencia. Si te sientas a mi lado te los puedes poner cuando quieras y yo te pellizco cuando puedas volver a quitártelos.

Avergonzada, y a la vez agradecida, Selina los aceptó.

Cuando el juez regresó a la corte al cabo de veinte minutos dijo con suma amabilidad que esperaba que la señora Mc Kay se sintiese mejor. Selina, como no lo oyó, siguió con la mirada perdida. Spencer-Leigh creyó que todavía se hallaba en estado de conmoción, de modo que se encogió de hombros y se dispuso a seguir escuchando.

Con la nueva disposición de las plazas del jurado, Selina estaba sentada en la primera fila al lado de Elaine y delante de Quinn. Quinn la miró atentamente y descubrió los tapones. «Viva la justicia británica y el sistema de jurado», pensó. No la culpaba. No estaba en condiciones de juzgar a nadie. La cabeza le pareció extrañamente igual a la cabeza de Frances. Le resultaría difícil borrar esa imagen cuando volviese a verla. Ya empezaba a sentir los efectos de estar comprometido emocionalmente. Cuando vio el cuero cabelludo lastimado, una vez que le quitaron la peluca, tuvo deseos de ir hasta

donde estaba Carne para matarlo. Con la mayor crueldad posible. En ese momento de conmoción la esposa asesinada se transformó en la hija asesinada. Tardó en poder separar a una y otra y calmarse. En ese momento, poco a poco volvía a ser lo suficientemente racional y objetivo como para infiltrar en su mente la dosis necesaria de duda. Le resultaba imposible no sentir la influencia de Frances, pero si cabía la duda, entonces ante cualquier daño que él pudiese hacer, mantendría a Carne en jaque. Atravesó con su mirada la sala para observar a Carne. Tenía la cara gris, como si se la hubiese limpiado con un trapo sucio, y los ojos semicerrados. El padre de Frances. No se parecían físicamente. «Ella rompió en mil pedazos tu foto del periódico. Yo le prendí fuego. Eso es lo que eres para ella: cenizas desparramadas en el hogar de un living. ¿Qué es ella para ti? ¿Alguna vez te has preguntado dónde diablos está? ¿Acaso sientes compasión por ella?».

Los recuerdos de Carne acerca de Frances se remontaban deliberadamente a nueve años atrás. Era una época tranquila. Ella tenía diez años. Él caminaba por los muelles de Bristol con Frances. Su mano en la suya era cálida, seca y reconfortante. Las olas lamían suavemente los botes. Se oía un sonido nítido. El aire olía a sal. Carne se concentró en la mano de Frances dentro de la suya y no quiso pensar en ninguna otra cosa. El resto de los testimonios que Benford presentaba era como el suave murmurar de un viento siniestro. Hizo fuerzas para cerrar los oídos y así evitar que el sonido se transformara en palabras.

Al término de los testimonios presentados por Benford, Mc Nair hizo un breve interrogatorio.

—Cerca de la puerta de atrás se encontraron manchas de sangre —señaló—. Usted afirmó que Jocelyn Carne estaba probablemente recostada en el momento del ataque... en la cama o en una silla. ¿Es posible que no haya estado sentada ni acostada? ¿Que haya sido derribada de un golpe?

—Sí, es posible. No hay manera de probar ninguna de las dos posibilidades. Si *fue* empujada, no le rompieron ningún hueso.

—Si no puede probarse, entonces tampoco puede ser refutado. Pudo haber ido a atender una llamada a la puerta de atrás, o pudo haber oído al asaltante forzando la entrada. Entrar por las ventanas de la casa habría resultado imposible; eran muy pequeñas y tenían

rejas. Su enfrentamiento con el asesino pudo haber tenido lugar allí, donde se encontraron las manchas de sangre. Tal vez fue un asesinato perpetrado en un intento de asaltar la casa.

Benford se encogió de hombros. Su tarea consistía en ofrecer las pruebas forenses y no en ayudar al abogado defensor en sus conjeturas.

Mc Nair recalcó lo que quería y no se explayó en ese punto. Con una defensa débil se requería ampliar el panorama. Un homicidio no familiar perpetrado por una o varias personas desconocidas resultaría difícil de creer, pero mientras no se le ocurriera otra cosa, tendría que conformarse con eso.

Antes de decirle a Benford que podía dejar el estrado, el juez le hizo una pregunta:

—El acusado, Edward Carne, no pudo reconocer a su esposa. ¿Se negó a identificarla o verdaderamente no pudo?

—El cuerpo estaba en un avanzado estado de descomposición. —Benford agregó—: La desfiguración total ocurre en cuestión de semanas. El cuerpo estuvo enterrado en el suelo durante varios meses. El clima frío del invierno pudo haber retardado el proceso sólo un poco. Después del primer mes suele haber licuefacción y destrucción de los tejidos blandos. A los cuatro o cinco meses hay adipocira de cara, cabeza y pechos, seguida de adipocira de brazos, piernas y órganos internos.

Estaba a punto de continuar, pero Spencer-Leigh le interrumpió.

—Respeto mucho sus conocimientos, profesor Benford, pero los miembros del jurado y yo somos aficionados en estas cuestiones. No necesitamos conocer los detalles médicos. ¿Podría haber reconocido a su esposa?

—Desde el punto de vista psicológico, debió de haber sentido una profunda aversión a mirarla.

—¿Pero la habría podido identificar?

—No, Su Señoría. Sin restos de ropa para ayudarlo, no habría podido.

—El cuerpo fue enterrado con todas sus ropas —señaló Spencer-Leigh—. Eran más que restos de ropa.

—Entonces no puedo contestarle, Su Señoría. No sé cuál era su estado anímico. Pudo haber sentido una fuerte repulsión. La condición general del cuerpo pudo haber afectado a las ropas. —

Sonrió—. ¿Desea que lo explique?

Spencer-Leigh no lo deseaba.

—No. Entiendo lo que quiere decir.

5

LA MAYORÍA de los miembros del jurado almorzaron sin ganas. Selina no comió y salió a dar un paseo con el fin de tomar aire fresco. Quinn volvió al restaurante al que había ido el día anterior; allí se encontró con Peter Lomax, el vendedor de alfombras. Para Lomax, los horrores de la mañana se le habían entremezclado con los horrores perpetrados por los revolucionarios de Oriente Medio. Habló a Quinn acerca de las dificultades que atravesaba el comercio de alfombras. La guerra había afectado los mercados tradicionales. Los compradores debían ir aún más lejos. China se mantenía estable. Los precios allí eran altos, pero se pagaba la calidad. Esperaba poder viajar a Pekín el año siguiente. El viaje de ese año para comprar alfombras se había cancelado debido al juicio.

Quinn adoptó una actitud comprensiva y le dijo con cierta sequedad que era una pena que los intérpretes de las leyes del Islam y Carne fuesen tan molestos.

Como no sabía si había sido una broma o simple sarcasmo, Lomax se limitó a mirarle fijamente.

—Esto no es agradable en absoluto. Nada de todo esto. Yo estoy casado y soy feliz. No acabo de entender cómo alguien, especialmente alguien de modales tan refinados como Carne, pueda... —Se interrumpió abruptamente y miró a su alrededor. Aquél era un lugar público, de modo que bajó la voz—. Supongo que no deberíamos conversar sobre este asunto. Todavía falta mucho. Pero es difícil limitarse a hablar de temas generales. Mi esposa es una de sus admiradoras. Era capaz de preparar la cena

bien temprano las noches en que él estaba en la pantalla para poder sentarse cómodamente a mirar su programa. Ella decía que Carne era muy... delicado. —Se lo había dicho la noche en que una semilla de la tarta de moras se le atascó debajo de la dentadura. Su esposa le había querido dar a entender que a Carne no se le habría atascado ninguna semilla debajo de la dentadura —claro que no usaba dentadura postiza—, pero aun cuando la usara y una semilla se le hubiese atascado, se habría retirado de la mesa con muy buenos modales para ir a sacársela en el baño. Esta crítica todavía le enrojecía de ira. La expresión de Quinn no le apaciguó.

—Disculpeme —le dijo con rigidez— si le he estado aburriendo.

—No, en absoluto —mintió Quinn con voz amable.

Durante la tarde el fiscal, una vez que le acusó de homicidio, comenzó a construir las pruebas circunstanciales para justificar la presencia de Carne en el banquillo de los acusados.

El primer testigo de Breddon fue un hombre del equipo forense que trabajó en la zona de la casa de campo después del incendio. El sendero que conducía hacia la casa revelaba huellas de varias ruedas de coche superpuestas. En las inmediaciones de la casa había un área asfaltada para aparcamiento. Antes de entrar al área asfaltada había un terreno hacia la izquierda. Allí se hallaban claros indicios de los surcos dejados por las ruedas de un solo coche. Quien hubiera conducido el coche hasta allí lo hizo probablemente antes de prenderle fuego a la casa.

—¿Tiene alguna idea de por qué el coche quedó estacionado a tanta distancia de la casa? —preguntó Breddon.

—Para quedar a salvo del incendio —contestó el inspector Thompson—. Si el fuego no hubiese estado previsto, habrían dejado el coche en la zona asfaltada y el tanque de nafta se habría incendiado.

Luego pasó a explicar que se inspeccionaron los coches de los incendiarios sospechosos con el fin de encontrar huellas.

—Ninguna coincidía. Uno de los neumáticos del coche que estuvo en el campo mordió un pedazo de metal. La rueda era de una marca comercial común, usada por miles de conductores. La mordedura del metal la distinguía del resto. Pudo haber penetrado.

Es difícil saberlo. Pudo haber causado un pinchazo lento. Aparecía claramente en las huellas que el coche había dejado.

—¿Habría facilitado la tarea de rastrear el coche?

—Por supuesto.

—¿Qué clase de coche era? —inquirió Breddon—. ¿Un auto pequeño, o algo más grande? ¿Uno rural tal vez?

—Un auto mediano. Es probable que fuera un coche muy caro. El campo estaba embarrado. Al dar marcha atrás patinó. Había algo colocado debajo de las ruedas traseras para que se aferrase bien al suelo. Fuese lo que fuese, el que conducía lo sacó. Esto es lo que aparece en las fotos como un área manchada.

—¿Podría darnos alguna otra prueba de la presencia del conductor allí? —preguntó Breddon.

—Fuera de las marcas de los neumáticos, no, ninguna —respondió Thompson.

Breddon pidió permiso para mostrarles a los miembros del jurado las fotos de los surcos dejados por los neumáticos. Después de las traumáticas fotos de esa mañana, éstas fueron observadas con alivio.

Mc Nair no se molestó en interrogarle.

El siguiente testigo que llamó Breddon fue un tal Weston, dueño de una pequeña estación de servicio en el pueblo de Long Acre sobre la ruta

A-5

, a menos de una hora de la casa de campo de los Carne. Weston suponía que la publicidad del juicio beneficiaría su negocio y expresó su testimonio con gran seguridad.

Breddon le preguntó si reconoció al prisionero del banquillo.

—Sí, señor. Es Edward Carne. Vino a mi estación de servicio en la mañana del 4 de agosto.

—¿A qué hora?

—Poco después de las siete. Necesitaba cargar nafta.

—¿Qué coche conducía?

—Un Ford Granada. Todo embarrado. Le sugerí que lo llevara al lavado automático. Me dijo que llevaba prisa, pero después cambió de idea y me pidió que lo lavara. Mientras tanto, entró en la tienda a pagar. Le pagó a mi ayudante la nafta en efectivo y entonces se dio cuenta de que teníamos una oferta especial de neumáticos. Se

podían comprar por unidad, pero decidió comprar cuatro. El coche ya estaba limpio y yo me encargué de la venta de los neumáticos.

—¿En qué forma le pagó?

—Con tarjeta de crédito. Le pregunté si quería que mi mecánico le cambiara alguna de las ruedas del coche. Me contestó que no y pidió al mecánico que colocara dos en el maletero y dos en el asiento.

—¿Había algún equipaje en el maletero?

—Había una valija pequeña y un bulto cubierto con arpillera toda embarrada. Era algo muy grande porque apenas quedaba lugar para los dos neumáticos.

—¿Se fijó si los neumáticos del Granada eran de la misma marca que los que usted le vendió?

Weston aseguró que eran distintos y dio el nombre de la marca.

—Estaban en buenas condiciones. Casi nuevos. A uno le faltaba aire. Se lo dije, pero él me contestó que no tenía tiempo en ese momento. Tuve la impresión de que tenía prisa por llegar a Londres.

Mc Nair se dispuso a levantarse. Breddon anticipó la objeción y le preguntó si Carne le había mencionado que iba a Londres.

—No, creo que no. No estoy seguro.

—Trate de que su testimonio se atenga a los hechos —le advirtió Breddon—. ¿Diría que el neumático al que le faltaba aire tenía un pinchazo que hacía que se deshinchase lentamente?

—Es probable. No me acerqué lo suficiente como para verlo. Si fuese así, supongo que habría colocado el de recambio un poco más adelante.

El interrogatorio de Mc Nair fue breve.

—El acusado le pagó los neumáticos con tarjeta de crédito; eso no está en la discusión. Que estuvo en su estación de servicio el día en cuestión tampoco se pone en duda. Compró cuatro neumáticos nuevos porque se dio cuenta de que eran muy baratos al verlos. Muy sensato de su parte. ¿Tiene usted buena memoria, señor Weston?

Weston asintió.

—Creo que sí... sí.

—¿En la mañana del 4 de agosto había muchos coches para el lavado?

—Probablemente. Recuerdo haber lavado el Granada.

—¿Pero no tiene ningún recuerdo claro de los otros coches?

—No, sería imposible...

—¿... recordarlos después de tanto tiempo? Estoy de acuerdo con usted. Pero sí se acuerda del Granada, de que estaba embarrado, de la pequeña valija del maletero... y de un bulto cubierto con arpillera. Muy interesante. También advirtió que uno de los neumáticos estaba deshinchado. Parece que ha sido dotado de una memoria privilegiada para recordar este único episodio.

—Edward. Carne no era un fulano, mengano o zutano —replicó Weston con cierta aspereza—. Es lógico que se me haya quedado grabado en la mente.

—También es lógico leer acerca de él en los periódicos sensacionalistas. —Mc Nair cogió un montón de artículos periodísticos de la mesa—. La mayoría de estos comentarios acerca del estilo de vida del acusado, su casa, sus pasatiempos favoritos, la marca de su coche, todo apareció publicado en los últimos tiempos, cuando comenzó a despertarse el interés por el caso.

—Yo no necesito leer un periódico para saber que conducía un Granada —protestó Weston.

—Estoy seguro de eso —coincidió Mc Nair—. A propósito, ¿de qué color era?

Weston titubeó:

—A-a-azul.

—No tuvo suerte en la adivinanza —contestó Mc Nair. Pasó los dedos por el borde de los recortes y volvió a apoyarlos sobre el escritorio—. Los periodistas tampoco le dieron importancia al color. Ninguno lo mencionó. Para su información, el coche era marrón. —Sonrió amablemente a Weston—. Con esto no quiero decir que haya alterado deliberadamente su testimonio, pero lo que sí quiero demostrar es que su testimonio está salpicado de datos que elaboró en su imaginación, tal vez por influencia de lo que leyó. —Se dirigió a Spencer-Leigh—. No tengo ninguna otra pregunta para este testigo, Su Señoría.

Los testimonios del resto de la tarde siguieron el mismo curso. El propietario de la estación de servicio de Londres exhibió facturas para demostrar que los neumáticos de Carne habían sido comprados en julio. Por lo tanto, Breddon preguntó para qué comprar unos

nuevos en la estación de Long Acre en agosto. No eran tan baratos después de todo. Y para qué molestarse en cambiarlos él mismo cuando habría podido hacerlo la misma gente de la estación de servicio, de haber sido necesario.

El último era Reginald Markham. Su hijo de doce años había estado recorriendo el barrio pidiendo cualquier cosa combustible para La Noche de las Fogatas. Carne le dio dos neumáticos. Markham explicó que fue una lástima quemarlos ya que estaban en muy buen estado. Sintió la tentación de quedarse con ellos, pero luego se resistió al impulso.

—Muy honesto de su parte —dijo Breddon—, pero, dadas las circunstancias, es una pena que no lo haya hecho. Dos ruedas arrojadas a una fogata y a las otras dos se les perdió el rastro; casi sin lugar a dudas también fueron destruidas. —Dirigió lentamente su mirada hacia los miembros del jurado; luego habló con severo énfasis—. Quisiera saber por qué.

El jurado, en este punto, tenía la sensación de que se estaba prolongando demasiado. Los testimonios del día podían resumirse en tres frases. Jocelyn Carne había sido asesinada. Su marido había estado conduciendo a escasa distancia de la casa de campo a la mañana siguiente, muy temprano. Había actuado sospechosamente al deshacerse de cuatro ruedas en buen estado. El jurado creía que se podría haber presentado toda esa evidencia de una manera menos traumática y con muchas menos reiteraciones. Cuando la corte se puso de pie, todos se apresuraron a regresar a sus casas.

Quinn compró todos los periódicos con la esperanza de poder mostrarle alguno a Frances sin que le causara mucho daño. Después de hojearlos en la plaza de aparcamiento decidió que no podría darle ninguno, de modo que los arrojó a la papelería. Luego advirtió que los músicos quizá llevasen un periódico, pero si ocurría eso, al menos él no le habría dado el veneno con sus propias manos. No era que ellos le fuesen a dar a propósito algo desagradable para leer. Hasta el momento se habían mostrado protectores. A pesar de que apenas tenían unos años más que ella, la trataban como si fuese una niña enferma. El cuidado que ponían en Frances se manifestaba en forma distinta de acuerdo con la personalidad de cada uno. Stu, el canadiense, el único músico del grupo con formación profesional, le hablaba en forma seca y nerviosa sobre temas inocuos que le venían

a la mente. Lucille, un híbrido volátil, mitad francesa, le prestaba su ropa y además le compraba todo lo que necesitaba, por ejemplo: tampones y cepillo de dientes. Nils le enseñaba a rasguear la guitarra y se alegró cuando por un tiempo Frances se mostró interesada. Blossom le hacía la comida y exaltaba las virtudes de la leche cada vez que veía que Frances bebía demasiado, lo cual sucedía la mayor parte del tiempo. A Quinn le preocupaba el hecho de que rápidamente se estuviese convirtiendo en una alcohólica, pero a diferencia de Blossom él trataba de no demostrarlo. Suponía que necesitaba el alcohol para poder soportar lo que le pasaba.

En cuanto llegó a su casa, Quinn fue a buscarla. No estaba en ninguna de las habitaciones de abajo; le preguntó a Blossom dónde se encontraba. Blossom estaba planchando una camisa de Stu en la cocina. Su pequeño y exquisito rostro bajo el cabello brillante y recogido mostraba signos de preocupación.

—En su dormitorio. Estuvo allí todo el día, creo. —Luego le comentó que Frances había quitado el póster de Snoopy—. Dijo que no lo soportaba.

El póster de Snoopy, último vestigio de la presencia de Timothy, estaba pegado con cinta adhesiva por arriba del tocador. Quinn se dio cuenta de que un perro fanfarrón no era una imagen muy tranquilizadora. A él no le importaba que ella lo hubiera quitado. Cuando Timothy volviese a dormir allí —en ocasión de una breve visita— ya habría desarrollado otros intereses. Y el abismo entre ellos dos habría aumentado. Alejó rápidamente de su interior sus propios problemas y preguntó si Frances había comido.

Blossom le contó que le había dejado en el dormitorio la ensalada y un vaso de leche sobre una bandeja. No le contó a Quinn lo de la media botella de ginebra que sacó de la habitación de Frances ni que Frances la había seguido hasta la cocina para pedirle que se la devolviese.

Durante el consiguiente altercado, Blossom se negó a dejarse llevar hasta una pelea de mayores dimensiones.

—Beber —le dijo— no soluciona nada.

Le había pasado el brazo alrededor de los hombros como si fuese una hermana y la llamó Frankie. Frances, temblando de furia apenas contenida, la empujó y le quitó la botella de ginebra.

—Me llamo Frances, no ese horrible diminutivo... y además

¿quién quiere solucionar algo? ¿Quién puede acaso?

Blossom desenchufó la plancha.

—Me preocupa mucho. Necesita algún tipo de consuelo, Robert. Un verdadero consuelo. Emborracharse no sirve para nada.

Cada vez que Blossom usaba el vocabulario de los otros músicos a Quinn lo tomaba por sorpresa. Era como garabatear inscripciones obscenas en el recinto de la Corte Suprema. El uso de la palabra «consuelo» se traducía por «sexo». Ella consolaba a Stu la mayoría de las noches. A menudo le consolaba a él. Las noches en que ella estaba disponible le dejaba una almohada de hierbas sobre su cama una hora antes de aparecer, y en caso de que él tuviese otros planes debía devolvérsela. ¿A quién tenía en su mente Blossom para consolar a Frances? ¿A Stu? ¿A Nils? ¿A él? ¿O acaso había usado la palabra en su acepción más común? La miró perplejo.

Blossom levantó la camisa de Stu y empezó a doblarla. Olía a calidez y parecía estar bien cuidada. Un ambiente familiar podría resultar plácido si estaba presidido por una hermosa mujer china. Se preguntó cómo se sentiría él si en algún momento los músicos siguieran su camino y la dejaran allí. ¿Se sentiría con una carga? ¿Contento? ¿O consolado?

—Consolar a Frances —dijo Quinn a Blossom—, en cualquier sentido de la palabra, sólo será posible cuando esté preparada para ello. Por ahora démosle de comer.

Tengamos paciencia con ella. No la ahoguemos con preocupaciones. Y, hagas lo que hagas, no le muestres los periódicos de hoy.

Mientras los músicos estaban fuera, en su trabajo nocturno, Quinn se dedicó durante una hora a mimar a sus orquídeas. La *Vuykstekeara Cambria Flush* de color rojo como el vino había perdido uno de sus pimpollos. Lo mismo le había ocurrido a la *Dendrobium Phalaenopsis* de color rosa y violeta. Al recordar la orquídea que Frances lucía la noche anterior abrigó las esperanzas de que se hubiesen caído de modo natural. Ponerse una orquídea había sido un buen signo. La paciente estaba recuperando sus fuerzas. Ese día tuvo una recaída. Sabía por sus propias experiencias, aunque siempre fueron más leves, que la depresión era como la arena movediza: uno cuanto más luchaba por salir, más se hundía. Al final uno lo superaba porque se engañaba a sí mismo afirmando que ya

se sentía bien. En ese momento él se sentía bien. Los músicos penetraron en su desierto haciendo un bullicio simpático. Llegaron en el momento oportuno. Frances no. Ella había arrojado una piedra en la piscina de su placidez y había removido sentimientos de compasión, de angustia.

Antes de ir a acostarse, golpeó la puerta del cuarto de Frances. No recibió respuesta. Volvió a golpear.

—Sólo quiero saber si estás bien —le preguntó.

Al cabo de unos pocos minutos Frances le aseguró que estaba bien.

—El único problema es que no puedo dormir.

Él tampoco podía. La luz de la calle se filtraba a través de los listones de las celosías y arrojaba sombras con formas de barrotes en las paredes de su dormitorio. Permaneció despierto pensando en Carne, en Jocelyn y en la hija de ambos que estaba en el pequeño cuarto en la otra punta del corredor. Poco después de la una, la oyó bajar las escaleras. Como pasó más de media hora y Frances no regresaba, se puso la bata y bajó a verla.

Frances estaba buscando en el living y en la cocina los periódicos del día. Se lo dijo después de mirarle con ojos sorprendidos al verle allí.

—Anoche los trajiste. Hoy también debes haberlos traído. Tengo que leerlos.

Quinn le aclaró que no había comprado ningún periódico.

—Voy a calentar un poco de café. ¿Quieres que te sirva uno?

—¿Eran tan malas las noticias como para que hayas decidido no traerlos a casa?

—No —mintió—; lo que ha pasado es que había demasiada gente en el quiosco.

Frances estaba temblando, llevaba puesto un camisón corto de algodón azul que le quedaba muy apretado a la altura de la cadera. Seguramente era de Lucille. Quinn encendió la estufa eléctrica.

—En la puerta del fondo está colgada la chaqueta de Nils. Abrígate.

Frances era una réplica de su madre y él no podía sacarse de la cabeza el parecido. Si estuviese cubierta por un velo podría hablarle mejor.

Ella percibió su incomodidad y la malinterpretó.

—¿Quieres que me vista?

—No, sólo quiero que no tengas frío.

La chaqueta de Nils era larga, áspera y estaba sucia. La miró con asco antes de ponérsela sobre los hombros.

Tal vez no era muy sensato de su parte, pero de todos modos preparó un café irlandés.

Ella le contó que había escuchado por la radio el relato de lo sucedido en el juicio.

—Fue muy corto, pero mencionaron a un profesor que llevó un...

No pudo decirlo.

Él lo dijo por ella porque comprendió que sería mejor comentarlo.

—Un modelo. Una innecesaria pieza de exhibición egocéntrica. Con las fotos era suficiente. No deberían haberlo permitido.

—¿Cómo reaccionó mi padre? —Sus ojos, oscuros como los de su madre, le miraron fijamente.

Le dijo la verdad.

—Se alteró, pero sólo por un momento. Hasta ese momento siempre se había mostrado muy sereno.

Quinn esperó a que comentara algo y al cabo de un rato ella volvió a hablar. Su manera de acercarse era indirecta.

—¿Esa lámina de Snoopy pertenecía a tu hijo?

—Sí.

—¿Le echas de menos?

—A veces.

—¿Odias a tu esposa?

—Ya no es mi esposa y no la odio.

Supuso que tendría que soportar el interrogatorio por si le conducía a algún lugar.

—Mientras estuviste casado con ella, ¿te acostabas con otras mujeres?

—Algunas veces.

—¿A ella le importó?

—Nunca se me ocurrió preguntárselo.

—¿Ella lo sabía?

—Creo que no.

Frances meneó la cabeza lentamente.

—Ahí está la diferencia.

Quinn trató de interpretarlo. ¿La diferencia entre él y su padre? Las relaciones amorosas de Carne eran públicas. Todos estaban al tanto de ellas. Se preguntó a qué edad Frances había tomado conciencia del sexo y, más específicamente, de las infidelidades de su padre. ¿Su madre habría tenido ataques de celos? ¿Habría retumbado la casa con tormentas sexuales? ¿Era ésa la causa de su odio? ¿Habría encontrado a su padre con una de sus amantes?

Le preguntó si las relaciones extramatrimoniales de su padre habían molestado a su madre. Sonó rígido, como la jerga utilizada en la corte.

—Puedes tomarlo así, si quieres.

Quería que hablase con más claridad. Era indispensable entender bien.

—¿Qué quieres decir?

—Él la mutiló.

Era una palabra extraña, demasiado cargada de emoción.

—¿La querías mucho?

Frances terminó el café; tomó la botella de la mesa y llenó la taza hasta la mitad con *whisky* puro. Quinn se arrepintió de haberla dejado a la vista, pero se resistió al impulso de sacársela.

—Era mi madre —explicó—. No me gustaba lo que mi padre le hacía.

Le preguntó por qué no se habían divorciado.

—Porque mi querido papá no quería. A él le convenía dejar las cosas como estaban. —Sus labios se torcieron en una mueca—. Yo oí cómo Hester discutía con él por eso. «¿Por qué te quedas con esa patética mujer, si puedes recuperar la libertad?», le dijo una vez.

—¿Oíste a tu padre y a la Allendale discutir? ¿Fue antes de que se incendiara la casa? —Se inclinó hacia adelante: su voz sonó más aguda a causa de su interés.

—Señor fiscal hijo de puta —le dijo tambaleándose—, sepa que soy una testigo hostil. Hostil a toda esta mierda... Vete y déjame sola.

Se dirigió a la mesa y se agarró a ella, con la espalda vuelta hacia él. La chaqueta se le deslizó y cayó arrugada a sus pies. Respiraba profundamente, rígida por la tensión; la cabeza, inclinada hacia adelante. Su cabello corto, áspero y oscuro era el de Jocelyn.

Al mirarla, Quinn vio las heridas de su madre y percibió las de Frances. No supo qué hacer ni qué decir.

Cuando ella se volvió a mirarlo, las lágrimas le corrían por las mejillas. Se sirvió más *whisky*.

—Me ayuda —dijo tomándolo de un solo sorbo— a sacarme todo esto de la cabeza, aunque sea por un rato. Sólo así puedo soportarlo.

Frances recogió la chaqueta y la apoyó en el sofá. Allí se envolvió con ella y se sentó, con la cara oculta en el cuello de la chaqueta de manera que él no pudiese verle las lágrimas.

—Me he portado como un insensible —le dijo él con suavidad—. No debí haberte hecho preguntas.

—Nunca podré presentarme a declarar como testigo.

—No.

—¿Cuánto tiempo me dejarás estar aquí?

—Hasta que termine.

—Hasta que termine... —repitió.

Esas palabras llevaban implícita una carga de fatalidad. Había una sensación terrible de fin. Quinn comprendió lo asustada que estaba y no supo cómo consolarla.

Quinn tomó una silla del otro extremo de la chimenea y observó a Frances disimuladamente. La taza de *whisky* vacía estaba en el suelo, a su lado. Ya no lloraba. Tenía la frente veteada por el calor. Quinn apagó la estufa eléctrica. Se quedaron sentados en silencio durante un largo rato y luego, cuando creyó que ya estaba a punto de quedarse dormida, de pronto ella se apartó la chaqueta del rostro y empezó a hablar de su madre. Su voz sonaba con poca nitidez; las frases eran cortas, fragmentadas; parecían pronunciadas para ella más que para él. Era un elogio teñido de desesperación, la recreación de un muerto con un grado de perfección imposible. Mamá era la única persona buena y maravillosa; su único padre. A papá ni siquiera le mencionó.

6

EL AMA DE LLAVES de Edward Carne pasó a prestar testimonio. Carne creía que le caía simpático; en ese momento no cabía duda de que no era así. Carne cruzó los brazos y escuchó con divertido desapego lo que su ama de llaves tenía que decir. Llevaba puesto un vestido azul y blanco y una chaqueta que Jocelyn le había regalado el verano anterior. Jocelyn había empezado a engordar en los últimos años. Pesaba sesenta y cuatro kilos y medía sólo un metro sesenta. A la señora Hooper no le importaba vestir la ropa de una mujer asesinada.

Los pensamientos de Carne giraban como cometas en medio de un viento muy fuerte. Se había mareado por la falta de sueño. El médico de la prisión le había recetado pastillas para dormir pero las había escondido en una hendidura del colchón. Tenía una celda para él solo y, en aquellos días de superpoblación en las cárceles, eso significaba ser afortunado. *Sí* era afortunado. Privilegiado. Como cuando logró conseguir esa *suite* nupcial en el hotel de Buxton a raíz de que se había cancelado una boda. El programa de televisión trataba acerca de la elegancia en Derbyshire. Había hablado de sus orígenes paganos al sacerdote de la cárcel que se había sentado con él un rato el día anterior, después de regresar de la corte. «Arcadia» era un tema de conversación inocuo.

—Una serie excelente —dijo entusiasmado el cura—. El Edén del hombre moderno.

«Con un Adán», pensó Carne, «para muchas Evas». Estuvo a punto de pronunciar el chiste en voz alta. Quizá lo hizo. No podía

recordarlo. El padre le había tocado el hombro para alentarle:

—Vamos. La frente alta —le dijo, como si fuese un alegre profesor de gimnasia—. La frente alta.

Si uno lleva la frente alta y la mandíbula inclinada con arrogancia, está invitando a la violencia. La multitud en las calles era violenta. O lo sería si se le presentaba la ocasión. Sin embargo, todavía oía palabras de aliento. Algunos aplausos, incluso. Bien hecho, Carne, estás representando el papel de siempre. El cura quería saber si podía hacer algo por él.

—Absuélvame de mis pecados.

Lo dijo de verdad. Por su mente pasaron comentarios graciosos que se escapaban de su boca antes de que pudiera evitarlos. Le pidió disculpas. El padre se sorprendió ante la disculpa. Lo había tomado en serio; sin duda esperaba una confesión. Después de eso, le miró extrañado. ¿Qué clase de código de conducta se esperaba de él? El psiquiatra de la prisión le hizo algunas preguntas obvias al comienzo del juicio. Nadie, desde que comenzó el juicio, era sutil. El profesor Benford tampoco había sido sutil el día anterior. Carne no había tomado las pastillas para dormir por temor a soñar con la imagen de Jocelyn decapitada. Los sueños eran traicioneros. Antes de marcharse, el cura le preguntó si quería rezar. Le contestó que no. Dios, si es que existía, lo sabía todo. El cura no. Ni el circo de allí adentro. Tampoco lo sabía por cierto la señora Hooper que estaba haciendo un buen trabajo asesinando al personaje principal. Le estaba diciendo al fiscal que él solía llevar mujeres a su casa. Como si se acostara con dos al mismo tiempo. Seguramente se estaba refiriendo a Joanna y Clare, que trabajaban en la redacción de los guiones. Habían ido a su casa varias veces cuando Jocelyn estuvo fuera. Si el barro las alcanzaba a ensuciar a ellas sería lamentable... e injusto. Era una relación de trabajo y nada más. Greyó conveniente decírselo a Mc Nair.

Trató de atraer su atención y por fin lo logró. Mc Nair dijo que no se preocupara. Él no se preocupaba. Deseaba estar preocupado. Sería lo normal, pero en realidad no se había sentido normal desde que Benford lo sacudió el día anterior.

Al cabo de unos minutos, Mc Nair empezó a jugar a su favor. Teniendo en cuenta lo que acababa de oír acerca de las dos libretistas, su intento por aclarar el punto fue satisfactorio. Si el

jurado le creyó o no era otra cuestión.

—Usted ya ha explicado a mi estimado colega la naturaleza de su trabajo —comenzó—. Usted limpia, cocina, se encarga de las compras. ¿Ha ayudado alguna vez al señor Carne en su trabajo para la televisión?

—Por supuesto que no —contestó sorprendida—. No tengo la preparación suficiente como para hacerlo.

—¿Sabe usted que los programas deben ensayarse hasta el último detalle?

Se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí.

—¿Podría usted diferenciar a los compañeros de trabajo del señor Carne de los amigos de la familia?

—Yo conocía a las amigas de la señora Carne. Eran mujeres muy respetables.

—Las mujeres respetables también existen fuera del círculo de amigas de la señora Carne. ¿No podría ser que el señor Carne a veces invitara a sus compañeros y compañeras de trabajo a su casa para poder trabajar hasta tarde en un guión?

—Es raro que lo hiciera precisamente cuando la señora Carne no estaba.

Mc Nair la miró sorprendido.

—¿Quiere decir que la señora Carne formaba parte del equipo de trabajo? ¿Que ayudaba a su marido y a sus colegas con los programas?

—No, ella no tenía nada que ver con eso.

—Entonces, ¿por qué habló de su ausencia? ¿Por qué era raro, para usar sus palabras, que fuesen ocasionalmente a su casa mientras ella no estaba?

El rostro de la señora Hooper estaba encendido.

—Usted sabe muy bien a qué me refiero.

Spencer-Leigh intervino:

—Sugiero que retome el hilo inicial del interrogatorio, señor Mc Nair. Según mis notas, la señora Hooper había salido a hacer compras cuando el acusado regresó a su casa esa mañana del 4 de agosto. Ella tuvo la impresión de que volvía de realizar su programa en Devon. Sus idas y venidas no seguían una determinada rutina y él a menudo olvidaba informarle acerca de sus viajes. Tampoco le

informaba de cuándo traería a sus invitadas. La interpretación que la señora Hooper hizo de la palabra «invitadas» provocó la larga digresión que acaba de tener lugar.

—Su Señoría, con todo respeto deseo recordarle que mi estimado colega, el señor Breddon, debió de haber advertido esta digresión y, sin embargo, no hizo nada para interrumpirla.

—No obstante —replicó con firmeza el juez—, soy yo ahora quien la está interrumpiendo. ¿Tiene algo más para preguntar a la testigo en relación con aquel día crucial en particular? Si es así, prosiga.

Mc Nair inclinó la cabeza amablemente.

—Sí, Su Señoría. —Se volvió hacia la señora Hooper—. Cuando el señor Carne recibió la llamada telefónica acerca del incendio en la casa de campo y le dijo lo que acababa de suceder, ¿usted se preocupó por la seguridad de la señora Carne?

—No. La policía dijo que no había nadie en la casa. Yo pensé que se habría ido a visitar a alguna amiga o, quizás, a ver a su hija. Frances consiguió un trabajo en Liverpool durante las vacaciones. ¡Y él parecía tan indiferente a todo! —La señora Hooper alisó el puño de la chaqueta de Jocelyn con el dedo índice de su mano derecha—. Pero si yo hubiese sabido lo que sé ahora... —Su rostro se encendió con genuina emoción y no pudo seguir.

—Y si el señor Carne hubiese sabido todo lo que ocurrió en ese momento —afirmó Mc Nair—, habría sentido una conmoción, tal como le sucedió meses más tarde, cuando encontraron el cuerpo. —Se apresuró a continuar antes de que el obvio escepticismo de la señora Hooper se evidenciara—. ¿Cuándo partió el señor Carne hacia Gales?

—A la mañana siguiente.

—¿Hizo algún preparativo especial para el viaje, como por ejemplo cambiar las ruedas?

La señora Hooper se sorprendió ante la pregunta, lo cual era previsible.

—No, en absoluto. Aunque le hubiese puesto agua al radiador yo no me habría dado cuenta.

—Después de recibir la llamada telefónica, ¿cómo pasó el señor Carne el resto del día?

—En su estudio. Probablemente revisando los papeles del

seguro.

—¿Fue al jardín, ordenó algo, quemó basura, por ejemplo?

Confundida por la aparente irrelevancia de las preguntas, la señora Hooper meneó la cabeza.

—Odiaba la jardinería. La señora Carne era la que se ocupaba del jardín cuando estaba. Él nunca la ayudaba.

—¿Hay algún hogar en la casa?

—No, lo revistieron con madera. La señora Carne solía poner plantas en la repisa del hogar. Cuando ella estaba, la casa era mucho más bonita...

—¿Qué clase de calefacción tiene la casa? —la interrumpió.

—A gas.

—De modo que no se puede quemar nada dentro de la casa.

—No.

—Gracias —dijo Mc Nair—. Ha sido muy útil su testimonio.

Antes de sentarse, miró a Carne. Carne habría podido cambiar las ruedas cuando la señora Hooper no estaba allí y si tenía la ropa manchada de sangre no la habría quemado en su propio jardín. Probablemente lo había quemado todo en la casa de campo y luego se puso la ropa limpia antes de regresar a casa. Era difícil estar a cargo de la defensa cuando uno estaba en un noventa por ciento seguro de que el acusado era culpable. No le perturbaba la conciencia, pero ponía a prueba su habilidad profesional como si tensara una soga deshilachada. La obcecada negativa, o imposibilidad, por parte de Carne de buscar una excusa que explicara la noche del 3 de agosto hacía que su función se volviese casi imposible. No podía ponerlo en el estrado de los testigos. Breddon le destruiría.

El siguiente testigo fue el productor televisivo de Carne, quien le explicó a Breddon que él junto con su equipo estaban montando un programa sobre el Doone Valley. Carne había pedido permiso para irse antes de terminar el programa. Como Carne era un profesional de gran dedicación, debía tratarse de una urgencia, si bien Carne no dio ninguna explicación al respecto. Su repentina partida resultaba extraña, pero era posible terminar la filmación sin él y realizar el resto en el estudio de Londres. Y así lo hicieron un par de días después.

Breddon confirmó a través del productor que la rápida partida

de Carne de la grabación se produjo en la mañana del 3 de agosto e hizo hincapié en el hecho de que a la mañana siguiente, el 4 de agosto, alrededor de las siete estuvo a una hora de la casa de campo ya consumida por el fuego y nuevamente de camino hacia Londres.

Antes de que el productor abandonara el estrado, Breddon le preguntó si era normal que los guionistas trabajaran en la casa de Carne. El productor, que no había oído los testimonios anteriores, dijo que no. Claro que podían hacerle visitas de carácter social. Breddon no pudo evitar dirigirle una sonrisa a Mc Nair. Mc Nair no prestó atención. No se molestó en tratar de resucitar esa barricada. No obstante, tuvo la extraña sensación de que en ese punto en particular Carne le había dicho la verdad.

Olivia Mason, una llamativa mujer de alrededor de treinta años, subió al estrado de los testigos después del productor. Tenía el pelo negro atado en una gruesa trenza que le caía por la espalda e iba vestida con una falda y un chaleco de color beige, tejidos en su negocio de artesanía de Snowdonia. Sus ojos castaños, de pestañas gruesas, evitaron encontrarse con los de Carne.

Carne, perturbado por primera vez durante la mañana por la sensación de realidad, se inclinó hacia adelante y la observó fijamente uno o dos minutos antes de apartar la mirada. Observó al jurado sin ver a nadie en particular. Era una masa amorfa de rostros. Sus ojos se concentraron por un momento en Quinn y luego los apartó.

Quinn, atento a la reacción de Carne, se puso alerta. Entre Carne y esa testigo había sin duda un vínculo. ¿Acaso el querido papá se había divertido con ella también?

Breddon, después de las habituales frases preliminares, le preguntó dónde vivía. Ella le respondió que su negocio de artesanía y su casa quedaban a un par de kilómetros del pueblo de Brynglas.

—Y la casa de los Carne... ¿a qué distancia queda de su negocio de artesanía?

—A menos de dos kilómetros a través del campo...; por la carretera, un poco más lejos.

Su voz era sonora y profunda con la entonación propia del acento galés, aunque leve.

—¿Conocía a los Carne?

—Sí. Cuando compraron la casa, la amueblaron con algunas

cosas de mi negocio, hechas a mano. Mi marido era carpintero. Hacía cómodas galesas en pino. Yo me dedicaba a tejer. Jocelyn Carne me compró tela rústica para las cortinas.

—De modo que les conocía como clientes. ¿Les trató socialmente?

—Nos veíamos de vez en cuando. Vinieron a cenar a mi casa una o dos veces.

—¿Diría usted que era una pareja feliz?

—Se respetaban mucho el uno al otro.

Breddon frunció los labios.

—¿Ésa es su definición de felicidad? ¿Un amable respeto?

Le miró fríamente.

—Nunca vi nada que me diera a entender que no fueran felices.

—¿Discutieron alguna vez en su presencia?

—No.

—¿Tal vez no les vio en pareja con suficiente frecuencia como para formarse una opinión certera acerca de ellos?

—Quizá. Jocelyn pasaba mucho tiempo sola en la casa de campo. Era una mujer fuerte y autosuficiente. No se sentía sola. Adoraba el campo y le gustaba salir a caminar.

—¿Sola?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿La hija la visitaba en la casa de campo?

—Sí. Estaba estudiando en una universidad del norte.

—¿La vio alguna vez?

—Una sola vez. Fue un encuentro breve, en el pueblo. Era torpe... un poco tímida. Jocelyn la quería mucho. Se notaba.

—De modo que la relación madre-hija era cálida. —Breddon cambió de tema—. ¿Cómo describiría la relación de su marido con la señora Carne?

Pareció sorprenderse y luego divertirse.

—¿La relación de mi marido...? Supongo que no está queriendo decir...

—Yo no quiero decir nada. Solamente le estoy haciendo una pregunta. Usted y su marido eran los únicos en el pueblo que tenían cierto contacto social con los Carne. Lo que estoy tratando de hacer es conocer el entorno del caso.

La mujer aceptó la explicación que Breddon le ofreció.

—Mi marido y yo éramos sus vecinos. Una relación típica entre vecinos. Una o dos veces mi marido ayudó a Jocelyn. En una ocasión la puerta de atrás se hinchó por la humedad y él fue a arreglársela... ese tipo de favores. —Agregó—: Supongo que sabe que mi marido sufría insuficiencia cardíaca y que murió en enero de este año de un ataque al corazón.

Breddon dijo que lo sabía y que lo sentía mucho. Podría haberle ahorrado la siguiente pregunta pero no lo hizo.

—Según un testigo, su marido y Jocelyn Carne estuvieron juntos cerca de una hora en el bar del pueblo pocos días antes del incendio.

En ese momento le tocó a Olivia decir que ya lo sabía.

—David había ido a la tienda del pueblo a comprar algo de comida y allí se encontró con Jocelyn. La invitó a una bebida y ella aceptó.

—Ajá.

El dueño del bar luego diría a la corte que Jocelyn Carne y David Mason discutieron en voz baja pero con cierta vehemencia. Eso sucedió más tarde y Breddon no tenía intención de divulgarlo en ese momento.

—Por favor, no se ofenda por la siguiente pregunta —le pidió Breddon con amabilidad—. ¿Hubo alguna ocasión en la que su relación con Edward Carne fue un poco más íntima que una simple relación de buenos vecinos? En algún momento de tensión, ¿habría recurrido a usted?

—Casi no le veía —contestó; tenía la cara encendida—. Nunca le vi solo. Es la verdad. ¿En algún momento de tensión? No entiendo su pregunta. ¿Y por qué vendría a mí?

Le descerrajó una mirada nerviosa a Carne que permanecía sentado duro como una estatua. Un estudio hecho en piedra.

—¿Le sorprendería saber —prosiguió Breddon— que la noche del incendio un pastor del lugar vio a alguien que se parecía a Carne caminando por el sendero del campo cerca de su negocio de artesanía?

—Sí, me sorprendería mucho —dijo Olivia con brusquedad—. Era una noche muy oscura.

—¿De veras? Es raro que lo recuerde. —Se sentó.

Mc Nair decidió no interrogarla. Olivia Mason había repudiado

la insinuación de que ella hubiese sido una amante más de Carne. Si mentía, lo hacía muy bien, a pesar del desafortunado rubor que le cubrió las mejillas. La posibilidad de que su marido hubiese tenido un romance con Jocelyn quedaría grabada en la mente del jurado, pero si él volvía a mencionar el tema no estaría haciendo más que subrayar ese punto. Podría invalidar esos dos motivos posibles en su alegato final... en caso de que fuese necesario. Todavía no lo era.

Mc Nair sabía que tendría que desacreditar al pastor que sería llamado en cuanto Olivia Mason dejara el estrado de los testigos. Sin embargo, el juez decidió levantar la sesión hasta después del almuerzo.

Quinn, que no estaba con el ánimo de hablar con el profesor Leary, logró eludirle. El profesor le había saludado en el salón principal con un gesto alegre, bastante insólito en él, con la aparente intención de hablarle. El almuerzo de Quinn consistió en una barra de chocolate que comió en una librería. Necesitaba estudiar el mejor camino para llegar a la casa de Carne en Carlisle Crescent. Consiguió la información sin necesidad de comprar un mapa. En cambio, gastó el dinero en un libro de segunda mano sobre los *Cymbidium*s.

Cuando regresó al estrado del jurado, la sesión estaba a punto de comenzar. Selina Mc Kay se volvió y le dirigió una sonrisa. Supuso que habría sido agradable almorzar con ella, si hubiese tenido tiempo. Observó que Selina ya no tenía puestos los tapones en las orejas y se preguntó qué sabría de los testimonios de la mañana.

Tom Griffiths, el primer testigo de la tarde, pasó a declarar. Había sido pastor del rebaño de una granja durante más de veinte años y conocía muy bien las ciento cincuenta hectáreas de territorio montañoso y escarpado. Le dijo a Breddon que era capaz de recorrer el lugar dormido, pero que por supuesto siempre llevaba una gran antorcha para poder cumplir con su trabajo. Se encontraba ayudando a una oveja que se había caído y se había roto una pata cuando de pronto vio a Carne en el sendero del campo. No, no podía asegurar qué hora era... entre las once y las doce... era lo máximo que podía decir. Había dejado su cabaña después de las diez y media y el lugar quedaba a media hora yendo a pie. Cuando llegó a su casa vio que eran más de las doce... casi las doce y media. Se dio cuenta de que era Carne por la chaqueta. Una

campera amarilla y negra con capucha. Se la había puesto para ir al pueblo un par de veces y le daba el aspecto de un asqueroso señorito inglés.

El juez le advirtió que moderara su vocabulario. Griffiths, cuyo lenguaje podía resultar un tanto extravagante, se sorprendió de que el juez fuese tan susceptible. Se disculpó.

—¿Está absolutamente seguro de que la persona que vio era Carne? —insistió Breddon.

—Sí, completamente seguro —afirmó Griffiths—. No tengo ninguna duda. Tiene una manera muy especial de caminar. Es por los zapatos que usa.

—¿Por los zapatos?

—Unos zapatos livianos de gamuza en vez de las típicas botas de campo. Las espinas de las zarzas se le pegaban y caminaba de una manera muy delicada, como si estuviese en un campo minado. Cuidaba bien el lugar donde ponía los pies.

—Ah —murmuró Breddon y lo dejó ahí.

Mc Nair comenzó su interrogatorio.

—¿Suele salir de noche, señor Griffiths?

—Cuando es necesario, sí. Las ovejas pueden tener problemas de noche y de día.

—¿Cómo supo que ese animal, a esa hora tan tarde de la noche, tenía problemas?

—Una persona que hacía auto-stop

se dio cuenta. Lo comentó en el pueblo y alguien llamó a la granja.

—¿Una persona que hacía auto-stop

? ¿Cómo pudo precisar el lugar?

—Quedaba cerca de una estructura que hay para cortar el viento al lado de unas piedras drúidicas. Por allí hay un camino.

—¿Es un paseo atractivo? —preguntó Mc Nair.

—Sí, en verano. Por ahí pasan muchos turistas y sus imbéciles perros. —Le dirigió una mirada rápida al juez—. Disculpe, Su Señoría.

—Y por cierto esto fue en verano —señaló Mc Nair—. El 3 de agosto, tarde por la noche.

—Así es.

—Era una noche oscura, creo. ¿Usted se acuerda?

—No puedo asegurarlo —respondió Griffiths—. Llevaba mi antorcha. Yo veía bien.

—De modo que usted vio a este hombre con su singular campera caminando por el sendero. ¿A qué distancia estaba de donde se encontraba usted?

—A varios metros de distancia.

—¿Le saludó? ¿Le dijo «Buenas noches» o algo así?

—No. No estaba tan cerca como para poder hablarle.

—¿Llevaba él una antorcha?

—Seguramente. Si no la hubiese llevado, habría tropezado todo el tiempo.

—¿Pero usted no la vio?

—No.

Mc Nair comenzó a hablar en un tono más tajante.

—La luz de una antorcha es algo muy evidente en una noche oscura. La ropa, en cambio, no. ¿No es extraño que usted haya reparado en la campera, una campera que era en su mayor parte negra con sólo un poco de amarillo, y no haya advertido la antorcha?

Griffiths lo pensó.

—Uno espera ver una antorcha, de modo que no se fija en ella. Pero uno no espera ver al señor Carne caminando por el campo, de modo que uno sí piensa y se fija en eso. En él y en su campera.

—Usted le identificó por su campera... y por sus zapatos de gamuza.

—No sé qué zapatos tenía puestos esa noche, pero caminaba como si llevase esos de gamuza.

—De modo que eso nos deja con la campera.

—Sí.

Mc Nair lo invitó a mirar al público de la galería.

—¿Ve a alguien con la misma campera de Carne?

Griffiths miró.

—No.

—¿Ve a alguien con un chaleco como el suyo?

Griffiths volvió a mirar.

—No.

—Entonces, ¿diría usted que su chaleco es un modelo exclusivo?

—Lo compré en Marks and Spencer —explicó Griffiths—. Allí no vi ninguna campera como la de Carne.

—¿Usted cree que fue confeccionada para él exclusivamente... esa campera negra y amarilla tan particular?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe, señor Griffiths. Mi cliente, el señor Carne, llevaba puesta una campera, tan poco exclusiva como su chaleco. Sólo que fue confeccionada por otra firma. Esa zona de Snowdonia es muy popular entre los turistas. Usted admitió que un turista informó acerca de la oveja lastimada. Usted vio a alguien caminando por el campo; alguien que llevaba una campera parecida a la de Carne, no necesariamente del mismo color. Dudo de que haya podido distinguir los colores a esa distancia. Usted sabía que la casa de Carne quedaba en las proximidades, de modo que fue así como llegó a esa conclusión.

—Entonces, el señor Evans, el veterinario, también llegó a la misma conclusión equivocada —replicó Griffiths, presumido—. Él estaba caminando a mi lado y me preguntó: «¿Qué diablos estará haciendo ese pinche de la televisión a esta hora de la noche? ¿Estará recogiendo florecitas?».

Hubo risas ahogadas entre el público de la galería. El juez levantó la mirada y frunció el entrecejo.

El señor Evans, el veterinario, cayó como del cielo para respaldar al fiscal. No estaba incluido en la lista de los testigos. Hasta ese momento nadie lo había tenido en cuenta.

Mc Nair, sintiéndose derrotado, miró con ojos preocupados a Carne. El rostro de su cliente se mantenía inexpresivo, rígido y sereno. Prosiguió para hacer su última objeción.

—No dudo de que usted y el señor Evans hayan visto a alguien al que confundieron con Carne —dijo—. Ustedes vieron a un turista solitario. Uno de los tantos que probablemente pasaron por ese camino. Uno de ellos pudo haber sido el asesino de la señora Carne. Estaba sola en la casa y completamente vulnerable. Si hubiese hablado con esta persona y la hubiese identificado, su testimonio habría resultado de suma utilidad. Pero en estas circunstancias no tiene mucho peso.

El siguiente testigo que pasó a declarar, Will Hughes, el panadero del pueblo, afirmó haber visto el Granada de Carne

parado a un costado del camino a un par de kilómetros del pueblo, justo cuando estaba empezando a oscurecer. Enfrente había otro automóvil. El otro coche estaba vacío. No, no se fijó en la marca. En el Granada había dos personas: una mujer y Carne. Bueno... supuso que era Carne. No, no podía asegurarlo. Breddon esperaba una respuesta más enfática pero no la consiguió. Mc Nair, aliviado al tener que interrogar a un testigo inseguro, redujo la declaración del panadero a una «imaginaria red de conjeturas».

—Pudo haber sido una pareja de enamorados en un coche, señor Hughes —dijo—, y pudo haber sido un coche parecido al del acusado. Como lo vio al pasar su camión, su visión fue muy rápida. ¿O acaso le gusta mirar lo que hacen las parejas y eso lo llevó a detener el camión?

El panadero no se dedicaba a hacer eso. Confesó que su visión había sido muy ligera. Simplemente pensó que sería conveniente informar a la policía cuando comenzaron las investigaciones; de lo contrario... Mc Nair le interrumpió en el medio de la oración.

El panadero fue seguido por el encargado del bar, que había atendido a Jocelyn Carne y a David Mason durante la hora del almuerzo el lunes 31 de julio. Tom Bowen, bajo y de tez oscura, era el director del coro del pueblo. Era un testigo inteligente, se expresaba bien y prestó su declaración sin titubeos. Le dijo a Breddon que David Mason estaba alterado. Advirtió que él y la señora Carne discutían acaloradamente acerca de algo. Se preocupó al ver que el rostro de Mason enrojecía. Como sabía que sufría del corazón, se acercó a la mesa con el pretexto de llevarse unos vasos vacíos. La pelea cesó por un momento, pero continuó cuando él se alejó.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en el bar... Crown? Se llama así, ¿no es verdad? —preguntó Breddon.

—No, se llama Mitre. Estuvieron juntos alrededor de cuarenta minutos. La señora Carne se fue antes... David se quedó unos diez minutos más.

—¿Y luego? —le apremió Breddon.

—Luego vi que la señora Carne se había olvidado el bolso. Estaba en el suelo, debajo de la mesa. Fui al aparcamiento, pero ya se había ido. Obviamente llevaba las llaves del coche en otro lugar... o quizá las dejó dentro del coche. Esperé una hora para que

se diera cuenta del olvido y viniera a buscarlo. Como no vino, la llamé a su casa. Me pareció que estaba como aturdida. Dijo que no llevaba nada de valor en su bolso y no quería volver otra vez al pueblo ese mismo día. Me pidió que se lo guardara y dijo que vendría a buscarlo al día siguiente.

—El día siguiente era martes, el 1 de agosto.

—Exacto.

—¿Fue a buscarlo?

—No. A mí no me gustaba la idea de tener el bolso conmigo. Había dicho que no tenía nada de valor, pero de todos modos... —Bowen se encogió de hombros—. Usted sabe. Las cosas personales de una mujer... un bolso enorme lleno de esto y lo otro. Y yo no conocía muy bien a la señora Carne. Sólo de vista. La única vez que estuvo en mi negocio fue aquella vez con David Mason.

—Entonces, ¿qué hizo?

—Volví a llamarla el miércoles por la tarde, alrededor de las siete. Me dijo que se había olvidado por completo del bolso y que vendría a buscarlo en cuanto pudiese.

Bredden habló pausadamente con el fin de subrayar la importancia de su pregunta.

—¿Era el 2 de agosto? ¿El miércoles 2 de agosto?

—Sí.

—Al día siguiente, por la noche, alguien incendió la casa después de haber matado salvajemente a Jocelyn Carne. —Esperó a que el jurado asimilara ese hecho antes de continuar—. ¿Cómo sonó su voz por teléfono? ¿Normal... recelosa...?

—Es difícil precisarlo... Irritada quizás. Estaba enojada consigo misma por haber olvidado el bolso. Era una molestia pasar a buscarlo. No era el tipo de mujer a la que le gustase ir al pueblo a chusmear. No se la veía a menudo.

—¿Terminó allí la historia del bolso? —preguntó Bredden.

—No. Resulta que se lo conté a uno de mis clientes. Me dijo que tenía que entregar un pedido de huevos en los establos, no muy lejos de la casa de la señora Carne, que iría hasta allí y le llevaría el bolso. Yo no podía dejar que fuese sin avisar por teléfono a la señora Carne. De modo que la llamé el jueves por la mañana, o sea el 3 de agosto.

—¿Le respondió?

La frente de Bowen se arrugó.

—No lo sé. El teléfono sonó durante mucho tiempo y entonces alguien levantó el auricular. Yo pregunté: «¿Habla la señora Carne?». Hubo una pausa y después colgaron. Al principio pensé que estaba harta del asunto del bolso. Yo me enojé. Decidí no preocuparme más... y esperar a que ella viniese a buscarlo. Si hubiese actuado de otra manera, tal vez ahora estaría viva.

Breddon le dijo que no debía de ninguna manera reprocharse su modo de actuar.

—¿A qué hora llamó por teléfono?

—Alrededor de las once de la mañana.

—Seguramente ya estaba muerta —dijo Breddon—, pero eso es algo que nunca podremos saber.

Le dio las gracias a Bowen por hacer sus declaraciones con tanta claridad. Bowen, evidentemente preocupado, agradeció a Breddon el haberle dado las gracias. Luego se dirigió al juez.

—Su Señoría, ¿me permitiría poner algo en su lugar, es decir, corregir una impresión equivocada?

Spencer-Leigh, momentáneamente sorprendido, le concedió el permiso.

—Todo lo que he declarado —dijo Bowen— es verdad. David Mason y la señora Carne estaban discutiendo. No pude evitar el prestar atención. Pero estoy seguro de que nunca hubo nada malo entre ellos. Lo que quiero decir es que los Mason eran un matrimonio feliz. No hubo jamás ningún tipo de escándalo. Viven en el pueblo desde hace siete años y han sido muy respetados. La señora Mason todavía se ocupa de su negocio de artesanía. Es una viuda muy trabajadora. Durante la enfermedad de su marido, ella lo atendió devotamente. No quiero que mi declaración provoque una calumnia. No sería justo.

Spencer-Leigh escuchó sin hacer ningún comentario. Tal vez no había sido muy prudente permitir a un alma compasiva una declaración tan sensible. Se preguntó a cuál de los abogados había perjudicado más. A Breddon, que estaba tratando de hallar un motivo: Mason atrapado en la red marital. O a Mc Nair que se esforzaba desesperadamente por encontrar las huellas de un maníaco homicida que debía andar suelto y necesitaba un candidato más creíble. Mc Nair no quiso interrogarle. Tratar de acusar del

homicidio a Mason resultaría más difícil que inventar a una o varias personas desconocidas.

Carne había escuchado el testimonio de Olivia y del dueño del bar con profunda concentración. No se dio cuenta de que en sus manos apretadas se habían entumecido algunos dedos hasta que Bowen dejó el estrado de los testigos. Se los frotó y poco a poco recuperaron el color y la sensibilidad. La palabra «calumnia» volvió a su mente. Palabra extraña para usar en una corte. El lugar estaba lleno de calumnias; y difamaciones de diversa índole. Su mente se estaba liberando una vez más; se estaba concentrando en cosas que no tenían importancia. La corte era una quimera; mejor ignorarla. Se alejó con su imaginación y recorrió senderos suaves donde nada le perturbara. Jocelyn, en un único momento, cuando él no estuvo lo suficientemente alerta como para impedirlo, se convirtió en una imagen real. Carne la borró. Deseaba retrotraerse a los tiempos anteriores a su trabajo en la televisión. A un entorno doméstico tranquilo, monótono, seguro, que no ofrecía peligros. Pero una palabra, quizás un acento, cambiaba la escena y le empujaba en el tiempo. Podía oler el campo montañoso, una mezcla de brezos y tojos y tierra áspera y húmeda. Las montañas de Snowdon tocaban las nubes, reduciendo la casa y todo el pueblo a un puñado de escombros.

Alguien le tocó ligeramente en el codo. La sesión de la tarde había terminado. Al ponerse de pie volvió a tomar conciencia de lo que le rodeaba. El jurado se convirtió nuevamente en un número de individuos. Les miró con ojos cansados y sin resentimientos. Meditarían sobre lo que se les dijo que meditaran. Por lo tanto, era mejor dejarles.

7

—

HE

OÍDO DECIR que usted alquila habitaciones —le dijo Trina Thompson a Quinn. Los miembros del jurado acababan de dejar la corte y Quinn estaba a punto de ir a buscar su coche cuando ella le apoyó una mano en el brazo. Llevaba puesta una blusa blanca y una falda plisada de color azul marino. Un sombrero con un escudo habría completado el cuadro. Una colegiala de quinto año haciendo novillos—. Me lo dijo el profesor.

El asombro de Quinn se diluyó. Supuso que Leary con su modo inimitable le habría subvalorado. La palabra «albergue» tenía cierto encanto. La palabra «habitaciones», en cambio, daba la imagen de algo miserable. Con voz seria le explicó que su pensión estaba completa.

Ella se mostró desilusionada. Su padre estaba interesado en la evolución del juicio y tenía la intención de venirse a Londres. Su novio tendría que irse del apartamento antes de que su padre llegara. Todos los lugares de precios asequibles en Londres estaban completos, incluso el YMCA. Ella ya había llamado a sus amigos y él a los suyos. No había sitio en ningún lado. Quinn se compadeció.

—Una bolsa de dormir en el suelo sería suficiente —le suplicó—. Después de todo, este juicio no va a durar mucho tiempo, ¿no?

—Tal vez —contestó Quinn—. Pero mi casa está llena en este momento... igual que Brixton —añadió al recordar a Carne.

Ella le contó que había preguntado también a los otros

miembros del jurado pero no había tenido suerte.

—El señor Dalton tiene una habitación de más, pero allí tiene una bañera llena de reptiles... ¡son sus mascotas! —dijo temblando—. ¡Qué raras que son algunas personas!

—Sí, algunas están muy locas —replicó Quinn, divertido. Se preguntó cómo reaccionaría si le dijese que en su casa estaba Frances—. Pero un poco de locura está bien. Piense qué aburrida sería la gente si tuviese siempre una perfecta salud mental.

Pero la locura debía tener sus límites, reflexionó al despedirse de Trina y pasar por la casa de Carne. La noche anterior, Frances le había dicho que quería ver la foto de su madre, para verla tal como era. Él la comprendió y sintió pena. Aquella imagen dañada y lastimada había crecido en su imaginación y necesitaba el antídoto de una mujer suave en un marco plateado. Frances no le pidió que fuese a buscarla, pero le dio los detalles precisos de cómo encontrarla. Detrás de la puerta, sobre el escritorio de la sala de recepción. Anticipándose a la pregunta, Quinn le aclaró que, dadas las circunstancias, si alguien entraba en la casa no sería nadie más que ella.

—Cuando tengas la mente despejada —le sugirió—, me entenderás. Mientras tanto daré una vuelta por tu casa en el coche para ver si se puede entrar o salir sin que ocurra ningún imprevisto.

La casa de ladrillos, pintada con un color suave y cubierta de hiedra, estaba al fondo de una gran extensión de terreno. Enfrente había un parque cercado para uso de los residentes del lugar. En esa agradable tarde estival los geranios brillaban rojos y los blancos ramilletes de filadelfos estaban en su máximo esplendor. La zona estaba atestada de gente y de coches. Logró conseguir un lugar para aparcar a unas cuantas cuadras y siguió caminando en dirección a la calle en cuestión. Un patrullero estaba parado frente al portón de hierro forjado de Carne y dentro estaban sentados dos policías. No había signos de vandalismo en la fachada de la propiedad; las paredes no estaban pintarrajeadas y las ventanas, altas y estrechas, no estaban rotas. Las cortinas estaban corridas como si fuese una casa cuyos habitantes estuviesen de luto. Un policía joven estaba cruzando el jardín y se dirigía a la parte de atrás de la casa. Llevaba unas tijeras de podar. Quinn se detuvo y le observó. Un sendero con techo abovedado y con espalderas dividía el jardín del fondo de la

parte delantera. Del techo colgaba algo que parecía un montón de trapos semiquemados. Un viejo aparato de televisión fue colocado al lado del muñeco y quedaba casi oculto por un arbusto de verónicas. Sobre el césped había un ropero, chamuscado y doblado en los bordes. Aun así se alcanzaba a distinguir la palabra «carnicero» escrita audazmente. El policía bajó la figura de la barra transversal de la espaldera. No se parecía a Carne... Quizá se le pareció algún día.

Una súbita explosión de ritmo que salió de alguna radio rompió el extraño silencio que reinaba mientras la gente agolpada observaba al policía con las tijeras. Movi6 el muñeco con la punta de las tijeras y un mont6n de lana de algod6n, del color del t6, se deshizo en el aire. Uno de los polic6as baj6 del coche, fue hasta el port6n y trat6, con muy poco 6xito, de alejar a los curiosos. Alguien apag6 la radio. Se reanudaron las conversaciones, como el bajo zumbido de las abejas.

—Creo que esto es nauseabundo —coment6 Selina Mc Kay. Quinn no la hab6a visto. Ten6a gotas de sudor en la frente y estaba muy p6lida.

Quinn se pregunt6 si hab6a llegado a tiempo para ver toda la escena. El muñeco. La televisi6n. El ropero.

—Supongo que hasta cierto punto nosotros tenemos la culpa. Es decir, estamos aqu6 mirando.

Quinn percibi6 la incomodidad de Selina que rayaba en la vergüenza. Ten6a la boca torcida en una mueca de desprecio hacia s6 misma.

—No era mi intenci6n venir. Es s6lo que me queda de paso hacia mi casa y...

6l la interrumpi6.

—Es una curiosidad natural.

—Supongo que s6. Me consuela un poco ver que usted tambi6n est6 aqu6.

Quinn no sab6a por qu6 eso deb6a consolarla, pero ten6a la impresi6n de que ella dec6a la verdad. La curiosidad de 6l era v6lida. La de ella no. Si la curiosidad de Selina no hubiese estado teñida de culpa, le habr6a resultado m6s desagradable. Hab6a por ambas partes cierto grado de atracci6n.

Ella le cont6 que cuando hab6a llegado, hac6a unos diez minutos,

había visto a uno de los testigos entre la multitud.

—La mujer de pelo oscuro que tiene el negocio de artesanía. Se ha quedado unos cinco minutos, o más quizá, detrás del patrullero. Hay un agujero en el cerco y se ha abierto camino hasta llegar al lado de la pared del jardín. Si sentía algo, lo disimulaba bien. Yo tenía miedo de que me reconociera, por eso he venido hacia aquí. No sería bueno que nos encontráramos.

—No —coincidió Quinn—, no sería bueno. Tenemos que tener mucho cuidado de con quién estamos.

Ella advirtió un dejo de burla y no le comprendió.

Quinn le preguntó qué opinaba acerca del juicio hasta ese momento.

A Selina le resultó difícil encontrar las palabras adecuadas para responderle. El matrimonio de Carne había acabado con violencia. El suyo estaba muriendo lentamente. Era imposible no sentir un poco de compasión por Carne.

—Al margen de lo que pueda haber hecho —explicó Selina—, Carne ahora está sufriendo. Basta con mirarle allí, sentado en el banquillo de los acusados.

Quinn se preguntó qué era lo que ella veía que él no podía llegar a ver. Carne, fuera de unos breves momentos de evidente conmoción, en general se mantenía sereno. Ella interpretó bien su silencio.

—No lo cree así, ¿no?

—La mayor parte del tiempo se le ve bajo control.

—Está entrenado para eso. —Volvió a mirar la casa—. Cuando uno trabaja para los medios de comunicación, sobre todo en este tipo de trabajo, debe de ser tremendo cuando la gente se vuelve en contra de uno.

Quinn le preguntó si ella también tenía contacto con el público en su trabajo.

—¿O no trabaja?

Selina le contó que diseñaba joyas, que trabajaba en forma independiente para un par de casas de moda. Había un dejo de disculpa en su voz.

—Si a eso se le puede llamar trabajo. Yo no me pongo mis diseños. Eso es para los extravertidos y millonarios. Yo no pertenezco a ninguna de las dos categorías.

Quinn recordó que en su juventud él había pertenecido a las dos. Sus extravertidas exploraciones de la época anterior a Oxford lo habían llevado a acabar con el dinero de su familia. En aquel momento no le importó, y en la actualidad no le importaba demasiado. Gretl tenía su propio dinero y Timothy estaba bien. Iba a un colegio alemán y podría ir a una buena universidad si era eso lo que quería. De no ser así, podría convertirse en músico ambulante o administrador de un albergue.

Selina interrumpió sus pensamientos preguntándole a qué se dedicaba.

—En otra época —contestó—, habría hecho una nota periodística de lo que estamos presenciando. Habría agregado esa sal que tiene todo comentario personal.

Ella advirtió que había hablado en pasado.

—¿Fue periodista?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Uno de los tres millones catapultados a la libertad... Pero no se conduela, si yo quisiera levantar mi cola del suelo, lo haría.

Selina no respondió.

Quinn le preguntó si quería ir a tomar algo con él o si tenía que ir a prepararle la cena a su marido.

Su marido había ido a una conferencia de médicos en Bruselas por una semana y, a pesar de que le hubiese encantado ir a tomar algo con él, tenía que volver a su casa para esperar una llamada de su hijo menor.

—Acaba de empezar a estudiar en un pensionado y a menudo siente nostalgia. —No era una verdadera excusa. Deseó poder aceptar la invitación—. Le cuesta adaptarse y quisiera estar en casa cuando llame, ¿me entiende?

Sí, le entendía. Era una mujer agradable. Una buena madre. No era la clase de madre que pudiese terminar con la cabeza destrozada. Se ofreció a llevarla, pero ella tenía su coche.

Rumbo a su casa, Quinn se detuvo en un restaurante autorizado para servir bebidas alcohólicas y se sentó a comer un asado a la parrilla y a tomar un par de cervezas. Prolongó la comida mientras trataba de decidir qué le contaría a Frances acerca de la escena de su casa. Lo mejor era no decirle nada. Por otra parte, un cuadro

demasiado blando sería peligrosamente ilusorio. El relato de una fuerte custodia policial sería suficiente para detenerla. Evidentemente, la custodia anterior resultó muy débil.

Volvió a comprar los periódicos y los hojeó en busca de alguna referencia al muñeco de Carne. No lo mencionaban, pero seguramente aparecería publicado al día siguiente.

De nuevo en el coche, fue hasta Hyde Park Corner y observó que Nils, Stu y Lucille estaban tocando alguna basura musical a un público atento. Stu estaba pulsando las cuerdas de su Strad, lo cual era sin lugar a dudas arruinar un buen instrumento. Se preguntó por qué Blossom no estaba con ellos.

Media hora más tarde, ella le saludó en el corredor y le arrastró hasta la salita con evidente agitación.

—Si llegas a ver tu estatua de Balzac —dijo, casi llorando— estoy segura de que le pegarás un bofetón.

La frase «le pegarás un bofetón» le salió como el aullido de un gato siamés ofendido. La miró lleno de sorpresa. Lucía magnífica con su vestido de seda verde; tenía el cabello inmaculadamente trenzado y sin embargo se las ingeniaba para estar desaliñada. Él se dio cuenta de que se debía a que tenía alterada su calma oriental. El expresar sus emociones le daba un aire de desprolijidad y no le quedaba bien.

Le preguntó de qué diablos estaba hablando. Ella le aclaró que ya lo vería con sus propios ojos, pero que debía estar *preparado*. Su voz suave y tintineante enfatizaba las palabras como un piano con las teclas flojas. Frankie había vuelto a *beber*. No quería comer *nada*. No quería ni *hablar*. Había pasado casi toda la tarde en el invernadero observando las *orquídeas*. Blossom agitaba sus pequeñas y delicadas manos y hacía girar de un lado a otro sus ojos oscuros. No podía dejarla *sola*. ¿Cómo me iba a ir a cantar con los demás y dejarla?

La voz de Blossom era clara y dulce pero no contaba mucho. Musicalmente no había mucha diferencia en el cuarteto si estaba presente o no. Su mayor atractivo era su figura. Y en ese momento, con la emoción arrebatándole la pálida piel dorada, estaba encantadora.

Quinn esperó a que ella le contara lo que Frances había hecho. Pero Blossom no quiso explicárselo: era demasiado terrible. Para

Blossom, el arte era sacrosanto. Incluso el arte mediocre. Y eso no era arte mediocre. Era un Rodin. Una copia... sí. Pero una copia de Rodin.

—La perdonarás, ¿no? —le suplicó—. No sabe lo que hace.

Aquellas palabras tenían un tinte muy cristiano. Y también tenían un tinte muy propio de Blossom en un extraño momento de agitación.

La tarde cubría ya el jardín de sombras grises. Lo cual, según el punto de vista de Blossom que observaba a Quinn con angustia, lo hacía aún más lindo. Quinn había logrado comprar sus estatuas en la época en que tenía dinero para dedicarse a semejante colección. A pesar de que resultaban más molestas e incómodas que los cuadros cada vez que se mudaba a viviendas más pequeñas y baratas, siempre se resistió a venderlas. Sus favoritas eran las oréades, cinco ninfas de las montañas y grutas esculpidas en mármol. Eran buenas. Muy buenas. Así como Arión con su lira. La de Rodin no se ajustaba a los temas clásicos y la usaba para apuntalar el cerco de atrás. Era de una solidez magnífica. Si Frances tenía que pintar con creosota una de sus estatuas, pues entonces había sabido elegir. Era una mala reproducción. Quinn le dijo a Blossom que no tenía importancia y que entrara en la casa. Ella le preguntó casi en un susurro si estaba *tranquilo*. Él le dijo que sí. Muy tranquilo.

No se acercó a Frances sino que fue a sentarse al desvencijado banco del jardín y la observó en silencio. La creosota despedía un olor muy fuerte. La tenía guardada en el cobertizo con bolsas de turba y otros elementos para el jardín. Frances seguramente había encontrado el pincel en ese mismo lugar.

Mientras derramaba creosota sobre el Balzac, ¿pensaba acaso que estaba pintando a su padre? No se parecían físicamente. Carne tenía el rostro alargado y enjuto; los pómulos altos. El Balzac era carnoso y con bigote. Parecía fuerte como un toro. Dominante. Carne nunca daba la imagen de ser dominante, ni siquiera cuando aparecía en televisión.

El muñeco de Carne tampoco se parecía a él. No era más que un montón de arpillera chamuscada. Pero allí la intención era muy clara: un maligno juego de palabras. Carnicero. Una manifestación de odio irracional hecha por alguien con mente retorcida.

¿Y eso?

Frances se estaba secando las manos en sus vaqueros. Todos sus movimientos eran lentos y sigilosos. Estaba demasiado borracha como para darse cuenta de lo que hacía. Impulsada por el dolor. A veces el vínculo paterno podía ser sospechoso. Cuando uno lo rompía, sangraba. Frances, desde el punto de vista emocional, tenía una hemorragia.

Al rato fue a sentarse al lado de Quinn. Ya habían salido algunas estrellas pálidas y el jardín estaba silencioso y fresco. Las orquídeas, que apenas se veían a través del cristal, tenían formas de aves de rapiña y parecía que no tuviesen color.

Él le dijo que había pasado por su casa con el coche y que sería conveniente que se mantuviera alejada durante un tiempo. Ella no mostró signos de haberlo oído pero deslizó su mano en la de Quinn. Estaba fría y pegajosa por la creosota.

Más tarde la llevó adentro y logró que comiera unas tostadas y tomara un plato de sopa. Estaban solos en la cocina. Frances necesitaba un lugar solitario. Pero cada vez se hacía más evidente el hecho de que ella necesitaba de él para que su soledad no fuese total.

Nadie jamás le había necesitado de esa manera. Ni siquiera Timothy. No estaba seguro de cuál era el papel que le tocaba desempeñar. ¿Alguien con suficiente sensibilidad que estuviese a su lado?

No entendía cómo podía comer tostadas con las manos llenas de creosota pero agradeció que comiera.

Se lo dijo y, por primera vez desde que Nils la había llevado a su casa, sonrió.

8

HESTER

ALLENDALÉ

se esmeró en vestirse el día en que debía presentarse ante la corte. Nada de lo que llevaba puesto era nuevo. El vestido de seda de color crema lo había usado varias veces en citas que tuvo con Carne. Él le había comprado la chalina que hacía juego una vez que pasaron juntos un fin de semana en París. Últimamente se había aclarado el pelo marrón con tinte color castaño rojizo. Aquel día tenía el cabello rubio, como él lo recordaba. Hasta se puso el mismo perfume, otro regalo suyo. Hester necesitaba todos los elementos necesarios para apuntalarse.

Se sentía maravillosa, bien, alegre incluso. Ningún escenario podría ser mejor que ése. Ninguna actuación, más calculada. Llegó a la corte en taxi. Menos trabajo que llevar el coche y tratar de aparcar, y menos distancia para caminar por entre la multitud que se agolpaba para pedirle un autógrafo. El taxi la dejó cerca de la entrada. Un par de oficiales de la policía previeron la oleada de admiradores, se pararon a su lado en un gesto protector y la guiaron a través del gentío. Hester se las ingenió para sonreírles a todos. Su sonrisa era tímida, vacilante y sumamente encantadora.

Ni siquiera Breddon pudo ser impermeable a ella.

—Usted es Hester Mary Allendale y vive en el apartamento 3 de Kingsmond Mansions en Bayswater, ¿cierto?

—Sí. Ése es mi domicilio en Londres. Lo alquilé en Ashingdon, Essex.

Su dicción, así como su aspecto general, era perfecta. El público se inclinaba para ver mejor.

Carne también pensaba que Hester estaba muy bonita. No recordaba aquel vestido. Cuando una veía a Hester desnuda con tanta frecuencia dejaba de prestarle atención a la ropa que llevaba puesta. Hacía varios días que Carne estaba aguardando ese momento. Ya no sentía miedo. De vez en cuando se preguntaba si le estarían drogando, pero su sentido común le decía que no. Eran los hechos lo que le sedaban, o quizás el verbo más acertado era «anestesiarse». Ya no sentía nada.

Breddon había preparado su material minuciosamente. Hester era un testigo fundamental para la fiscalía y no había casi nada que Breddon no supiera acerca de ella. Mc Nair encontraría algunas zonas grises, unas cuantas cartas sin revelar, pero tenía sus dudas acerca de si eso ayudaría a su cliente. Breddon hizo un resumen de su carrera y contó lo que ya todos sabían. Era una actriz con «no sé qué» imposible de precisar que hace que una actriz sea un éxito popular. No tenía vida privada. Para algunos eso debía ser un precio muy alto que pagar, pero él supuso que en el caso de Hester no era así.

La hizo retroceder a dos años atrás.

—Acababa de terminar una temporada de éxito en Stratford con *El rey Lear*, ¿verdad?

—Sí. Yo hice de Cordelia. Un papel excelente.

Él había leído la crítica. Según la opinión de algunos críticos penetrantes, no había actuado demasiado bien, pero, con lo bonita que era, eso no tenía mucha importancia.

—Cuéntele al jurado lo que hizo en aquel entonces.

Se volvió hacia los miembros del jurado con una sonrisa similar a la de una anfitriona considerada que desea que sus huéspedes se sientan a gusto.

—Yo había planeado tomarme unas vacaciones. Tengo amigos en Toronto y decidí ir a visitarles. Pero el productor de «Arcadia» se puso en contacto conmigo y me pidió que actuara en uno de sus programas. No me entusiasmó la idea hasta que supe dónde sería: las islas Occidentales. La filmación se haría en Stromness. Trataba de las Piedras de Stennis y del asentamiento neolítico en Skara Brae. Si me hubiesen ofrecido participar de los programas más

típicos de «Arcadia», habría rechazado la propuesta, pero ese ofrecimiento me tentó. Yo conocía el lugar porque veraneé allí de niña. Es un lugar hermoso.

El juez se inclinó hacia adelante.

—Le pediría, señorita Allendale, que tuviera la amabilidad de ser más breve en sus respuestas.

Su petición fue muy cortés.

—Lo siento, Su Señoría.

—¿Qué papel le dio? —le preguntó Breddon.

—Ninguno, en realidad. Hice de mí misma. Una turista de vacaciones mostrando el lugar.

—Y el director de «Arcadia», Edward Carne, se lo mostraba a usted, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Le conocía de antes?

—No, le conocí en esa oportunidad.

—¿Qué pasó luego?

—Me enamoré de él. —Lo dijo con voz tímida. Bajó los ojos y se miró las manos.

Carne aplaudió suavemente, de manera casi imperceptible y contuvo una mueca. La palabra «enamorarse» se usaba en ocasiones en que había un público escuchando. Cuando estaban ellos dos a solas, Hester siempre habló de sexo.

Su primer contacto físico con ella fue en una *roulotte* con las cortinas corridas. Dos muchachos cámaras estaban al lado en otra «roulotte» emborrachándose con la cerveza fabricada en la casa de uno de ellos. Hester había colocado algo contra la puerta por si alguien entraba en ese momento tan vital. La «roulotte» no tenía llave.

—«Disfrutamos del coito» —dijo Hester citando a Lear.

Carne interrumpió su ensueño y escuchó a Breddon que había seguido adelante con el relato. La relación ya estaba establecida. En realidad, ya hacía tres meses que había comenzado.

—¿Cada cuánto veía a Carne cuando regresaron a Londres?

—Varias veces por semana —se sonrojó de una manera muy hermosa.

—¿Era una relación sexual?

—Yo estaba enamorada.

—No está contestando mi pregunta.

—Cuando uno ama —le replicó con voz de reproche— es lógico que la relación madure. Nos acostamos juntos, sí, es verdad.

—¿Le habló de su esposa?

Ella suspiró.

—Yo sabía que estaba casado, por supuesto. Tenía la conciencia intranquila, pero mis sentimientos hacia él eran muy profundos. Y los suyos hacia mí también, o así lo creía en aquel momento.

Y así continuó. Carne, el seductor de la inocencia, escuchaba con furia. Olvidó qué divertida solía ser. Y qué provocativa. En ese momento le resultaba difícil entender cómo había logrado enfurecerle tanto el pasado. Se preguntó cuándo llegaría a la gran escena, aquel día en que ella le pegó en la mandíbula con un frasco de desodorante y él le había sumergido la cabeza en el agua de la bañera.

Diez minutos más tarde, Breddon en forma casi imperceptible la llevó a hablar de esa escena.

—¿Alguna vez veraneó con Carne?

—Sí, aquel verano. Hace casi dos años. Alquilamos por una semana una casa muy bonita en Brittany. Su mujer estaba en la casa de campo en Gales. Él me dio a entender que ella estaba allí con alguien... con un amante.

—¿Le dio a entender? ¿Acaso descubrió usted que no era verdad?

—Supuse que no sería cierto. No sé. Jocelyn Carne ya estaba un poco entrada en años. No parecía... es decir... bueno... no quiero decir que no fuera atractiva... pero ¿un amante? Tal vez. Por supuesto. Era una mujer muy agradable.

—¿De modo que en aquel momento ya se conocían?

—Nos vimos una o dos veces. No creo que fuese consciente de la «amistad» que había entre su marido y yo.

—¿Se refiere al hecho de que ustedes eran amantes?

—Exactamente —contestó con frialdad.

—¿Cómo describiría aquellas vacaciones en Francia?

Se encogió de hombros.

—No fueron idílicas. Edward Carne es un hombre de mucho carácter. A veces no muy agradable.

—¿Puede ser más explícita?

—Era imprevisible. Tenía un temperamento muy violento.

—¿Me podría dar un ejemplo?

Ella dirigió una mirada al jurado con aparentes muestras de aflicción y luego hizo el esfuerzo de calmarse.

—Íbamos a encontrarnos con unos amigos para cenar juntos en el restaurante de uno de los hoteles. Edward, en el último momento, no quiso ir. Había estado bebiendo. Quería... bueno... hacer el amor. Yo me negué. Y él enloqueció.

—¿Qué hizo? —inquirió Breddon.

—Estábamos en el baño. Me quiso ahogar.

Hubo un murmullo entre el público de la galería. El secretario pidió orden en la sala.

—¿Cómo se lo impidió usted?

Los ojos de Hester se abrieron y se llenaron de lágrimas.

—Yo no sabía qué hacer. No podría haber hecho nada para impedirlo. Se enfurecía enseguida y después se calmaba y volvía a ser un hombre racional. Bueno, justo a tiempo recuperó la cordura.

—¿Dio muestras de violencia en alguna otra ocasión?

—Sí, varias veces.

Hester describió aquellas ocasiones muy gráficamente. Algunas eran ciertas. Todas, exageradas. Carne estaba empezando a aburrirse. ¿Cómo la llamó Frances una vez? *Esa estúpida ramera*. Él se había enojado con Frances porque dijo lo que en realidad era obvio.

Breddon le preguntó por qué había permanecido al lado de Carne si él se portaba tan mal con ella. Hester le explicó que él no se comportaba así todo el tiempo y que además le quería.

—Aunque debe de haber habido momentos en que usted le tuvo miedo, ¿no es así?

—Sí. Uno tiende a olvidarse de los malos ratos... hasta que vuelven a suceder. Es difícil explicarlo. Creo que a su mujer la trataba igual. Una amiga en común que conocía a Jocelyn muy bien me dijo que había observado en ella moretones...

Breddon la interrumpió.

—Sólo es relevante lo que *usted* vio. ¿Vio *usted* alguna vez moretones en el cuerpo de la señora Carne?

—No. Yo no la veía muy a menudo.

—¿Tenía intenciones de casarse con Carne si se divorciaba de su

esposa?

—Sí. Hablamos de eso muchas veces. Ahora me doy cuenta de que él no hablaba en serio.

Breddon la miró pensativo.

—Cuando se dio cuenta de que su relación no se asentaría jamás sobre una base permanente, ¿sintió animosidad hacia Carne... o hacia su esposa?

—¿Animosidad? —Saboreó la palabra como si la hubiese sorprendido—. No, en absoluto. Al principio pensé que me habría gustado casarme y tener hijos con él. Ahora sé que habría sido fatal. Tuve suerte al poder escaparme. Me siento aliviada.

—Cuando usa la palabra «fatal» ¿la dice literalmente? Por ejemplo, un accidente fatal implica un accidente mortal. ¿Fue eso lo que quiso dar a entender?

—En vista de lo que le hizo a su mujer —contestó Hester—, la respuesta a su pregunta es sí.

Mc Nair se puso de pie de inmediato.

—Me opongo. Todavía no se ha probado nada en contra de mi cliente.

El juez estuvo de acuerdo.

—Aténgase a los hechos tal como usted los conoce, señorita Allendale.

Breddon echó un vistazo a sus notas.

—¿Podría decirle al jurado dónde estuvo el 25 de junio del año pasado?

—¿El 25 de junio? Debo admitir que las fechas no significan nada para mí. ¿Dónde se supone que estaba el 25 de junio?

—¿Estaba en la casa de campo de los Carne en Snowdonia? —preguntó Breddon suavemente.

Si lo negaba, traería un testigo a declarar. Pero no lo negó.

—Claro. Me había olvidado. Pasamos un fin de semana allí.

—¿Los dos solos?

—Sí.

—¿Lo sabía Jocelyn Carne?

—No lo sé. Creo que se había ido a algún lugar con su hija.

—Entonces usted y Carne aprovecharon la oportunidad para usar la casa de la familia como nido de amor. —Usó aquella frase con ironía.

—Tal vez fui una tonta —le respondió mirándole fijamente—. Cuando se ama, a veces se actúa sin pensar.

—¿Había estado allí anteriormente?

—No. Era la primera vez.

—¿El tiempo era bueno? ¿Salieron a caminar?

Spencer-Leigh estuvo a punto de hacer algún comentario sobre la irrelevancia de la pregunta, pero no tardó en darse cuenta de que sí era importante. Escuchó la respuesta.

—Sí. Claro que salimos a caminar. Es un campo hermoso.

—De modo que pudo conocer muy bien los alrededores de la casa durante aquel fin de semana.

—Supongo que sí.

—¿Está usted enterada de que el cuerpo de Jocelyn Carne estuvo oculto a escasa distancia de la casa, desde donde se podía llegar caminando?

—Salió publicado en los periódicos. Todo el mundo lo sabe.

Breddon empezó a acelerar el ritmo.

—Cuando usted y Carne salieron a caminar aquel fin de semana, ¿Carne le contó algo acerca de un plan para deshacerse de su mujer?

—No, en absoluto. Quizá lo pensó. Si lo hubiera dicho, me habría ido de su lado.

—Si se lo hubiera dicho después, una vez cometido el crimen, y le hubiese contado dónde estaba enterrado el cadáver, ¿habría informado a la policía?

—Por supuesto. —Ahora no disimuló su angustia.

Spencer-Leigh intervino.

—¿Podría formular su última pregunta nuevamente, señor Breddon?

—Lo siento, Su Señoría. —Breddon la reformuló—: ¿Carne le dijo que había matado a su esposa?

—No.

—¿Hizo usted una llamada anónima a la policía diciendo que él había cometido el crimen?

—No.

—Usted ha contado ante la corte episodios de violencia protagonizados por Carne en varias ocasiones. ¿Cómo fue su comportamiento en aquel fin de semana?

Ella se quedó pensativa.

—Estaba taciturno. Un poco deprimido.

—Unas seis semanas más tarde, a mediados de agosto, ¿usted fue atendida en una clínica de Birmingham y puso fin a su embarazo?

Hester estaba atónita y luego se mostró profundamente enojada.

—No creí que usted... —Se interrumpió—: Sí.

—¿El bebé era de Carne?

—Por supuesto.

—¿Estuvo de acuerdo él con el aborto?

—Él fue quien insistió. Tenía que preservar su hermosa imagen televisiva. Era capaz de cualquier cosa con tal de mantenerse intachable a los ojos de sus admiradores. Un hombre normal se habría divorciado. O me habría alentado a tener el bebé. Pero Carne no. —Ya no quedaba ningún vestigio de suavidad en su voz. Las palabras eran cortantes y filosas, cargadas de rencor.

—De modo que fue él quien la alentó a que matara al niño no nacido.

Mc Nair apeló nuevamente al juez Spencer-Leigh.

—Mi estimado colega está empleando innecesariamente un lenguaje muy emotivo. Decir el aborto de un feto no es lo mismo que hablar de matar a un niño no nacido.

Para Spencer-Leigh era lo mismo, pero se guardó sus opiniones fuertemente moralistas.

—Entiendo lo que está intentando esclarecer —le dijo a Breddon —, pero creo que ha habido un poco de exageración. ¿Es necesario que el interrogatorio continúe en esa línea?

No, no era necesario. Por mucho que pueda sorprender, en algún momento un sentimiento muy fuerte debió de haber afectado la relación de Carne y Hester Allendale.

Carne, al mirar a Hester, recordó aquel fin de semana con mucha nitidez. Ella se había olvidado sus pastillas anticonceptivas y enojada había revisado el botiquín del baño con la esperanza de que Jocelyn hubiese olvidado las suyas. Él le recordó que él y Jocelyn no tenían relaciones desde hacía mucho tiempo y, por lo que él sabía, no había estado tomando las pastillas.

—¡Qué mujer más estúpida y patética! —exclamó Hester.

Se acostaron y decidieron correr el riesgo. Luego, los dos

estuvieron de acuerdo con el aborto. Él fue quien lo pagó.

Carne volvió a prestar atención a las declaraciones de Hester.

—Durante todo el tiempo en que Jocelyn estuvo ausente —le decía Breddon—, ¿su relación con Carne se hizo más estrecha?

Hester ya estaba más serena.

—No, al contrario. Empecé a sentirme incómoda a su lado. Siempre parecía estar meditando. Empezaba a contarme algo y después se interrumpía. A veces me miraba como si yo... bueno, no sé. Me daba miedo y empecé a ponerle excusas para no verle.

—Comprendo.

Lo explicó muy bien. Breddon no podía pedirle más.

—Gracias, señorita Allendale. No hay más preguntas.

Se sentó.

Mc Nair se puso de pie para interrogarla. Le dirigió una agradable sonrisa a Hester. Ella le miró cautelosa. Y luego le devolvió una sonrisa vacilante.

—Una experiencia penosa, ¿no es verdad? —comentó a fin de apaciguarla—. Me refiero a todo este sondeo acerca de algo que tendría que ser una relación privada entre un hombre y una mujer.

Ella asintió.

—Pero la relación se acabó.

—Así es. Y usted ha salido sana y salva.

—Fuera de las cicatrices emocionales.

—Claro —replicó—. Hay cicatrices emocionales. Pero si usted me lo permite, quisiera preguntarle brevemente acerca de sus cicatrices físicas. Usted ha dicho que Carne era un hombre violento. Dígame, ¿alguna vez fue a ver a su médico por las contusiones?

—Tuve contusiones pero me las arreglé sola.

Mc Nair asintió con gesto aprobador.

—Valiente mujer. Pero si se tratase de un hueso roto o de una contusión temporaria, ¿llamaría a un médico?

Hester intentó no demostrar su furia.

—No era tan grave.

—De modo que él no le pegó en la cabeza ni le rompió ningún hueso. Magnífico. ¿Era un flagelador, quizás? ¿Usaba látigo?

—No lo hubiese permitido. Soy una mujer sexualmente normal. No soy masoquista.

—Y es algo que se hace entre dos —coincidió Mc Nair—, de

modo que mi cliente tampoco es un sádico. —Hester no respondió —. Sí o no, señorita Allendale. Quiero ser muy claro en este punto.

—A veces era violento.

—Así se lo ha dicho a mi estimado colega. ¿Usted no opina que cierta rudeza entre amantes no significa sadismo y que en realidad usted ha exagerado?

—Intentó ahogarme.

Mc Nair frunció los labios como si quisiera reprimir una sonrisa.

—Claro... intentó ahogarla. A eso iba. En el baño, tengo entendido. No en el mar abierto. Claro que podría haberla ahogado allí perfectamente. George Joseph Smith se deshizo de sus seis mujeres de esa manera en el año 1950. ¿En ese momento usted estaba en la bañera?

—No. Acababa de salir. Él me metió la cabeza dentro.

—Quiere decir que él la sumergió... como quien sumerge una manzana en la bañera. ¿Usted lo había estado provocando?

Se le encendió el rostro.

—Habíamos peleado. Ya se lo he dicho.

—Usted quería ir a la cena y él quería hacer el amor. Entonces le sumergió su hermosa cabeza en el agua. Lo suficiente como para arruinarle el peinado, supongo. Muy violento, ¿no? Extraño comportamiento de un amante. ¿Qué le hizo después? ¿La violó?

—No lo hubiese per...

Mc Nair la interrumpió bruscamente.

—¿Permitido? No, claro que no. Usted estuvo siempre bajo el pleno control de sí misma. A veces resulta una mujer un tanto exasperante, señorita Allendale, y sin duda es usted una persona exagerada. Hay una gran diferencia entre juego amoroso y sadismo. Mi cliente estaba enamorado de usted. Quizá se haya comportado en forma impetuosa en algunas ocasiones... infantil... incluso ruda. Pero si hubiese habido violencia, verdaderamente, habría recurrido a un médico.

—Obviamente usted se inclina a favor de su cliente —contestó Hester con voz fría.

—Y usted obviamente se inclina en su contra —replicó Mc Nair —. Creo que hemos llegado a las cicatrices emocionales ahora. ¿No cree? Veamos.

Hester aguardó con desconfianza.

—Nadie pone en duda el hecho de que usted esperaba un niño de Carne. Los dos estuvieron de acuerdo con el aborto. En su posición de famosa actriz podría haber optado por criar a su hijo. Pero eligió no criarlo. *Usted* —y lo enfatizó a propósito—, eligió no hacerlo. Si Carne trató de influir sobre usted o no, no hay modo de probarlo. Usted era la madre. La elección estaba en sus manos. De manera que usted optó por el aborto. Muy bien. Nadie la culpa. Pero de igual modo nadie debe culpar a Carne. Aun así, le creo cuando habla de cicatrices emocionales. Después de esa experiencia, ¿estaba usted muy irritada?

—Por supuesto.

—Un poco alterada tal vez, desde el punto de vista psicológico.

—No sé a qué se refiere.

—¿Recuerda un incidente en la fiesta que se celebró a principios de diciembre en la noche del estreno de su nueva obra en el teatro Lyric?

La tensión de Hester iba en aumento.

—No.

—Vamos, estoy seguro de que lo recuerda. Carne era su invitado y con muy poca caballerosidad de su parte se pasó casi toda la noche conversando con la actriz que debía reemplazarla a usted en caso de que fuese necesario. Todos los integrantes del elenco presenciaron la consecuente pelea. Usted se fue a su casa conduciendo de forma imprudente y le quitaron el permiso de conducir durante un tiempo.

—No entiendo qué tiene que ver todo esto con el caso. —Hester se volvió hacia el juez—: Su Señoría...

—Es perfectamente válido tratar de probar que su cliente tal vez no fuese tan violento como lo ha descrito la testigo, señor Mc Nair —dijo Spencer-Leigh—, pero me resulta poco claro qué es lo que intenta demostrar ahora.

Mc Nair justificó la validez de sus preguntas.

—Lo que intento demostrar es que la difamación de la testigo hacia su amante puede deberse al trauma emocional de un aborto, seguido por el enfriamiento del afecto que Carne sentía por ella.

Spencer-Leigh frunció el entrecejo.

—Es sólo una hipótesis. Sería aceptable si lo dijese un psicólogo, pero aun en ese caso yo tendría mis reservas. La señorita Allendale

es una testigo. No está siendo sometida a juicio. Su estado anímico no le incumbe a la corte. Si usted ha de continuar con el interrogatorio, le ruego que se atenga a los hechos.

Si Mc Nair hubiese obedecido al juez, su defensa habría tenido algún valor pero, muy imprudentemente, continuó presionándola.

—¿Es cierto, señorita Allendale, que durante los meses posteriores al aborto de su hijo, el interés de Edward Carne hacia usted empezó a declinar? Fue visto acompañado por otras mujeres en varias ocasiones. El fiscal le ha preguntado si la relación con Carne se había estrechado durante la ausencia de Jocelyn. Su respuesta ha sido, según sus propias palabras: «Al contrario (leyó de sus notas), empecé a sentirme incómoda a su lado. Siempre parecía estar meditando. Empezaba a contarme algo y después se interrumpía. A veces me miraba como si yo... bueno... no sé... Me daba miedo». Y luego ha agregado: «Empecé a poner excusas para no verle». ¿No sucedió que en realidad fue él quien empezó a poner excusas para no verla a usted? La palabra «miedo» no ha sido una buena elección. «Agravio» habría sido más adecuada. Usted se sentía agraviada, como cualquier mujer cuando siente el enfriamiento y el inminente alejamiento de su amante. Es difícil terminar una relación. Él trataba de expresar con palabras lo que sentía y luego se interrumpía. Por temor a lastimarla, probablemente. Poco a poco la empujó fuera de su vida. Es lógico que usted sintiera dolor y odio. Usted quería volver a él y así lo hizo. Pero a pesar de que prestó juramento, usted hizo todo lo posible por perjudicar a Carne. ¿Típica reacción de una mujer despreciada, quizás? Él se cansó de usted, señorita Allendale. Su relación con él se terminó.

Hester estaba casi descompuesta por la humillación y temblaba de odio. Aun así, cuando habló, su voz permaneció serena y transmitía convicción.

—Edward Carne asesinó a su mujer. Me lo dice esto —y se tocó la frente—, y me lo dice esto otro —se tocó el vestido de seda color crema precisamente en el pecho izquierdo.

Era teatro puro, efectivo y concluyente.

Mc Nair, consciente de que había favorecido indirectamente a Breddon deploró su falta de tacto.

—¿El corazón y la mente? —lo dijo en tono sarcástico—. O la

maldad y la indignación. Los gestos grandilocuentes y las declaraciones dramáticas son parte de sus recursos como actriz. Pero como testigo no tienen peso.

Sabía que Breddon le formularía las preguntas necesarias al respecto, de modo que se vio obligado a hacerlas él mismo.

—¿Estaba mintiendo cuando mi estimado colega le preguntó si Carne le había contado que había asesinado a su mujer y su respuesta fue *no*? Piense antes de responder.

—No me lo dijo. —Su negativa sonó a mentira. «¿A propósito?» se preguntó Mc Nair.

—De modo que no se la puede culpar de perjurio.

—No.

—Le creo —respondió Mc Nair—. No tengo ninguna razón para no hacerlo. Si hubiese dudado de la inocencia de Edward Carne, habría esperado su respuesta con bastante nerviosismo.

Mc Nair se sentó después de echar una rápida mirada a Breddon, que tenía un aire tan presumido que resultaba intolerable.

Breddon no quiso volver a interrogar a la señorita Allendale. El *statu quo* era casi perfecto. Habría sido completamente perfecto si Hester hubiese admitido el falso juramento, lo cual por supuesto la taimada dama no haría. Se preguntó cuánto tiempo había transcurrido entre la confesión de Carne y la corrida de Hester hasta el teléfono más cercano para informar a la policía.

Y Quinn, como casi todos los miembros del jurado, se hizo la misma pregunta.

Cuando Hester abandonó el estrado de los testigos, los espectadores de la galería se sentían engañados. Desde su punto de vista, no era un buen arte teatral traer a escena a la estrella del elenco en el primer acto y luego deportarla a las bambalinas. El elenco acompañante, las protagonistas de las aventuras de Carne a lo largo de tres años era aburrido. Eran dos: Kim Sydenham, asistente de producción de la Broadcasting House y Jane Sinclair, fotógrafo independiente, casada con un secretario del gabinete. Carne se había acostado con cada una de ellas, luego se aburrió y las dejó. En ambos casos, las columnistas de la sección de chismes le sacaron todo el jugo posible. Las dos mujeres estaban disgustadas y

prestaron declaración con frases cortas y cáusticas. El testimonio de ambas dio pruebas del buen gusto de Carne más que de alguna tendencia latente al homicidio. Eran completamente distintas tanto en el aspecto exterior como en el temperamento. Kim, una mujer muy introvertida de unos treinta años, daba la impresión de tener virtudes inexpugnables. Jane, con un par de años más, regordeta y bonita, daba la impresión contraria.

Carne las escuchaba... a ratos. Era difícil recordar los momentos íntimos. El tiempo vestía la desnudez y enfriaba la pasión. Si los muertos volvieran físicamente intactos, después de una prolongada ausencia, serían recibidos con amables reservas.

Incluso Jocelyn.

Volvió a pensar en el nombre. Pero detrás no había ninguna persona. Trató de hacer un anagrama con el nombre y no pudo. Estaba confundido. Sentía que estaba a punto de quedarse dormido.

Cuando entró el último testigo del día, Carne volvió poco a poco a tomar conciencia de lo que le rodeaba. Se preguntó cómo habría llegado Breddon a cazar a esa testigo en su red. La intranquilidad erosionó su calma. Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y el mentón apoyado en sus puños apretados y se dedicó a escuchar atentamente.

La testigo no tenía ninguna relación con la vida sexual de Carne, hecho que el jurado advirtió antes de que pronunciara una sola palabra. Era una solterona de edad madura, segura de sí misma, con el cabello gris muy corto, la nariz aguileña y la boca suave y movediza. Su dicción, al igual que la de Hester Allendale, era clara pero su escenario, contrariamente al de Hester, era la escuela. Su nombre era Helen Naylor. Explicó que era licenciada en ciencias de la educación y directora de un pequeño establecimiento de enseñanza privada para aquellas niñas que, por una u otra razón, se habían ido de las escuelas estatales y querían ingresar en la universidad.

—¿Una especie de engaño? —preguntó Breddon.

Fue una definición que a la testigo no le gustó.

—Yo me dedico a educar. No indigesto a los alumnos con datos indigeribles.

Breddon se disculpó y la invitó a que explicara ante la corte cómo había llegado a conocer al acusado.

—El señor y la señora Carne trajeron a su hija, Frances, a mi escuela después de haber tenido problemas en la otra a la que había asistido. Era una niña que a veces podía resultar un elemento disociador. Los Carne creían que el sistema educativo estatal no era el adecuado para ella. Estaban enojados porque una psicopedagoga había entrevistado a Frances en varias ocasiones sin autorización de ellos. —Dirigió una mirada a Carne, quien apartó sus ojos de ella. Volvió a hablar a Breddon—: La política de mi escuela es trabajar junto con los padres... para conocer el entorno familiar. Entender un problema significa resolverlo.

—¿Y el problema en este caso...? —preguntó Breddon.

—Inestabilidad propia de la adolescencia, exacerbada por la fama alcanzada por su padre. Hubo un cambio en el estilo de vida. La unidad estrecha y pequeña del hogar de Bristol desapareció. La familia se vino a Londres. Cambio de casa. Cambio de escuela. La invasión de admiradores curiosos e insensibles. Demasiados factores.

—Comprendo. —Breddon revisó sus notas—. ¿Podría relatar a la corte lo que ocurrió una tarde hace tres años, durante el período académico del verano?

Helen Naylor volvió a mirar a Carne y clavó los ojos en él. Esa vez se dirigió a él cuando habló.

—Lo siento, pero tengo que contarle. El estar parada en este estrado de testigos no me causa ninguna alegría. Créame.

Spencer-Leigh intervino.

—No debe dirigirse al acusado, señorita Naylor.

La mujer echó chispas por la súbita furia.

—Simplemente estoy tratando de explicar que me veo obligada a estar aquí por una citación que recibí, Su Señoría. —Se volvió hacia Breddon—: Tengo treinta alumnas y dos profesionales que trabajan en la escuela. De las treinta alumnas, todas mujeres, un pequeño grupo está en régimen de pensionado. Frances Carne asistía todos los días. El incidente al que usted se refiere ocurrió un sábado por la tarde alrededor de las siete y media. Frances llegó con una maleta. Estaba llorando. Dijo que estar en su casa era intolerable. Había venido a quedarse. No pude sacarle una sola palabra lúcida. Estaba sumamente nerviosa. Lógicamente llamé a sus padres. Cuando llegaron una o dos horas más tarde, convencí a

Frances de que fuese a mi estudio y hablara a solas con ellos. Fue un error por mi parte. Yo tendría que haber estado presente. Los padres parecían muy tranquilos y serenos. Pero no era así y yo debía haberlo advertido. Pero no me di cuenta.

Carne recordaba la escena en el estudio con absoluta claridad. Los tres se habían sentado alrededor de una mesa de caoba para tratar de hablar. O mejor dicho, Jocelyn habló y les obligó a escuchar. Sus palabras llenas de esa dulce y asquerosa sensatez goteaban como la parafina sobre una madera en llamas.

Helen Naylor se interrumpió, sin ganas de continuar.

—¿Y entonces? —preguntó Breddon—. ¿Qué sucedió?

—No sé lo que sucedió. —Su respuesta fue tajante—. Yo estaba en una de las aulas al otro lado de la sala. Frances lanzó un grito. Y entonces la señora Carne salió del estudio, tropezó, miró con los ojos perdidos a su alrededor, buscó la puerta y bajó los escalones para salir a la calle. Cruzó por delante de un coche que pasaba en ese momento. No se lastimó mucho. El caso llegó a los tribunales y el conductor fue exonerado. Las pruebas forenses mostraron que había recibido un golpe en la cara que la atontó. Se negó a explicar cómo lo había recibido. Desgraciadamente salieron artículos en los periódicos. Si el altercado hubiese pasado inadvertido, yo no estaría aquí en este momento. —Suspiró y meneó la cabeza, apesadumbrada—. El precio que se paga por la fama es la pérdida de la vida privada. Nosotros, y todos los demás, podemos pelearnos con toda la violencia del mundo sin que se escriba ni una línea en la prensa. —Se volvió en dirección al jurado—. Tal vez les interese saber que Frances volvió a su casa y pareció superar esa tormenta sin quedar demasiado afectada desde el punto de vista emocional.

—Hasta que falleció su madre —continuó Breddon ásperamente y entonces dejó su casa para siempre pero esta vez no se refugió con usted.

—No —asintió Helen Naylor—. Conmigo, no.

No veía a Frances desde que había dejado la escuela para ingresar en la universidad, hecho que ya le había contado a la policía y a los periodistas y, un tiempo antes, a su padre.

—¿No le parece bastante curioso —sugirió Breddon— que su hija no haya venido a prestar declaración en favor de su padre? —Y luego, antes de que la testigo pudiese responder o de que Spencer-

Leigh pudiese interpolar algún comentario, Breddon despidió a la testigo abruptamente—: Eso es todo, señorita Naylor. Muchas gracias.

Mc Nair se aventuró a interrogar a esa testigo involuntaria, ya que percibió un dejo de compasión.

—En su declaración usted ha afirmado que el señor Carne acompañaba a su esposa a la escuela. La madre podía ir sola, pero no era así. ¿Esto no le sugiere que Carne no sólo era un padre que se hacía cargo de su hija sino que además era un esposo que apoyaba a su mujer, al menos en relación con la hija?

La testigo pareció agradecer el hecho de poder decir algo en favor de Carne.

—Claro. Los dos se preocupaban mucho por Frances.

—En su opinión, conociéndola como usted la conoce, ¿podría ser que ella no se presentase a la corte porque siente un profundo amor hacia su padre y le dolería muchísimo verlo en estas circunstancias tan desgarradoras?

Breddon, irritado por el rumbo del interrogatorio de Mc Nair, estuvo a punto de hacer una objeción pero luego decidió permanecer callado.

Ella respondió de mala gana y con honestidad.

—Creo que sentía más afecto por su madre. Se parecía mucho a ella. Incluso hablaba como ella. No existía entre ellas esa típica amistad que se da entre una adolescente y su madre. No quiero decir con esto que no quisiera a su padre. Para mí es obvio que le quiere. Pero prefería a su madre. Era fácil advertirlo.

Mc Nair intentó poner el acento donde más le convenía.

—Los hijos, y hablo por conocimiento de causa, tienden a preferir a un padre y luego al otro. Son ambivalentes en su afecto. Usted afirma que era evidente que quería a su padre. Después de aquella pelea familiar en la escuela, ella volvió a su casa y, según sus propias palabras, «pareció superar esa tormenta sin quedar demasiado afectada desde el punto de vista emocional». Yo sostengo que era un hogar normal con los típicos momentos buenos y momentos malos. De no haber sido así, habría convencido a sus padres para quedarse en el pensionado y no habría tenido deseos de volver a su casa.

Decidió no continuar. Se preguntó cuántos de los miembros del

jurado vivían en un hogar normal. Entre ese grupo de individuos elegidos al azar que se hallaban sentados en el estrado del jurado, ¿habría alguien capaz de creer en el mito del hogar normal de Carne? Era una lástima que los testigos del día hubiesen sacado a la luz el tema de Frances. Su ausencia constituiría un nuevo ángulo para los periodistas. Intentarían encontrarla. Mc Nair esperaba que no tuviesen éxito... por el bien de Carne.

9

QUINN oyó cuando metieron la carta en el buzón. Fue a recogerla antes de que algún otro se le adelantara. Sobre el felpudo de la puerta había una tarjeta de cumpleaños de Timothy. Quinn se había olvidado de su cumpleaños pero se alegró de que Timothy lo hubiese recordado. La tarjeta mostraba a un hombre pescando en un arroyo. En el anzuelo tenía un tonel de cerveza. Era apropiada. La noche anterior había tenido una borrachera. Nada dramático. Pero no se había apresurado en volver a su casa. Sintió que no podría enfrentarse a Frances. Su mente se negaba a conformar frases alentadoras. Los testimonios del día la habían convertido en propiedad pública.

—Cuando se trata de alguien de tu propia sangre —oyó decir a Selina cuando hablaba con Elaine Balfour—, se espera lealtad.

—Pero ¿lealtad a quién? —preguntó Elaine—. Si yo hubiese matado al padre de mi hijo, ¿mi hijo me respaldaría?

Las dos mujeres se volvieron hacia él para oír su opinión, pero Quinn permaneció callado.

Para papá, escribió Timothy en la tarjeta, *con amor*. Era suficiente por cierto. Era más que suficiente. Se preguntó si Gretl le habría obligado a escribir esa frase o si le había salido de su propia cabeza. De cualquier manera, lo había escrito. Un garabato tachado. ¡Qué bien! En el reverso había escrito algo más: *Mando un paquete por correo. Espero que llegue el día de tu cumpleaños*. No había llegado, salvo que llegase más tarde.

El leve malestar que Quinn sentía a causa de la borrachera

empezó a ceder. Casi se sentía feliz. Se llevó la tarjeta al dormitorio, se sentó en el borde de la cama y hojeó el periódico de la mañana. El relato del inicio todavía cubría la primera plana. El testimonio de Hester Allendale ocupaba dos columnas. Una tercera columna transcribía las declaraciones de los otros testimonios del día, y culminaba con un par de frases acerca de Frances: «La hija del acusado no ha aparecido en ningún momento en la corte. Su presencia en el estrado de testigos podría influir considerablemente en el resultado del juicio, para bien o para mal». Era conciso. Un resumen prolijo. En la página de dentro había dos fotografías: un retrato artístico de Hester y una foto nítida y bastante agradable de Jocelyn. Quinn la observó pensativo. Frances quería una foto de su madre. Ésa podría estar bien.

Mientras se vestía se preguntó si habría ocurrido algo traumático la tarde anterior. No quiso enterarse y subió directamente a la habitación de Frances. Ese día se sentía preparado para volver a enfrentarse a ella.

Llamó a la puerta.

—Me voy a la corte dentro de un ratito. Quizá quieras ver el periódico antes de que yo me vaya. Hay una foto de tu madre.

Ella no respondió. Él abrió la puerta suavemente. Frances fingía estar durmiendo. La manta se había caído al suelo. Tenía un dibujo de unos osos koalas. Deseó que su hijo hubiese estado con el cabello revuelto apoyado en la sábana de abajo y con los ojos decididamente cerrados al nuevo día. Cuando no tenía clases, Timothy siempre se levantaba con presteza. Al día siguiente no había sesión en la corte y tendría la responsabilidad de Frances durante todo el fin de semana.

No quería.

Por primera vez en su vida quiso tener una casa prolija en un barrio, con un pequeño jardín donde poder cortar el césped y una mujer sin exigencias que le mimara. No quería estar en una casa destruida, llena de músicos ambulantes y con una muchacha pequeña y delgada que ocultaba las botellas vacías debajo de la cama.

Quinn notó que sólo había una vacía. Una ginebra. La recogió y la puso sobre el tocador. Después recogió la manta y la puso sobre el estómago chato y las piernas cuidadosamente extendidas de

Frances.

—Ha llegado —dijo, tal como solía decirle a Timothy— un nuevo día. No puedes detener el sol. Tal vez te abrigue. Inténtalo.

Frances abrió los ojos lentamente. Eran color castaño oscuro pero estaban muy irritados. ¿La ginebra? ¿Las lágrimas? ¿O ambas cosas? Le dijo que le haría bien tomar aire fresco.

—Tendrías que salir a caminar un rato.

—No puedo salir.

—¡Por Dios! —exclamó exasperado—. No hay un policía en cada esquina preparado para arrastrarte hasta el estrado de testigos.

—Tal vez sí. No puedo arriesgarme. No hables más de eso. No quiero seguir hablando.

Quinn tampoco quería hablar, pero no tardaría mucho en llegar el momento de tratar el tema durante el fin de semana. El juicio no duraría mucho más. El jurado empezaría a considerar el veredicto en pocos días. Al menos Papá no morirá, sólo se pudrirá lentamente a merced de Su Majestad.

Se preguntó cómo reaccionaría Frances si se le declaraba culpable. ¿Bailaría llena de felicidad?

Oh no.

Frances vio el periódico al pie de la cama y lo miró de reojo como si fuese una araña.

—¿Cómo está?

—¿Tu mamá? Es igual a ti cuando tienes el cabello peinado, los dientes cepillados y la ropa puesta. Es un retrato que le sacaron una vez en un jardín. Hay un árbol atrás.

Frances se movió en dirección al periódico y luego se detuvo.

—¿Él también aparece?

—No. Pero en la misma página hay una foto de Hester Allendale.

—¡De la hija de puta!

—Sí, de ella misma.

Frances recogió el periódico y comenzó a leerlo. Quinn se preguntó si debía irse y dejarla sola. Podría necesitarle: entonces, mejor quedarse. Caminó hasta la ventana y observó sus estatuas. Con excepción de la de Balzac, todas estaban cubiertas por ese agradable resplandor dorado de la mañana. Balzac, desde un rincón, brillaba negra; una cabeza sobre un torso partido. Más tarde la

arrastraría hasta detrás del cobertizo. Las orquídeas, brillantes como pájaros tropicales, resplandecían bajo la luz del sol. Sería un día caluroso. Debía abrir la ventana del invernadero. Blossom, vestida con seda color ámbar, echaba al gato de la casa vecina, que estaba comiendo algo de la lira de Arión. Luego saltó de estatua en estatua y soltó lo que tenía. ¿Un pedazo de tocino? ¿Un ratón? No, un ratón no. Blossom no estaría tan serena. Lo estaba recogiendo con una hoja y con un gesto remilgado. En ese momento lo ponía en el cubo de la basura. Stu salió y le dijo algo. Entraron juntos en la casa. Seguramente el desayuno estaba listo. Ese día le tocaba cocinar a Nils. Lo hacía bastante bien, los músicos ambulantes hacían la mayoría de las cosas bien, incluso vivir en un vacío sin padres. Si percibían el dolor de Frances —él creía que sí— entonces habían alcanzado un perfecto equilibrio entre la compasión y la indiferencia, con excepción de Blossom. Blossom se repartía entre todos como si fuese una torta. Un pedazo de sexo para él. Un pedazo de amor fraternal para Frances. El hecho de que el trozo principal de la torta fuese para Stu debía de ser un consuelo para él. Su actitud con respecto a la generosidad de Blossom hacia los demás era heroica.

Se volvió para ver cómo reaccionaba Frances ante el relato del juicio del día anterior. Si Mc Nair hubiese sido su abogado, le habría despedido. Breddon parecía un jugador de ajedrez cuyo rival acababa de matar a su propia reina. A su vez, Carne parecía un espectador que había apostado a los dos jugadores. Incluso llegó a sonreírle a Hester cuando abandonó el estrado de los testigos. Aquella sonrisa la paralizó. Se espantó como si le hubiese dado una bofetada en la mandíbula.

¿Estaba loco Carne? Si ése era el caso, ¿por qué no se hacía una acción de culpabilidad pero con responsabilidad atenuada?

Frances todavía estaba leyendo. Leyendo y releendo. No estaba más pálida que de costumbre. Tampoco buscó la botella de ginebra. La cama de Timothy era pequeña pero ella entraba bien. Tenía exactamente diez años más que Timothy y diecinueve años menos que él.

El estómago de Quinn se revolvió de compasión. Al cabo de unos minutos, Frances habló:

—Están mal las cosas para él, ¿no?

—No están muy bien.

Quinn esperó para ver si hacía algún otro comentario, alguna pregunta acerca de cómo se sentía su padre. Permaneció callada, pero Quinn sabía que por más que estaba abandonando a su padre no lo hacía a sangre fría. Frances sentía pena y rabia. Era comprensible. Era lógico que no quisiera presentarse a declarar como testigo.

Así como él tampoco quería ir a la corte. El hecho de que su posición anómala en el jurado pudiese colocarlo finalmente en el banquillo de los acusados no le preocupaba demasiado. Eso pertenecía al futuro. Su conciencia no repudiaba la ilegalidad de la situación, sino la manipulación emocional. No era que ella lo estuviese manipulando en forma consciente. No había dejado a propósito la foto de su padre aparecida en los periódicos toda rota en un lugar donde él pudiese verla. Tampoco estaba acariciando a propósito la foto de su madre como una persona ciega que lee un poema de amor en braille.

Abruptamente Quinn le dijo que se levantara y fuera a desayunar.

—Después, si no quieres salir, por lo menos siéntate en el jardín. Dedícate a arrancar la maleza o a hacer cualquier cosa útil, pero por favor no vuelvas a ensuciar algo con creosota. —Le tocó el hombro, pequeño y huesudo debajo de su camisón prestado.

—Trata de no preocuparte por nada.

Ese día, el quinto, Mc Nair presentó testigos para la defensa. No causaron gran impresión. La lealtad, la eficacia y el talento de Carne no se ponían en duda. Su «carácter alegre», según las palabras poco afortunadas de un antiguo jefe de Carne, no daba pruebas de que fuese una persona incapaz de matar. Uno puede ser amable con un compañero de trabajo durante el día, y por la noche matar a su mujer. Necesitaba una buena excusa para la noche del incendio. No hubo ninguna. Como último recurso, necesitaba a alguien bien cercano a él que se parase en el estrado de los testigos y afirmara que el homicidio era completamente impensable en él. Alguien como su hija. Cuando Mc Nair le avisó que se había escapado a algún lugar y que no podían encontrarla, Carne no

pareció perturbarse excesivamente, pero en ese momento estaba sorprendido ante su aparente serenidad. Seguramente debía de estar preocupado pero últimamente ya no parecía preocuparse por nada. Mostrarse angustiado y lleno de remordimientos no le beneficiaría ante el jurado, pero esa indiferencia imperturbable era aun peor.

Mc Nair le dijo a Carne que lo haría pasar a declarar sólo si podía decir algo acerca de ese fin de semana que apoyara su causa.

—Piénselo. Sin que se someta al interrogatorio de Breddon la defensa ya es muy frágil. Si usted está amparando a alguien, yo debo saberlo. ¿Qué me dice de la mujer del negocio de artesanía, Olivia Mason? Si usted mantuvo relaciones con ella mientras el pobre marido enfermo sufría un ataque al corazón, haga el favor de decírmelo.

La expresión de Carne era difícil de interpretar. Sus ojos se cerraron momentáneamente y luego pareció divertirse ante la idea.

—Es una hermosa mujer. Es una idea tentadora, pero la respuesta es «no».

La mezcla de perplejidad y diversión no siempre se da pero en Carne, por un momento, se dio.

La posibilidad de que hubiese llevado a la casa de campo a Hester Allendale la noche del incendio quedó descartada con las investigaciones preliminares. Hester estuvo actuando en la ciudad de York hasta pasadas las once y fue levantada de su cama poco antes de las cuatro de la mañana porque sonó la alarma del hotel donde se alojaba. Una falsa alarma de incendio pero un incidente muy útil.

Mc Nair le dijo a Carne que él y Richardson, su ayudante, tendrían otra charla en Brixton el sábado por la noche.

—Mientras tanto, considere su situación. Las pruebas en su contra son fundamentalmente circunstanciales, pero son suficientes para que el jurado le declare culpable.

Carne accedió a pensar «seriamente» en su situación. Fue una respuesta amable y conciliadora.

—¡Maldito desgraciado! —explotó Mc Nair con una furia bastante insólita en él—. Es usted el que se tendrá que enfrentar con una sentencia de cadena perpetua. No yo. Ayúdese mientras no sea tarde.

Había sido fácil anticipar el consejo que el juez les dio a los

miembros del jurado cuando la corte se levantó para volver a la sesión después del fin de semana. Les deseó un fin de semana tranquilo y les recomendó que no viesen nada ni a nadie que pudiese resultar perjudicial para el caso.

—Señoras y señores, deben mantener sus mentes despejadas. En este punto el debate del caso resulta negativo. La excesiva lectura de los artículos sensacionalistas tiene el mismo efecto. Eviten situaciones contenciosas. Las opiniones de la gente están teñidas de preconcepciones, de modo que no deben escucharlas. Sus propias opiniones no están completamente formadas. No pueden estarlo hasta que no hayan escuchado los alegatos finales y hayan analizado los testimonios. Sería poco realista pedirles que no discutan el caso con sus familias, sin embargo, se lo pediré. En otros tiempos, se les habría aislado. Ahora confiamos en que actuarán honorable y cautelosamente.

Los miembros del jurado, con un aspecto solemne, tal como correspondía, agradecían esos dos días de libertad y hacían planes para sacarles provecho.

El profesor Leary esperaba poder trabajar en su libro. Un capítulo sobre el homicidio y el castigo en la antigua Cnosos merecía el esfuerzo de investigar aún más. La idea le atraía.

Sam Jacobson ansiaba tocar alguna música serena. Había sido una semana perturbadora y sufrió mucho durante el juicio. En ese momento, más que nunca, agradecía a Dios el tener a su mujer y a sus hermosas hijas. Tal vez tendrían otra hermosa niña —o, si Dios así lo quería, un hijo— durante esa pausa del fin de semana. Durante todos esos días estaba muy angustiado y había fracasado como hombre. Todas esas escenas de violencia y temas sexuales le habían desalentado.

James Cornwallis había prometido estudiar la posibilidad de instalar un baño en el piso de la casa de Irene Sinclair. Sabía que vivía con su hermana mayor que sufría de artritis y a la que le resultaba difícil subir las escaleras. La señorita Sinclair, a pesar de su talante autoritario, era una persona de conversación agradable. Habían discutido acerca de Alemania y de la segunda guerra mundial mientras tomaban café en la cantina de la corte. Ella citó en alemán algo que escribió un tal Nietzsche. Algo acerca del superhombre. Los dos estuvieron de acuerdo en que Carne no era

un superhombre. No lograba recordar cómo había conducido la conversación hacia el tema de los baños, pero de alguna manera lo hizo. A él no le importaba. Sus fines de semana eran muy solitarios y además le gustaba su trabajo.

Colin Middler también tenía pensado pasar el fin de semana trabajando. Su mujer había reservado turnos para atender a unos pacientes el sábado, incluso una resección de uñas. La paciente era muy parlanchina y trataría de sacarle información sobre el juicio. A menos, por supuesto, que su propio derramamiento de sangre la hiciera olvidar la sangre espectacular que había en el caso Carne. El hecho de que probablemente fuese ilegal atender pacientes mientras tuviese que ejercer su deber de jurado no le preocupaba. Había decidido violar la ley... a propósito.

Peter Lomax, cuya conciencia era más frágil, tenía que terminar de pintar una copia de una miniatura turca que había visto en el museo Topkapi de Estambul durante uno de sus viajes para comprar alfombras. La semana siguiente, cuando terminara el juicio, según se calculaba, volvería a la tienda. Para entonces se levantaría la prohibición de hablar sobre el asunto. Se preguntó cuál sería el veredicto. Su mente, hasta el momento, estaba loablemente vacía.

Los dos miembros más jóvenes del jurado, Trina Thompson y Sarah Gayland, tenían proyectado pasar el sábado por la mañana trasladando las pertenencias del novio de Trina al departamento de Sarah. El arreglo satisfizo a ambas. El padre de Trina llegaría en el tren de la tarde. El amante de Sarah, el dentista descarriado, podría llegar en cualquier momento y a ella le divertía la idea de desconcertarle. Todo el asunto de las amantes de Carne la hacía sentirse licenciosa. Pero tuvo buen cuidado en ocultárselo a Trina que creía que lo hacía por simple amabilidad. Su ingenuidad sorprendía a Sarah. ¿Realmente creía que su novio, ese asistente social tan buen mozo y obviamente muy sufrido, dormiría en el piso?

William Dalton, despojado de toda compañía por culpa de sus reptiles, pensaba pasar un fin de semana solitario durmiendo casi todo el tiempo. Se había visto obligado a levantarse temprano todos los días. Dormir hasta tarde sería todo un cambio. Se preguntó a qué hora sacarían a Carne de la cama en Brixton. La mugre que el afable británico debía de estar padeciendo le causaba placer. El

asesinato de Jocelyn Carne le recordaba la sangrienta muerte de su familia en una solitaria granja de Rodesia. Carne y los hombres de aquella tribu tenían algo en común. Y sentía un odio intenso, aunque irracional, hacia él a raíz de la asociación.

Elaine Balfour no tenía ningún plan para el fin de semana. Le habría gustado invitar a Selina Mc Kay a almorzar a su casa pero decidió no incomodarla con una invitación que tal vez no querría aceptar. El ofrecimiento de los tapones para los oídos y su comprensión en el momento preciso no tenían por qué forzar una relación. De todos modos, le habría gustado preparar una buena comida y compartirla con ella. Y también hablar de Carne. A pesar de la advertencia del juez, ella sentía la necesidad de hablar. La noche anterior había soñado con Carne. Estaba sentado en una habitación oscura. ¿La celda? El rostro, una mancha blanca como papel arrugado, se iluminó por un momento a causa de la luz de los faros de un coche que pasaba. Y luego la oscuridad le envolvió otra vez. Estaba angustiada por el resultado del juicio y no quería participar más de él. Si la hubiese aquejado súbitamente una verdadera enfermedad la habría recibido gustosa. Como era demasiado honesta como para fingir estar enferma cuando en realidad no lo estaba, sabía que no tenía otra alternativa más que seguir cumpliendo con su deber.

Sin que Elaine lo supiera, Selina había jugado con la idea de invitarla a su casa, pero desistió ante la posibilidad de invitar a Quinn. Si se trataba de un aumento de la libido en plena época de menopausia, podría culpar tranquilamente a la naturaleza. Si es que cabía la palabra «culpa». No se entendía a sí misma. La cercanía de Quinn en el estrado del jurado la reconfortaba y a la vez la perturbaba. Cada día que pasaba iba tomando más conciencia de él. En sus momentos más sanos sentía una intensa sensación de culpa por no poder concentrar la mente en lo que debía... en Carne. No le servía de mucho consuelo saber que el peso de la dedicación no recaía exclusivamente en ella.

Cuando la sesión se levantó, el sol de la tarde ya se había teñido de un color anaranjado intenso de tal manera que la diosa de la justicia que estaba arriba del edificio de la corte parecía estar en llamas. Los integrantes del jurado, distantes y tímidos, eran como una raza aparte; cada uno se abría paso entre el aluvión de

periodistas y curiosos.

Carne, apenas consciente de ellos, se sentó en el camión celular y sintió el calor del sol en la nuca. Las sombrías predicciones de Mc Nair eran como el suave murmullo de un mar hostil. Encerrada en sus profundidades, como una perla atrapada en la carne de una ostra, estaba Frances. Frances *hoy*. Su hija ya adulta. Frances, que estaba pasando por el período más funesto de su vida. Carne no podía asumir el peso del dolor de Frances. No tenía fuerzas para eso. Dondequiera que estuviese, hiciese lo que hiciese, era fundamental no sentir lástima, angustia u odio hacia ella. De modo que... vive el pasado distante, cuando todo era normal. Representate imágenes como las piezas del decorado de un escenario y entre ellas. Había una vez. Vacaciones en una granja. Olor a tréboles y a excremento de vaca. Frances a los ocho años jugando con un gato del lugar. Jugando tranquila. Jocelyn, a su lado, vigilando, Jocelyn con sandalias de paja. Las venas azules de sus pies sobresaliendo por debajo de la piel. Imagen demasiado fuerte. Bórrala. Deshazte de ella. Ahora Frances y él en aquellos días de sosiego. Frances, hace mucho tiempo. Una niña a salvo. Conservada tiernamente por el tiempo. Mantenla así. Mantente alejada. *No te acerques a mí.*

El camión se puso en marcha y por encima del ruido del tránsito se oyó la música de *Greensleeves*, el fondo musical de «Arcadia», y creyó que era producto de su imaginación. El camión ganó velocidad y la música quedó atrás. El oficial de la cárcel le observaba con curiosidad. ¿Le había hablado? ¿O simplemente parecía tan loco como él? Le sonrió amablemente.

Quinn también sonreía. Sus amigos, los músicos, eran muy audaces al ir a trabajar allá. Eran como una burbuja brillante de color mientras avanzaban por la calle Newgate. Lucille llevaba puesto un disfraz de española, una falda carmesí y un bolero verde oscuro. Su voz era potente y ronca, como el bronce de una campana. A Blossom, todavía con el vestido de seda color ámbar, no se la oía, pero no era necesario. Su encantadora figura era como el oro fundido mientras se movía al compás de la música. El Stradivarius de Stu embellecía la melodía más de lo que aquella música lo merecía. La guitarra de Nils estaba en un tono más bajo. La multitud miró partir al camión y luego volvió su atención hacia

los músicos. Algunos empezaron a tararear. Se oyeron comentarios atrevidos. Risas. Blossom empezó a correr de un lado a otro extendiendo su bolsa de terciopelo negro con flores bordadas.

Era una bolsa con mucha capacidad y podía aguantar una considerable cantidad de dinero pero sin que los donantes tomaran conciencia de la cantidad que recogían. Quinn supuso que no ganarían mucho. Les dio tres minutos antes de que la policía les alejara del lugar.

Selina descubrió a Quinn en el borde de la acera. Se acercó hasta él.

—¡Qué melodía más pegadiza!

Quinn no le contestó enseguida. En la acera opuesta estaba Olivia Mason. Llevaba el cabello suelto y una cinta de color verde chillón. Su vestido, confeccionado por ella misma, era del color del guijarro que está a la intemperie. La ropa no la realzaba pero ella no necesitaba realce. Su belleza era un hecho incuestionable. Olivia miraba a los músicos con ojos sombríos.

Después llegó la policía y los músicos se fueron de prisa. Stu llevaba el Stradivarius por encima de su cabeza para protegerlo de cualquier daño. Nils también cuidaba de su guitarra y las chicas no cuidaban más que de las monedas.

—Sí —le contestó Quinn a Selina.

Ella había olvidado lo que le había dicho.

—Es de bastante mal gusto —comentó Selina— tocar la música de Carne precisamente en este lugar.

—Deplorable —asintió—. ¿Usted cree que Henry la tocaba cuando decapitaba a sus mujeres?

Ella percibió un dejo de enojo y se sintió desconcertada.

—Son jóvenes atractivos —observó—, pero supongo que tienen algo mejor que hacer, ¿no?

Quinn pensó: «Quedarse en casa y cuidar a Frances». Y se dio cuenta de que ya era hora de volver con ella.

Le deseó un feliz fin de semana a Selina, quien desconcertada por su brusquedad, no pudo más que desearle lo mismo.

Quinn ya se había alejado un par de metros cuando de pronto se volvió.

—En su tiempo libre —le dijo— se dedican a cuidar heridos.

—¿Quiénes?

Selina estaba perpleja.
Pero Quinn se marchó sin contestarle.

10

EL SÁBADO, Frances se pasó media hora ayudando a Quinn a regar las orquídeas y varias horas sentada en una tumbona deshilachada del invernadero. Una brisa leve se escabullía entre las estatuas. Adentro, el invernadero estaba impregnado de un intenso olor a tierra mojada. Un árbol cercano a la casa proyectaba sombra sobre las orquídeas y las protegía de los rayos directos del sol. Quinn, que observaba a Francis desde la ventana de la sala, notó que parecía un topo desconsolado en medio de un bosque tropical. Los colores, brillantes y espléndidos, resplandecían a su alrededor. *Gritaban* a su alrededor. ¿Cómo podía soportar quedarse sentada sintiéndose así? Tenía un libro sobre la falda pero no lo estaba leyendo. Quinn sabía que era imposible sentarse junto a las orquídeas y leer. Era un lugar para despejar la mente y dejar que la naturaleza vibrante estimulara la piel como un *jacuzzi*.

Los músicos se habían ido a un recital de música popular. Volvían a mitad de semana, con los ojos vidriosos por efecto de las drogas, y sucios después de dormir en cualquier lado. Blossom en esas ocasiones siempre llevaba puesta una vieja bufanda abrochada con un broche de cuarzo ahumado en el hombro. Lucille, menos exigente, ensuciaba la ropa que llevaba puesta, no importaba cuál. Si hacía calor, mucho calor, ella y los muchachos se desnudaban. Blossom no. Jamás había visto a Blossom totalmente desnuda. Pero suponía que Stu sí.

Como los músicos no estaban, tenía que hacerse él mismo la comida. Le pidió a Frances que le ayudara. Pero ella no prestó

atención a la demanda. Y tampoco habría prestado atención a la comida de no haber sido porque Quinn insistió en que debía comer algo.

Quinn sentía que ya era hora de que hablaran acerca de su padre, pero al mismo tiempo no hacía más que dilatar el tema.

Ella fue quien le sorprendió cuando habló. Era temprano por la tarde y él había ido al invernadero a darles otra vez agua a las orquídeas. Frances, sedienta por asociación, le preguntó si tenía cerveza en la casa. Quinn supuso que sí. Era la bebida preferida de Lucille. Estaba a punto de decirle que fuera a ver si había, pero se dio cuenta de que, al buscar, sus ojos tropezarían con el *whisky*. De modo que fue él mismo a buscarla y luego la llamó.

Frances le quitó el vaso y bebió con ganas.

—Me gustaría —le dijo— que mañana me llevaras a Gales.

Quinn también se había servido una cerveza y bebió con desgana.

—¿Para qué?

—Necesito volver al lugar donde sucedió todo —su voz sonó monótona e inexpresiva.

Quinn tanteó el terreno.

—Gales queda bastante lejos. Tengo que volver a la corte el lunes por la mañana.

Frances jugueteó con la radio y salió una ronca explosión de música de una emisora extranjera.

—Podemos salir temprano —dijo por encima del ruido—. No son más de cuatro o cinco horas. Llegamos al mediodía y volvemos por la noche.

Quinn le señaló que tal vez hubiese policía en el área para mantener alejados a los curiosos.

—¿Curiosos? ¿En un lugar tan remoto? No. Allá no.

Quinn supuso que tenía razón. Una casa destruida en algún paraje despoblado no atraía la atención como la casa de Londres de Carne. Accedió a llevarla. Por primera vez, Frances tuvo una actitud positiva, pero si era para bien o para mal, no lo sabía.

Al día siguiente partieron poco antes de las ocho. Quinn la oyó abajo alrededor de las siete y media y tuvo la esperanza de que estuviese preparando el desayuno. No, pero había preparado unos bocadillos.

—No podemos parar a comer en ningún lugar público —le dijo—. Podrían reconocernos.

Frances encontró un frasco y lo llenó de café. «La noche anterior, cerveza. Esta mañana, café. Todo un progreso», pensó Quinn.

Entonces vio la botella de *whisky* en el fondo de la cesta. Quinn la dejó.

Condujo hasta donde terminaba la carretera. El sol brillaba y el viento había amainado. Un día muy agradable para los músicos. Les envidió la juventud, la libertad y la tranquilidad de espíritu.

Se detuvieron a comer a un lado del camino, al norte de Shrewsbury. Después, Frances desapareció modestamente detrás de los arbustos. Quinn esperó a que volviera y luego fue a hacer lo mismo. Cuando regresó al coche se alegró al ver que Frances había encontrado chocolate en la guantera. Ella necesitaba todas sus fuerzas para enfrentarse con aquello. ¿Qué era lo que podría revelar el fisgonear en el oscuro pasado de su padre? Hasta el momento él no le había preguntado nada y habían hablado muy poco. La radio del coche, como si fuese una tercera persona balbuceando frases a la distancia, eliminaba la incomodidad producida por la falta de diálogo.

En la última parte del camino entraron en la desolada belleza de las montañas, suavizadas en las laderas más bajas por matojos y brezos. El aire olía a mares distantes. Era un lugar muy bonito.

¿Un lugar muy bonito para un homicidio?

Frances bajó la ventanilla y apoyó un brazo en ella. Un brazo delgado, salpicado de pecas. El sol le acariciaba el rostro, los ojos semicerrados. El sol le molestaba; no la sedaba. Quinn le ofreció las gafas de sol que tenía en el lugar donde había encontrado el chocolate. Ella le respondió que no las necesitaba, que no podía ponérselas encima de las suyas. Quinn le dijo que no necesitaba las gafas que tenía puestas porque los cristales de color y sin aumento no eran más que una pose. Frances le comentó que su padre le había dicho exactamente lo mismo. Hizo el comentario con suma rapidez y nombró a su padre sin emoción alguna.

Después de recorrer diez kilómetros Frances empezó a guiarle. Se había agazapado en el asiento y miraba hacia afuera furtivamente como un prisionero dado a la fuga. Quinn le sugirió

con sarcasmo que se tapara la cabeza con una manta para que los habitantes del lugar no la vieran.

~¿Es eso lo que hace él en el camión celular?

Quinn se disculpó mentalmente por ese comentario tan imprudente. Hablaba de «él» y no de «papá». Amargura en la voz. Una regresión.

Quinn le contestó con sinceridad.

—No. Parece tan tranquilo como si saliera del estudio. Todavía recibe los aplausos de la gente.

—Sus queridos admiradores.

Muy amargo.

Quinn decidió cambiar de tema.

—¿Tenemos que pasar por Brynglas?

—No. Tenemos que doblar a la izquierda en la próxima. El camino da una vuelta. En tres o cuatro minutos más nos detendremos.

—¿Ahí está la casa? —Estaba sorprendido—. Creí que quedaba al lado de la ruta.

—Sí. Pero ahora estamos cerca del negocio de artesanía. Pero no demasiado cerca. —Le dijo que dejara el coche a la entrada de una granja—. Casi nunca hay nadie aquí. No hay muchas posibilidades de que obstruyamos el paso de un tractor o algo así.

Quinn advirtió asombrado que Frances conocía muy bien el lugar. Olivia Mason había dado a entender que casi no la conocía. Un encuentro breve en el pueblo. Quizás Olivia mintió.

—¿Visitabas a los Mason de vez en cuando?

Tenía la cabeza vuelta hacia otro lado y él apenas oyó la respuesta.

—De vez en cuando.

Cruzaron un campo siguiendo la dirección de la ruta y luego Frances dobló hacia la izquierda y subió una ladera que se elevaba con suavidad. Quinn, si bien no era un hombre de campo, se dio cuenta de que estaban pisando brotes verdes y tiernos y que no deberían hacerlo. No sabía qué brotes eran ni cómo se llamaban. No se alcanzaba a divisar ninguna granja. Se limitó a seguirla. En la cima de los cerros, los vecinos dejaban crecer los setos hasta una altura considerable para contener el viento.

Ella se detuvo.

—Es allí.

Dos campos más allá había una ruta menor y allí, sin jardín delante, había una construcción baja y larga que abarcaba tres casas de cemento una al lado de la otra; la tercera nunca había sido reparada. Una de las ventanas había sido agrandada para exhibir las artesanías que estaban en venta, pero a distancia no se las podía ver con claridad. Encima del negocio había un cartel que alguna vez fue el de una pensión. Tenía pintadas las palabras «Artesanías Regionales» con letras blancas sobre un fondo negro. Al costado de la construcción e invadiendo el terreno de atrás había una zona de grava con capacidad para una docena de coches. Había un coche antiguo estacionado. Estaba barnizado y se veía perfectamente limpio.

—El negocio de David —dijo Frances.

—¿David?

—El marido de Olivia.

El marido de Olivia que había tenido una discusión con Jocelyn Carne y que estaba muerto. Olivia Mason le había dicho al fiscal que su marido murió de un ataque al corazón. El dueño de la posada dijo que Olivia le había atendido muy bien.

Quinn decidió que ya era hora de indagar en algunas cosas.

—Cuéntame algo acerca de él.

—¿Qué?

Frances estaba impresionada y parecía nerviosa.

—Cualquier cosa que pueda ser importante. Por ejemplo, ¿por qué te pones nerviosa cuando te pido que me cuentes algo acerca de él?

Frances arrancó un zarcillo de madreSelva del seto y desmenuzó los pétalos entre sus dedos.

—Murió en enero. Tenía treinta y dos años. Hacía cosas sólidas y bien hechas. Su matrimonio era espantoso. Y no me pone nerviosa.

Treinta y dos años. Quinn le había imaginado más viejo, un hombre frágil de unos cincuenta. A los treinta y dos era lo suficientemente joven como para resultar atractivo a Frances y a su vez era lo suficientemente maduro como para resultar atractivo a su madre.

Un matrimonio espantoso. ¿Por qué?

Se lo preguntó.

—¿No se llevaban bien? —fue un modo muy suave de decirlo.

Frances no respondió.

Se lo preguntó de otra manera.

—El dueño de la posada habló muy bien de los dos. Hizo hincapié en que todos los pobladores del lugar pensaban de la misma manera. Creo que usó la palabra «pareja respetada».

Frances apenas sonrió.

—Continúa. Cuéntame más.

—Olivia Mason dio la impresión de que conocía a tus padres como vecina simplemente. Explicó que su marido había hecho algunos arreglos en tu casa.

—Evidentemente es muy hábil para quitar importancia a las cosas —replicó Frances abruptamente—. David era capaz de hacer cualquier cosa hermosa con un pedazo de madera. Él sí que era un artesano. En cambio ella sólo era capaz de teñir los materiales con el mismo color de la mierda de los gatos.

Quinn estaba enterándose de muchas cosas. El talentoso David, ahora muerto, crecía en los confines de la imaginación. ¿Fue él el catalizador que causó la explosión final?

Le contó acerca del encuentro que su madre tuvo con David en el Mitre pocos días antes del incendio.

—Según Bowen, tuvieron una discusión acalorada.

Frances se encerró en sí misma y se apartó de él. Quinn la presionó.

—¿Sobre qué peleaban?

Frances se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Acerca de ti, ¿tal vez? Parece que él te impresionaba. ¿Te acostaste con él alguna vez?

—No te metas en asuntos que no te importan.

Pero no fue muy enfática. Si acaso había llegado a rozarle la piel, entonces no había llegado a lastimarla. Se preguntó si con su próxima pregunta lo lograría.

—El fiscal le preguntó a Olivia Mason cuál era la relación entre su marido y tu madre.

Frances se alejó unos pasos y se sentó en la hierba. Se quitó los zapatos y se inclinó hacia adelante apoyándose en los codos. Las nubes cubrían el cielo como una telaraña. Una abeja devastó un

ranúnculo. Enterró los dedos en la tierra y sus uñas coloradas se volvieron negras. Tenía la cabeza vuelta hacia otro lado.

Quinn sabía que no obtendría ninguna respuesta a menos que la forzara.

—Ella dio a entender que no había nada entre ellos. ¿Mentía?

Frances se quedó callada. Él insistió.

—Hay varias alternativas. Una: tu madre y David Mason eran amantes. Dos: tú y David Mason erais amantes. Tres: Olivia Mason y tu padre eran amantes. En un mundo sano ninguna de estas tres posibilidades conduce a un homicidio, pero no siempre somos sanos todo el tiempo. ¿Estoy acercándome a la verdad?

Ella le sorprendió al sonreír de pronto casi con una actitud divertida y maníaca.

—¡Por Dios! Aun cuando David y yo nos hubiésemos acostado, ¿por qué alguien querría matar a mi madre?

Frances le observaba con los ojos semicerrados, una mirada prolongada, reflexiva y, de alguna manera, desafiante. En pocos segundos y de una manera desconcertante, Frances se había distanciado de él. Quinn se arrodilló sobre la hierba a su lado.

—Está bien. Estoy de acuerdo. Vayamos a la alternativa más plausible. Tu madre y David Mason. Tu padre, o incluso Olivia, o quizá los dos, la mataron.

Su actitud inquisitoria era brutal, pero necesitaba saberlo todo. Frances dejó de sonreír.

—¿Te parece que un hombre como David podría sentir atracción por una mujer ya cuarentona?

Quinn de inmediato pensó en Selina Mc Kay que en su madurez era más deseable sexualmente que la hermosa Blossom.

—Puede ocurrir. Pudo haber ocurrido, ¿no?

—No.

Rotunda negación. Le creyó.

—Entonces nos queda la tercera alternativa. Tu padre y Olivia Mason. Una pelea. Los ánimos descontrolados. Tu madre que se niega al divorcio. Un asesinato en un momento de locura. Casi siempre sucede así... por impulso. ¿Es eso lo que ocurrió?

Quinn tenía la extraña sensación de que estaba llegando a un punto clave pero que su blanco no era del todo exacto.

El rostro de Frances parecía magullado y más viejo. Se puso de

pie repentinamente y se calzó los zapatos.

—¿Qué me dices de Hester Allendale? —le preguntó Frances con amargura—. ¿No entra ella en tus alternativas? ¿Qué me dices de Hester acostándose con David? Ése sí que sería un cambio, ¿no? Un *La Ronde* pasado de moda. ¡Qué lástima que no andabas por aquí para entrar tú también en la trenza!

Frances empezó a desandar el camino. Quinn la alcanzó en el sendero.

—En uno o dos días más el jurado se recluirá a deliberar. Yo no debería integrarlo. Si sigo violando la ley, por lo menos necesito hacerlo por alguna razón válida, como por ejemplo: saber la verdad.

Frances le miró con ojos sombríos y continuó caminando. Él la tomó del brazo y la obligó a detenerse.

—Vine para pensar —dijo ella—. Tú inventas ideas estúpidas y me presionas para que te responda. Dame tiempo. Dame tiempo hasta la noche. Quizás entonces tenga algo que decir.

Quinn tuvo que contentarse con eso.

Cuando volvieron al coche, Frances le pidió que la llevara hasta la casa. Él sabía que le resultaría traumático, pero accedió. El camino lleno de surcos era difícil y estaba seco. El Granada de Carne, tal como se podía apreciar, estaba lleno de barro. Quizás había sido una tarde gris y lluviosa y aun así se había producido el incendio.

A su alrededor los cerros se elevaban hasta convertirse en montañas. La hierba era reemplazada por pizarras grisáceas combinadas con negro en aquellos lugares donde el sol no alcanzaba a penetrar y con un amarillo pálido donde sí brillaba. Un lugar lleno de contrastes. Sombrío como una catedral. Hermoso, pero frío.

Los restos de la casa, que parecían huesos chamuscados, quedaban en una hondonada. Aquí y allá la naturaleza había hecho brotar ramilletes de dientes de león que resplandecían como llamaradas en miniatura. El sombrerete de la chimenea, volcado hacia uno de sus lados, estaba cubierto de ramitas y musgo. Un nido a medio hacer.

Ella caminaba delante de él. Sus pies arrastraban la tierra polvorienta impregnada en cenizas. Quinn se apoyó en lo que una vez fue la pared del jardín y la observó. Supuso que Frances estaba

entrando en las habitaciones que ya no existían. Unos pasos hacia la derecha. ¿Un corredor? Unos pasos más adelante. ¿La cocina? ¿La salita? ¿Un dormitorio? Se preguntó dónde había ocurrido el asesinato. Jocelyn Carne estaba recostada. ¿En la cama o en una silla?

Se había encontrado sangre en la puerta del fondo. ¿Era hacia allí adonde Frances se dirigía? Sus pasos eran lentos y pesados, tenía el cuerpo inclinado; parecía desgarrada. De pronto se echó de rodillas, como si fuese a rezar o estuviese a punto de desvanecerse.

Quinn se apresuró a ir hasta allí. Tenía el rostro cubierto de cenizas como el suelo, y los ojos, vidriosos. Empezó a balancearse. Quinn se arrodilló a su lado y la sostuvo por los hombros.

—Pronto se te pasará —le dijo suavemente—. Cálmate; tranquilízate. Ya estás bien.

Palabras trilladas, pero fueron las únicas que se le ocurrieron. Frances no se sentía bien. Estaba en medio de una crisis espantosa. Sería más terapéutico decirle que gritara, que golpeara el suelo con sus puños.

Poco a poco recobró el color y ya fue un peso muerto. Cuando pudo moverse, la ayudó a ponerse de pie y la llevó hasta el coche. Le sirvió *whisky* en el vaso de plástico del termo y la ayudó a mantener firme el vaso mientras bebía.

Pasó un rato antes de que volviera a hablar. Cuando habló, fue para decir que quería regresar a casa.

¿A casa? ¿Su casa? ¿Había tomado alguna decisión en ese lugar?

—¿Quieres volver a tu casa?

Le miró sorprendida.

—No —contestó—. A la tuya.

Si la hubiese acribillado con preguntas en el viaje de vuelta, cuando tenía las defensas muy bajas como para resistirse, habría descubierto la verdad. Pero no podía hacerlo. Frances estaba con los ojos cerrados; no dormía pero estaba en una actitud de completa reserva.

Llegaron a las siete de la tarde. A casa. Se repitió aquella palabra una y otra vez. Esa casa alta, sombría y semidestruida, ¿era un hogar? ¿Era así como ella la veía?

Frances permaneció en la sala de estar, temblando.

—Hace frío.

Era una agradable noche de verano pero notó que Frances temblaba.

—Encenderé el fuego en la salita.

—Por mí no. Me voy a dormir.

Quinn le dijo que era temprano.

—Cocinaré algo. Si quieres, vete a dormir después de comer. ;

Quinn llevó la cesta con las cosas de la merienda a la salita y la apoyó sobre la mesa. Ella le siguió.

—No haces más que meterme comida por todos lados. Pero no tengo hambre en absoluto.

—Haz lo que quieras. Yo sí tengo hambre. Primero voy a encender el fuego.

El fuego ya estaba preparado. Ella le miró mientras acercaba el fósforo. Quinn podría haber encendido la estufa eléctrica. No fue un ardid. Simplemente un acto no pensado que no dio resultado.

—Había varios litros de nafta en el cobertizo —señaló Frances—. Supongo que mi madre los almacenó durante algún período de escasez.

Hablaba con voz normal. Sin dejo de *stress*.

—¿Ah sí?

Quinn no se volvió; colocó trozos de carbón con cuidado entre la leña. Era el típico hogar eduardiano con cerámica de flores amarillas y verdes a los costados. Quinn se quedó contemplándolas intensamente pero sin verlas, con todos sus sentidos puestos en lo que Frances decía.

—Era una noche muy húmeda —prosiguió—, pero hacía viento. Eso ayudó a que el fuego prendiera.

—¿Lo viste?

Muchas veces había pensado, con suma preocupación, que tal vez ella había estado presente.

—No, me lo contó mi padre.

Quinn continuó mirando el hogar; no se volvió para mirar a Frances. Le invadió una sensación de alivio al saber que ella no había tomado parte.

El silencio fue interrumpido con un pedazo de carbón que cayó en los troncos.

—Mi papá —siguió— fue asqueroso con mi madre. Hacía gala de sus mujeres delante de ella. La mutiló con su indiferencia. Él la

convirtió en lo que fue.

¿En qué la convirtió? ¿Qué le estaba tratando de decir? Esperó aterrorizado, evitando mirarla o moverse por si Frances perdía el débil hilo de lo que decía.

Cuando volvió a hablar su voz no sonó tan serenamente.

—Hay más de una manera de matar. Él la mató de la peor forma. La ley puede declararle inocente. Yo no.

La ley puede declararle inocente. ¿Era una declaración de la inocencia de su padre? *Yo no.* Quiere decir que la ley, o sea el jurado, ¿puede equivocarse y dejarle en libertad?

Recogió el pedazo de carbón caído con una pinza y volvió a colocarlo en el fuego. Tenía la sensación de que Frances quería contarle algo más pero que le resultaba muy difícil. Se volvió y la miró. Ella le devolvió la mirada. Aquel contacto fue abrasador.

Luego Frances apartó la mirada y se dirigió a la cesta que estaba sobre la mesa. Empezó a sacar las cosas, la espalda vuelta hacia Quinn.

—Me preguntaste si yo me había acostado con David. No. —Puso la bolsa de bocadillos vacía cerca del termo vacío—. Me atraía pero no pasó nada. —Hizo una pelota con el papel plateado del chocolate y la dispuso prolijamente dentro del vaso del termo—. Anoche estuvimos solos aquí, y también hoy pero tú no intentas hacer nada conmigo. —Giró lentamente sobre sus talones y se le enfrentó—: ¿Qué tengo de malo?

La pregunta le sorprendió pero intuyó que era importante y que la respuesta que él diera también lo sería. Estaba segura de sí misma sexualmente. Necesitaba apoyo. Si la llevaba a la cama con él, habría ternura pero no espontaneidad amorosa. Sería un fiasco. Necesitaba aprender de alguien más joven, cuando su mundo fuese normal otra vez y no en ese momento, cuando todo su mundo estaba hecho añicos.

—Mientras estés bajo mi cuidado, no lo haremos.

—El honorable Robert Quinn —fue sumamente sarcástica—. Si quieres confesarte, entonces se sinceró. Creo que duermes solo. Pero no eres marica. ¿Entonces?

Decidió contestarle con la verdad a medias.

—Duermo solo cuando Blossom no está disponible. El hecho de que no esté ahora no cambia nada.

Le miró perpleja e incómoda.

—¿Blossom? ¿La pequeña china? ¡Qué increíble!

Fue muy burlona.

En otras circunstancias se habría enojado mucho. Blossom era muy buena con ella. Trató de volver la conversación hacia el tema de Carne.

—¿Tienes algo más para contarme de tu padre? ¿No puedes explicarme con más claridad lo que estás tratando de decir?

Frances sacó la botella de *whisky* de la canasta.

—Me la llevo arriba. No trates de impedirlo. La necesito. No creo que pueda dormir. Si quieres venir, ven.

—Frances, no has respondido.

—No lo haré. Él me pidió que no dijera nada. Ya he hablado demasiado.

Empezó a llorar y su rostro, tan parecido al de su madre, se veteó y afeó. Se lo tapó con el brazo en un infantil intento de ocultarlo. Quinn sintió el dolor de Frances dentro de él, pero no la siguió cuando dejó la salita y subió a su habitación.

Durante la noche, sus palabras le torturaban. «La ley podía declararle inocente». No dijo «el jurado podía declararle», lo cual sería ambiguo. La ley. Era muy diferente. Inequívoco. Podía ser la declaración de la inocencia de su padre.

Decidió hacerle esa pregunta por la mañana. A la mierda con la suavidad. En ese momento, sus heridas eran menos importantes que la situación de su padre.

Pero cuando bajó poco después de las siete, se dio cuenta de que ya era tarde. Frances le había dejado una nota, garabateada con un bolígrafo de tinta lavable, en la mesa de la cocina debajo de la lista de la compra de Blossom y apoyada sobre la cafetera.

Cuando leas esto ya no estaré aquí. No quiero hablar contigo. No volveré hasta que regreses de la corte. Si el jurado empieza a deliberar hoy, entonces haz lo que puedas por él. Hay una alternativa que no se te ocurrió. Mi mamá y Olivia Mason eran amantes. Grotesco, ¿no?

Creo que lo que me dijiste de Blossom era una sarta de estupideces. ¿Por qué no subiste a mi cuarto anoche? Creo que podría quererte.

Terminaba así. Abruptamente.

11

EDWARD

CARNE

había pasado una noche excelente. Durmió profundamente y se despertó renovado. Estaba bastante contento de no tener que declarar como testigo. Mejor dejar que el fiscal y el defensor se las arreglaran cómo pudieran. Al llegar a la corte aquella mañana sonrió alegremente a todos. Era un hermoso día de verano. Hermoso día para sus admiradores. Y para sus enemigos. Los abucheos que se oyeron cuando el camión celular se detuvo no le molestaron. No sentía resentimiento hacia nadie. Ni siquiera hacia los integrantes del jurado. El hecho de que esa calma pudiera hacerle añicos más adelante no le preocupaba en ese momento. Aunque pudiese pasar lo peor. No le importaba.

Si eso significaba estar loco, entonces era una forma muy serena de locura. Se preguntó cómo habría reaccionado Sócrates cuando le dieron a beber la cicuta. ¿Habría sentido curiosidad por el sabor? ¿El vaso le resultó frío cuando lo apoyó en sus labios? ¿Sintió miedo o su imaginación estaba prolijamente atada, igual que la suya?

Una sentencia de cadena perpetua era una sentencia de muerte prolongada. Ya no transpiraba ante ese hecho. No podía imaginarlo. Su cerebro no construía fantasmas que le ridiculizaran. Dentro de su cabeza todo estaba bajo control. Jocelyn se paseaba por los confines de su pensamiento, pero su imagen era borrosa y sin forma.

Era fácil concentrarse en cosas sin importancia. Aquella mañana se había quedado sin pasta dentífrica y le habían dado una nueva.

No era la marca que estaba acostumbrado a usar. En realidad, era mejor. Con gusto a menta. Refrescante. Se pasó la lengua por los dientes y trató de recordar el sabor.

Hester Allendale, antes de alcanzar el éxito sobre el escenario, hizo un anuncio comercial para una pasta dentífrica. Voz *sexy*. Sonrisa *sexy*. Una encantadora muchacha desconocida. El otro día había ido a la corte vestida de rojo oscuro. La desnudó mentalmente y no sintió ni excitación ni deseo. Ella *sabía* que él había matado a Jocelyn. Así lo dijo. ¡Bravo! Deseaba que girara la cabeza y le mirara, pero Hester mantenía la cabeza vuelta hacia otro lado.

Mc Nair la había mencionado durante la charla que mantuvo con él y con su otro abogado en Brixton el sábado por la noche.

—El testimonio viciado de una actriz atractiva —señaló— causa más impresión que el de aquellos testigos no famosos pero bien intencionados.

Richardson, que hasta entonces se había mantenido en silencio, estuvo de acuerdo con Mc Nair.

—Necesita algún testigo que hable a su favor. Un testimonio honesto de dónde estuvo la noche en cuestión le daría a la defensa cierto fundamento. Tal como están las cosas, la defensa es tan débil como una casa hecha con naipes.

Aquel comentario, aunque real, era falto de tacto. Mc Nair no le dio importancia. Es mejor una casa de naipes que una defensa destruida por la verdad. Fue eso lo que dio a entender con la rápida mirada que le dirigió a Carne.

Más tarde, justo antes de marcharse, Mc Nair parafraseó las palabras del abogado para que Carne le respondiera lo que quería.

—Su negativa a ofrecer una buena explicación le ha causado un daño considerable —dijo con calma—. Pero todavía tiene tiempo de ayudarse. Incluso ahora. Si pudiese dar un nombre, un lugar, cualquier cosa que pruebe que usted no estaba en la casa, dígamelo. Si no puede... —No terminó la frase deliberadamente.

—Lo siento —respondió Carne—. Hagan lo que puedan.

Al escuchar el alegato de Breddon, Carne se dio cuenta de que ese «hacer lo que puedan» tendría que ser algo muy excepcional. El fiscal se estaba dirigiendo a los miembros del jurado con frases claras y tajantes como un director que prepara a los alumnos que están a punto de comenzar un examen. Los integrantes del jurado

debían olvidar los prejuicios y considerar las pruebas con sumo cuidado y frialdad. Comenzó a enumerarlas.

Carne había sido visto en las proximidades del lugar del homicidio aquella noche. Había comprado unas ruedas nuevas en una estación de servicio de la zona para reemplazar las que tenía el Granada. Las cuatro ruedas originales estaban casi nuevas, pero sin embargo se había deshecho de ellas. ¿Acaso previo el hecho de que la policía tomaría como pruebas las huellas de los neumáticos del coche? ¿Fue un acto premeditado?

Luego recordó al jurado el testimonio del médico forense y describió el modo brutal en el que Jocelyn había sido asesinada.

—Debo señalarles que no se halló ninguna ropa del acusado con manchas de sangre durante la pesquisa llevada a cabo por la policía. Pero esta pesquisa se realizó cuatro meses después del asesinato. Hubo suficiente tiempo como para destruir la ropa tal como se destruyeron las ruedas.

Luego pasó a hablar de la llamada anónima.

—Si la mujer no hubiese informado a la policía acerca del lugar donde se hallaba el cuerpo de Jocelyn, habría sido altamente improbable que se hubiese podido hallar.

Su homicida estaría libre. Si esa mujer no hubiese acusado a Carne, no habría habido pruebas de la presencia de Carne en el lugar. —Habló con mucho énfasis—: Si Carne hubiese admitido su presencia y hubiese ofrecido una buena razón para estar allí y hubiese *refutado* la acusación, sería posible creer en su inocencia. Pero él ha elegido guardar silencio. Ustedes se preguntarán quién es esa mujer y qué grado de complicidad tiene en el crimen. ¿Acaso es un accesorio? ¿Un testigo involuntario? Si fuese así, habría informado a la policía de inmediato. Si se trata del primer caso, se puede comprender su prolongado silencio, sin, por supuesto, justificarlo. Permaneció callada durante cuatro meses y luego, por razones que sólo podemos intentar adivinar, ya sea una furia extrema hacia Carne, o tal vez celos, le «vendió». Sepan disculpar este término tan coloquial. En este caso, es más adecuado que la palabra «traicionar». —Breddon cruzó los brazos y miró pensativamente al jurado durante unos minutos antes de proseguir —: Y ahora pasemos al móvil del homicidio. Aquí no tenemos fundamentos sólidos. No puedo asegurar que haya sido por esta o

aquella razón, pero puedo recordarles el testimonio de algunos de los testigos. Como ya saben, Carne tuvo más de una amante. Sus relaciones fueron a veces tempestuosas. Recuerden el testimonio de Hester Allendale. Carne era el padre del niño abortado. No conocemos cuáles eran los sentimientos de Carne. Pero sí sabemos que su matrimonio estaba en crisis. Posiblemente quiso su libertad y su esposa se la negó. Tal vez los ánimos se hubieran exaltado. Quizás hubo una pelea, una entre muchas, pero esta vez llegaron a las manos. Todo llegó demasiado lejos y tuvo un fin trágico. Es la explicación más simple y la más probable.

Carne, mientras oía la áspera voz de Breddon, pensó: «Trágico, sí; simple, no». La tragedia era sinónimo de dolor, pero él seguía sin sentir nada.

—El homicidio doméstico, común y corriente, sucede con mucha frecuencia —prosiguió Breddon—. Es una triste realidad. Un crimen por pasión no puede ser perdonado pero sí comprendido. Cuando hay ocultamiento de cadáver el crimen se vuelve horrendo. Enterrar el cuerpo y luego representar a sangre fría el papel de que se lo está buscando es una conducta sumamente condenable. No olviden tampoco el incendio. Un incendio excelente y total, pero no lo suficiente como para destruir las manchas de sangre de la puerta de atrás. Jocelyn Carne fue asesinada en su casa. No fue asesinada por un extraño en un camino solitario de montaña y luego enterrada de prisa. Fue asesinada en su propio hogar. Fue conducida en su propio coche por un camino de montaña y luego fue llevada en brazos el resto del camino y enterrada en un agujero cubierto de brezos. ¿Creen en realidad que un maniático homicida disfrazado de alpinista o de turista se tomaría todo ese trabajo?

Sonrió irónicamente.

—Éste es un caso muy sencillo y bien claro. No tendrán dificultades en emitir el veredicto. Yo sostengo que Edward Carne asesinó a su esposa, Jocelyn. Fue matada brutalmente en el esplendor de su vida. Luego, Carne continuó conquistando al público en sus programas de «Arcadia»; una especie de sacerdote impostor en un paisaje de inocencia. Un buen y pulcro entretenimiento dirigido por un malvado sin conciencia y sin compasión. Júzguenlo por lo que es.

El alegato de la defensa, pronunciado por Mc Nair, tuvo un tinte más emotivo. Carne, víctima de las circunstancias, acusado equivocadamente. Habló de la falta de pruebas contra él y señaló que el arma asesina no se había podido hallar.

—Si se hubiese encontrado el arma en la casa, él tendría que haber dado cuenta de ello. —Le pidió al jurado que considerara la falta de pruebas—. Las aventuras amorosas de Carne ocurrían desde hacía mucho tiempo. Si hubiese querido casarse con alguna de sus amantes y su mujer no hubiese querido darle el divorcio, ¿creen realmente que en esta época moderna se habría sacado de encima el obstáculo asesinándola? Sin duda se habría mudado simplemente a otra casa con su nueva mujer y la habría hecho su esposa por derecho.

Imploró al jurado que considerara cada aspecto del caso sin prejuicio alguno, que descartara las quimeras y que llegara a la obvia conclusión de la inocencia de su cliente.

—No se puede condenar a un hombre por el simple hecho de haber comprado neumáticos nuevos para el coche. Es imposible probar que lo hizo por una razón siniestra. Respecto a la acusación hecha por la persona que llamó anónimamente, deben considerarla con el desprecio que se merece. No hay ninguna prueba que demuestre la participación de Carne en el homicidio. Quien llamó sabía dónde se hallaba el cadáver. Podría ser ella misma el asesino. Tampoco hay registros de voz que aseguren que fue una mujer la persona que llamó. Señoras y señores, hay muchas cosas en este caso que quedan veladas, incluso la vida privada de Jocelyn Carne. ¿Por qué le resultaba tan atractiva esa casa tan remota? ¿Tenía algún romance con alguien del lugar? Era una mujer de mediana edad, lo suficientemente joven como para entablar una relación amorosa con otro hombre. Una relación que pudo haberse enfriado y terminado violentamente. ¿Acaso es tan difícil creer que su amante la mató y que meses después acusó a Carne del homicidio? Miembros del jurado, es muy difícil cubrir con un manto de culpabilidad los hombros de un inocente.

Habló durante una hora. Era un esfuerzo valiente y, por momentos, esperanzador.

A las doce y media se levantó la sesión. El juez Spencer-Leigh haría el resumen del caso por la tarde y luego el jurado se retiraría

a considerar el veredicto. Les dijo que era conveniente que almorzaran en la corte para evitar el contacto con la multitud aglomerada afuera.

Quinn, haciendo caso omiso de la recomendación, encontró un restaurante en el que nunca había comido anteriormente. Pidió una Coca-cola

y bocadillos de lomo y se aisló de las conversaciones que tenían lugar a su alrededor. La intuición de Mc Nair acerca de la posibilidad de que Jocelyn tuviese un amante había sido cierta, pero se equivocó con respecto al sexo.

Recordó la palabra escrita por Frances en la nota: *grotesco*.

Antes de dirigirse a la corte recorrió las calles durante casi una hora con el fin de encontrarla. Una súplica en el último minuto para que hiciese lo que pudiera por su padre no era suficiente. Si ésa era su manera de decir que él era inocente, entonces lo había demorado maliciosamente. El lesbianismo de su madre la había llevado a un injusto odio hacia su padre. Su actitud no era realista. Se nacía lesbiana; no se hacía. El consuelo que Carne encontraba en los brazos de otras mujeres era fácil de comprender. Frances había confundido el orden. Si ella le hubiese contado todo esto al principio la habría persuadido de que fuese a su casa y se presentara a declarar en favor de su padre.

Pero ¿a declarar qué?

Si Jocelyn había amenazado a Carne con dejarlo por Olivia, ¿no habría sido su odio mayor que si le hubiese amenazado con dejarlo por otro hombre? Una situación poco común pero sin duda aceptable en esta época tolerante en la que las aberraciones sexuales se contemplan con cierta compasión. No merecía el homicidio.

A menos que las hubiese encontrado en la cama y hubiese perdido la calma. ¿Pero no habría ido Olivia directamente a la policía si su amante hubiese sido asesinada delante de ella?

A menos que el asesino haya sido su marido.

¿Se habría quedado callada en vida de su marido y habría llamado anónimamente a la policía una vez que falleció? Pero en vez de acusar a su marido había acusado a Carne. Si así era, ¿por qué lógica retorcida había llegado a la conclusión de que Carne tenía que cargar la culpa sobre sus espaldas? ¿Acaso su mente

funcionaba como la de Frances? ¿Creía que la actitud de Carne hacia Jocelyn había causado una muerte lenta a lo largo de aquel matrimonio infeliz y que aquello era más censurable que el fin violento? ¿O acaso estaba protegiendo la memoria de su marido?

Si así era, ¿por qué Carne no le acusaba? Porque no era más que un accesorio y consideraba que era más seguro negar todo tipo de participación.

O tal vez fue Frances quien mató a su madre. Ella le había dado a entender, pero no lo afirmó, que no estuvo presente. Dijo que su padre le había contado todo acerca del incendio. Pudo haber mentido. Pero no creía que fuese así. Había acariciado la foto de su madre publicada en el periódico con ternura y seguramente si era culpable no habría podido soportar ni siquiera mirarla. Sus sentimientos eran extremistas, a veces casi paranoicos, pero todo su odio estaba dirigido hacia su padre. Si creía que su padre era inocente, representaba una buena dosis de odio permitir que estuviese en el banquillo de los acusados. Si se trataba de un cambio en su corazón producido en el último momento, había llegado demasiado tarde.

Una vez que Carne fuese sentenciado, probablemente para toda la vida, sería muy difícil volver a abrir la causa. Quinn podría detener el juicio en ese momento si declaraba su grado de participación. Podría hablar con el abogado defensor y decirle lo que Frances le había contado. Sólo que no le había contado mucho; nada que pudiera tener peso. Una hija aterrorizada ante la idea de la prisión perpetua de su padre. Así sería como lo vería la mayoría de la gente.

De modo que, ¿por qué bajar la cabeza públicamente y someterse al desprecio de toda la corte cuando sería mucho más fácil pelear junto con el resto del jurado por la absolución?

¿Y por qué luchar? ¿Por qué no dejar que la «justicia» siga su curso? Porque tenía suficiente imaginación como para hacerse una idea de lo que significaba la cadena perpetua. Porque a menudo la justicia era un concepto lunático. Butler lo había resumido no recordaba dónde: «La justicia dicta sentencias muchas veces a un hombre por los delitos cometidos por otro».

Carne pudo haber matado a su mujer, pero ese hecho no se había comprobado y había que encarcelarle de cualquier manera.

No era muy justo.

De modo que liberémoslo.

Pero ¿y si no lo lograba?

Pero ¿por qué pensar en el fracaso? Había varias horas para discutir antes de que terminara el día. Mientras tanto, Spencer-Leigh revelaría sin duda su propia inclinación. Se preguntó qué dirección tomaría el juez.

El resumen de Spencer-Leigh siguió un cuidadoso cursó equidistante. Tenía una voz árida, un tanto pedante y solía recalcar ciertas palabras clave.

Comenzó haciendo un resumen de las pruebas sin dejar de hacer hincapié en que la mayoría de ellas eran circunstanciales.

—Miembros del jurado, en muchos sitios se llegó al veredicto de culpabilidad correctamente sobre la única base de pruebas circunstanciales. El homicidio, por propia naturaleza, es un acto privado, que es escondido cuidadosamente. Pero las pruebas circunstanciales pueden tener suficiente peso como para excluir cualquier otra alternativa razonable. En ese caso se debe probar la culpabilidad más allá de cualquier duda razonable. —Hizo una pausa para dar tiempo al jurado para comprender la importancia de lo que estaba diciendo—. Ahora bien, en el caso de Edward Carne hay un acusador anónimo. Sería una prueba directa si la persona que efectuó la llamada se hubiese presentado a declarar como testigo y hubiese ofrecido detalles del crimen en su carácter de testigo ocular. La animosidad es menos que satisfactoria. —Aquí el juez recordó a los miembros del jurado las teorías opuestas sostenidas por Mc Nair y Breddon respecto al sexo y a las motivaciones del acusador—. Está en ustedes poder dar a cada una de estas teorías el crédito que consideren que se merecen. Sin embargo, hay un factor que no da lugar a controversias: el cuerpo estaba exactamente donde el acusador dijo. La pregunta que ustedes deberán responder en el curso de sus deliberaciones es si fue Carne o no quien lo puso allí.

Consultó sus notas antes de proseguir.

—Según las palabras de su productor, Carne era un profesional de gran dedicación que no habría dejado su trabajo de filmación sin

terminar, de no haber sido por una razón urgente. Carne no le dio ninguna explicación. Partió rápidamente y se dirigió al norte. Esto ocurrió el 3 de agosto. En la mañana del 4 de agosto estuvo en la estación de servicio de Weston, a poca distancia de la casa de campo, y regresaba a Londres. En aquel momento, la casa ya estaba destruida y Jocelyn asesinada. Lo que ustedes deberán decidir es qué ocurrió durante aquellas horas cruciales antes de emprender el camino de regreso. Si hubiese estado en el lugar y era inocente, ¿se habría marchado sin notificar a la policía la muerte de su esposa? ¿O fue a la casa y partió antes del asesinato? Cuando buscaba el cadáver, ¿sabía dónde estaba? ¿O acaso buscó el cuerpo con total inocencia? ¿Por qué fue acusado de la muerte de su esposa por una llamada anónima si no tuvo ninguna participación? ¿Por qué decidió no prestar declaración ni negar la acusación? Éstas son preguntas que también deben considerar.

Antes de continuar le dirigió una breve mirada a Carne.

—Hay un punto muy importante que el abogado defensor mencionó: no se ha encontrado el arma asesina. Si hubiese sido de otra manera, todo habría resultado más sencillo. No existe ninguna prueba tangible que les pueda ayudar... en uno u otro sentido. Con respecto a que no se encontraron ropas manchadas con sangre, ¿creen que Carne se habría detenido en la estación de servicio si hubiese tenido la ropa manchada?

»Con respecto a los neumáticos, el abogado defensor señaló que tal vez los compró sin ningún motivo ulterior. Podría ser. Si ése es el caso, entonces es una lástima que Carne no guardara las ruedas originales en el coche, ni que fueran encontradas durante la investigación hecha en su casa. Eso podría haber demostrado que el coche de Carne no estaba aparcado en el sendero de la casa la noche del homicidio.

»Ahora llegamos a la cuestión del móvil. —Meneó la cabeza y frunció los labios—. La naturaleza humana es imponderable. Es imposible saber cómo reaccionaría Carne ante ciertas circunstancias. Los testigos han hablado mucho acerca de su carácter y me refiero específicamente al testimonio de Hester Allendale. No hay que tomar muy seriamente su explosión cargada de animosidad por la cual acusó a Carne del homicidio. En cambio, la llamada anónima es muy distinta. Eso sí deben considerarlo con

suma seriedad.

Pasó revista una vez más a los puntos más salientes del caso y dio por terminada su intervención con una recomendación muy solemne:

—Está en sus manos juzgar los hechos a la luz de todo lo que han escuchado en el transcurso del juicio. Recuerden que la culpabilidad de Carne debe quedar demostrada a plena satisfacción antes de poder emitir el veredicto de culpabilidad. Un veredicto de inocencia no requiere esa prueba. Deben esforzarse por alcanzar un veredicto unánime. Tengan presente durante sus deliberaciones que sea cual sea la conclusión a la que lleguen no están ejerciendo el poder judicial sobre el acusado. Las consecuencias de su veredicto no deberán perturbar sus conciencias. Ahora debo pedirles que se retiren a la sala del jurado para considerar cuidadosa y objetivamente todas las pruebas existentes.

Carne, aún muy sereno, escuchó atentamente el resumen hecho por el juez. Por primera vez, dejó que sus ojos se detuvieran en cada uno de los integrantes del jurado. Se preguntó qué pensaban de él, aunque en realidad no le importaba demasiado. Y pensó en sus mentes ocupadas en tratar de descifrar trozos de información... la mayoría de ella, falsa.

CRIMEN & CIA.



EL VEREDICTO

12

POCO ANTES DE LAS TRES prestó juramento el alguacil del jurado:

—Juro que mantendré a los miembros del jurado en un lugar aislado y conveniente. No permitiré que nadie les hable ni yo hablaré con ellos sin autorización de la corte, salvo para preguntarles si ya se ha decidido su veredicto. Que Dios me ampare.

Durante los primeros minutos después de que el alguacil les acompañara a la sala de deliberaciones, los miembros del jurado se quedaron de pie en el umbral como viajeros inspeccionando una isla hostil. El haber sido depositados allí era el resultado inevitable del viaje. Durante la semana anterior la mayoría de ellos había tratado de imaginar aquel lugar. Era más o menos lo que esperaban, pero la realidad agregaba a la imaginación una arista de frialdad. Para consternación de todos, ahí estaba la sala. Algunos querían dar media vuelta y salir de allí. Simplemente alejarse. ¿Estaba cerrada la puerta con llave? Con alivio, observaron que había un baño.

Había una gran mesa central con sillas dispuestas prolijamente a su alrededor. La mesa dominaba la sala. Quinn, al mirarla, recordó de pronto las odiosas cenas de los días de su opulenta juventud, cuando los invitados constituían un grupo mucho más heterogéneo que este otro. Al profesor Leary le recordó los encuentros del comité universitario y de inmediato decidió hacerse cargo de la situación. Debía haber un presidente y no halló a ningún otro que estuviera a la altura de desempeñar ese papel. En el extremo de la mesa había una silla. Se sentó.

—Mi amigo, el de las piernas largas —dijo Quinn señalando a

Jacobson—, necesita espacio para ellas. Sugiero que le ceda esa silla a él.

Jacobson, sumamente incómodo, dijo que no deseaba en absoluto la silla de honor; simplemente quería situarse en algún lugar de la mesa donde no estuviese muy apretado.

—No hay ninguna silla de honor —señaló Quinn—. El presidente es simplemente el portavoz de todos nosotros. Ya que todavía no hemos elegido a ninguno... Siéntese, hombre, donde esté cómodo.

Leary se puso de pie.

—Por supuesto.

Jacobson se sentó y sonrió con malicia, como lo haría un dueño de un bar que acaba de echar a la calle a un cliente ebrio y revoltoso. Nadie advirtió que la sonrisa era, en verdad, conciliadora. Se sentía sumamente turbado. Durante el transcurso del juicio había vivido un clima de violencia, y se sentía feliz cada vez que se iba apresurado por las noches para refugiarse en su mujer y sus hijas. No sentía ninguna afinidad con los otros miembros del jurado. Le preocupaba el hecho de si sería posible ponerse todos de acuerdo. Él no tenía ninguna duda de que Carne había matado a su mujer. Era un crimen espantoso matar a la mujer que engendró a los hijos de uno. O, en ese caso, a una hija ausente. Si por alguna razón sus hijas le llegasen a dar la espalda, él no querría seguir viviendo.

—Por lo menos no le llevarán a la horca —dijo Peter Lomax al tiempo que se sentaba en una silla situada en la mitad de la mesa—. Una vez, en uno de los viajes que hice al Oriente Medio para comprar alfombras presencié una ejecución pública. No fue mi intención verla. Lo que pasó fue que el gentío me arrastró hasta el lugar. Le decapitaron. Muy sangriento. Claro que fusilar es peor. No tiene la misma precisión. Pero, sin duda, la horca es lo peor de todo.

Hablaba a mucha velocidad y con voz nerviosa. Algunas de las mujeres de más edad escucharon consternadas. Ya era hora de dedicarse a lo importante. No estaban sentados alrededor de la mesa para tomar el té en la mejor porcelana mientras el vicario del lugar discutía asuntos parroquiales. Se preguntó quién haría las veces de presidente. Si se lo ofrecían a él, lo rechazaría.

—¡Qué hombre más desagradable! —le susurró Irene Sinclair a Selina Mc Kay—. Si la muchedumbre te arrastra, tratas de encontrar una salida y si no puedes, aprietas los dientes y cierras los ojos. O los abres y gritas: «¡Paren!». Pero no traes tus terribles recuerdos a la sala donde se debe tomar una decisión irrevocable. —Irene deseaba estar más serena, menos sujeta a emociones. Hasta ese día se había sentido estimulada por el juicio. Siempre tenía algo interesante para contarle a su hermana cuando volvía a su casa. Por otra parte, Cornwallis le había resultado útil con su proyecto para instalar un nuevo baño y con los discos con cantos de pájaros que tanto le gustaban a Cleo. Se sentía agradecida hacia Carrie por haberle ampliado el horizonte. El hecho de que en ese momento se le pidiera que arrasara con el horizonte de Carne o que lo dejara libre y que así pudiese volver a matar era una responsabilidad demasiado grande. No se creía capaz de asumir semejante tarea y empezó a sentir dolores en el cuerpo.

Selina, sin saber si debía darse por aludida o no con respecto al comentario, decidió ignorarlo. Su mente se hallaba en estado caótico. Su marido la había llamado la noche anterior para decirle que se quedaría unos días más en Bruselas. Se había encontrado con un colega en la conferencia de médicos que había sido su compañero en Bart y le había convencido para que hicieran de esa ocasión un encuentro social. Haydon le dijo que si ella no hubiese estado ocupada en el juicio, podría haber viajado para reunirse con él. El hotel era excelente. En el curso de la conversación resultó que ese colega era una mujer, Clare o algo así. Una relación puramente profesional. Haydon se había encargado muy bien de aclararlo. En ese momento, al mirar a Quinn, Selina decidió no creerle. Era agradable no sentirse abatida, ni siquiera preocupada en lo más mínimo. Su conciencia, cuidadosamente enjaulada durante años, agitaba sus alas esperanzada contra los barrotes.

—Una experiencia muy desagradable para usted —le respondió Quinn a Lomax—, pero muy rápida para la víctima. ¿Alguna vez pensó lo que es estar sucio de orina todos los días de su vida?

Todos se sentaron. Quinn estaba al lado de Leary y podía sentir el desprecio que el profesor sentía hacia él. Leary volvió a recordar la muerte de su gato. De muy buena gana habría colgado a Quinn.

—¿Usted está de acuerdo con la pena de muerte? —le preguntó

suavemente.

Quinn no estaba de acuerdo. Él estaba de acuerdo con la libertad. La libertad de vivir o de morir. Los culpables debían tener la posibilidad de elegir. Sin embargo, no era conveniente discutir sobre la ética del castigo judicial, sobre todo porque esperaba poder absolver a Carne.

—El castigo —dijo— presupone culpabilidad. Estamos en esta sala desde hace pocos minutos. Estamos reunidos para pesar las pruebas y no para sacar conclusiones indefendibles.

—Un veredicto de culpabilidad no es necesariamente indefendible —contestó Leary—, pero coincido en que sería muy injusto llegar a una decisión apresurada sin una reflexión profunda y seria. —Su mirada recorrió los rostros de cada uno de los miembros del jurado, con excepción del de Quinn a quien ignoró por completo. Era un ardid típico de un profesor. Los ojos se tropezaron hipnóticamente con otros ojos y exigían atención. Esa gente era como un rebaño de ovejas en una colina: debía organizarse en hilera al son de un silbido.

Volvió a intentarlo.

—Necesitamos un presidente del jurado. Tal como el señor Quinn señaló, el presidente es el portavoz de todos. Pero tiene además otras funciones que ayudan en situaciones como éstas. Probablemente no sepa tanto como ustedes acerca del aspecto legal del caso Carne. No tengo experiencia en cortes de justicia. Pero como profesor estoy capacitado para presentar los temas de discusión y para guiar el debate. Si aceptan mi colaboración en esta triste tarea, la prestaré de muy buen grado.

—Yo también —dijo Quinn. Los años lo retrotrajeron a la época de las clases de Leary. Le invadió un irresistible impulso de imitarlo—. La vida académica —dijo pensativo—, no puede considerarse un espejo de la cruda realidad a la que hemos hecho frente en la corte. En mis largos años como periodista he visto la vida tal cual es. Me formé para registrar lo que veía. *The Times* me dejó en paro por cuestiones económicas, pero lo que aprendí allí tiene una gran utilidad práctica. Señoras y señores, estoy a su servicio, si así lo desean.

Selina rió entre dientes.

La boca de Quinn se curvó hacia abajo con solemnidad cuando

la miró y vio sus ojos que se iluminaban divertidos.

Luego pensó en Frances y volvió a ponerse serio.

—¿Por qué no votamos? No importa quién haga las veces de presidente, pero si seguimos discutiendo no iremos a ninguna parte.

Quizá la imitación burlona que hizo de Leary fue lo que le quitó el favor de algunos de los integrantes del jurado. El humor era impropio en una circunstancia así. O quizás el problema era su aspecto. Aquella mañana había estado muy ocupado buscando a Frances como para preocuparse por su aspecto. Habría causado mejor impresión si no se hubiese puesto sus tejanos y una camisa a cuadros con el cuello abierto. Se había afeitado de prisa. Blossom le cortaba el pelo de vez en cuando con total falta de pericia. Ya estaba largo otra vez. Su voz revelaba su estrato social, que molestaba a algunos; era algo sobre lo que no podía hacer nada. Era un acento pulido a la perfección. En cambio, la pronunciación irlandesa de Leary daba a su dicción un cierto encanto; resultaba independiente de cualquier clase social. Estaba vestido formalmente: traje gris, camisa rayada blanca y gris y corbata de color rojo oscuro. Cumplía con los requisitos necesarios para ocupar el cargo.

Colin Middler distribuyó los papeles y los lápices que estaban sobre la mesa de al lado y aceptó contar los votos. Dio su voto a James Cornwallis por ninguna otra razón que porque los dos trabajaban con sus manos. Cornwallis arreglaba baños. Él arreglaba pies.

Cornwallis votó por Irene Sinclair porque le había recibido muy bien en su casa y porque a ella le gustaban sus discos de cantos de pájaros. Era una mujer inteligente a la que la vida había contrariado y ser presidenta del jurado sería una compensación.

Selina votó por Quinn.

Elaine Balfour también. A ella le gustaba por razones que no podía explicar. Tal vez tenía algo que ver con su inconformismo. Quinn le resultaba tan revitalizante como una máscara de oxígeno en un ambiente enrarecido.

William Dalton dio su voto al enorme simio, como llamaba para sí a Jacobson. Había algo básico en él. Le imaginaba atravesando bosques antiquísimos donde los reptiles festoneaban los árboles y se enroscaban en la maleza. Era la clase de hombre que sería amable

con sus víboras.

Sarah Gayland votó por Quinn para fastidiar a Leary. El profesor tenía un aire de autoridad y mojigatería que la exacerbaba. Le recordaba al padre de Trina, un pastor inconformista, a quien había conocido brevemente después de mudar las cosas del novio de Trina. Él había dicho a las dos jóvenes que observaran sus corazones atentamente, pero que se guiaran por sus cabezas y añadió, en una actitud poco halagüeña, que el Señor sembraría sabiduría en el ignorante como semillas en una tierra árida.

—Es una caricatura —le dijo Sarah a Trina con bastante falta de tacto—, todos los clérigos que conozco usan barba y tocan la guitarra.

—Ellos también son caricaturas —le respondió con tristeza Trina—. Todos son caricaturas.

Al decir eso, cruzó los dedos subrepticamente por si Dios se ensañaba con ella. Trina evitó a los hombres y votó por Irene Sinclair. Su padre lo aprobaría.

Jacobson, después de meditarlo bastante, votó por el profesor simplemente porque era un profesor. No estaba seguro de que fuese una buena razón, pero Quinn no le daba la impresión de ser una alternativa más apropiada. Irene Sinclair le dio el voto a Leary también por la misma razón. Peter Lomax estuvo considerando la respuesta de Quinn con respecto a la anécdota que contó sobre la ejecución. En su tono de voz había percibido un dejo de crítica, mientras que el profesor se mantuvo callado. Votó al profesor.

Leary votó por la niña, como consideraba a Trina Thompson. Sería un voto bien perdido.

Quinn votó por Selina y deseó por el bien de ella que nadie más la votara. Supuso que Leary ganaría por amplia mayoría y se alegró de que los votos se hubiesen distribuido entre todos y que el profesor y él obtuvieran tres votos cada uno.

—Como nadie ha otorgado crédito mayoritario a ninguno de nosotros —dijo—, sugiero que nos olvidemos de todas estas tonterías y prosigamos con lo importante.

Leary no estuvo de acuerdo e insistía en que se levantara la mano. Esta vez ganó: ocho a cuatro. El único voto que Quinn reclutó fue el de Cornwallis. A Cornwallis no le gustaba Quinn, pero menos le gustaba el profesor. Se preguntó si alguno de los dos le

había votado a él pero supuso que era altamente improbable. Antes de que alguien hiciera uso de la palabra, rompió el silencio para decir:

—Estamos aquí para pensar en Carne. No en uno de ustedes.

Era agresivo, pero sincero.

Quinn le miró con ojos de aprobación. Aquel voto reclutado valía la pena, en apariencia.

A Leary le habría gustado que la sala hubiese estado equipada con una pizarra. Solía usar una en sus clases. De esa manera podría escribir los pros y los contras con tiza y separarlos con una línea en medio. Allí tenía que arreglarse con hojas de papel y un lápiz para cada uno. Sugirió que cada uno de los integrantes del jurado escribiese en dos hojas las *pruebas concretas* y las *pruebas circunstanciales*.

—Señoras y señores, de este modo veremos todo con más claridad. Para ayudarles en esta tarea, les recordaré los hechos. Quizá prefieran enumerarlos a medida que los nombro. Uno: se sabe que Edward Carne estuvo en la casa la noche del crimen.

Quinn pensó: «Yo sí lo sé, ustedes no. Tampoco lo sé positivamente. Frances sólo me dio a entender que su padre estuvo presente. Pero no lo dijo claramente».

Decidió discutir ese punto.

—Puede ser qué Carne haya estado en la casa pero no fue comprobado. Si quieren escribirlo, entonces tenemos que escribirlo en la hoja de las pruebas circunstanciales. Yo lo pondré ahí. Les recomiendo que hagan lo mismo.

La voz de Leary se quebró.

—Hubo dos testigos que confirmaron su presencia.

—Lamento tener que contradecirle. Pero el veterinario no atestiguó.

—No me refiero al veterinario. El pastor le vio y el panadero vio el coche de Carne en un recodo del camino cerca del pueblo. Estaba con una mujer.

—El panadero *creyó* verlo. Mc Nair puso en ridículo su testimonio.

Leary frunció el entrecejo. Se preguntó si Quinn sostenía eso por el simple hecho de oponerse a él o si realmente creía en la inocencia de Carne.

Quinn intuyó la pregunta tácita y comprendió que se requería mucha cautela. Si en verdad quería beneficiar a Carne de alguna manera, habría que convencer al resto del jurado con la fría lógica... si es que eso era posible. Al menos tendría que intentarlo. De modo que era mejor tomar las cosas con calma.

—Lo que es un hecho indiscutible es que Carne estuvo en la estación de servicio —dijo—. Hizo una compra. Una prueba de ello es su tarjeta de crédito. A eso llamo yo una prueba concreta. Si sugieren escribir eso, estoy de acuerdo.

—Coincido en ponerlo pero más adelante —repuso Leary—. Antes quisiera aclarar que no descarto la prueba del pastor y del panadero. El testimonio del pastor fue enfático y muy creíble. El panadero se mostró menos definitivo bajo la presión del interrogatorio, pero no veo ninguna razón para no creerle. ¿Qué opinan los demás?

La respuesta fue vacilante y poco clara. Algunos ni siquiera respondieron.

Quinn comprendió que sería difícil hacer que las otras once personas colocaran esa prueba donde él la colocaba, sobre todo porque su afirmación no estaba basada en algo sólido... *La ley puede declararle inocente.* ¿Acaso Frances lo había dicho así a propósito para ser ambigua? Se preguntó si ella ya sabría que el jurado estaba deliberando. Seguramente lo comentarían en la radio. También redactarían alguna nota en los programas periodísticos de televisión de la noche junto con el veredicto de culpabilidad, a menos que él pudiese lograr que se produjese un milagro. Con más calma de la que tenía, volvió a explicar su punto de vista en favor de Carne.

Al cabo de una hora, las pruebas circunstanciales fueron creciendo, mientras que las pruebas concretas sólo avanzaron un punto: la llamada acusando a Carne.

Quinn hizo todo lo posible para quitarle credibilidad.

—Todos tenemos enemigos —dijo con cierta razón—. Carne tal vez más que la mayoría. No olviden que es un hombre público. Es un blanco permanente de atención. Supongamos que Jocelyn Carne hubiese sido asesinada por un homicida desconocido. A los pocos meses hace la llamada telefónica para involucrar a Carne. Ésa es la teoría de Mc Nair. ¿Acaso es tan difícil de creer?

Dalton tomó la palabra.

—¿Y el silencio de Carne? —preguntó brevemente—. No quiso prestar declaraciones.

—El silencio a veces es bueno —murmuró Cornwallis con sinceridad—. No sabemos cuál es la razón que tiene para guardar silencio. A veces es más aconsejable no decir nada.

Acababa de tener una pelea con la Dirección Impositiva sobre el mercado negro y estaba perdiendo. Cornwallis estaba convencido de que si hubiese tenido cierto cuidado, no habría declarado ninguno de sus bienes. El tratar de alcanzar una cifra razonable no le había beneficiado en absoluto.

—La cabeza de la señora Carne estaba destrozada —observó Jacobson con tristeza. Era la primera vez que hablaba—. ¿Cómo puede un hombre usar su fuerza para destruir así?

Era una condena general a toda clase de violencia.

—Puede hacerlo y lo hace —interrumpió el profesor Leary abruptamente—. El fiscal demostró a mi plena satisfacción que el hombre en cuestión es Carne.

—Pero no a la mía —dijo Quinn empapado en sudor. Se levantó las mangas de la camisa—. ¿Les importa si abro la ventana?

Uno o dos murmuraron entre dientes que la abriera. La sala se estaba volviendo agobiante. Quinn abrió un batiente de la ventana. Si entraba aire frío no lo notarían. Volvió a ocupar su puesto.

—Muy bien. Exponga su improbable teoría —le invitó Leary—. Un psicópata entra en la casa... Continúe.

—Al usar la palabra «psicópata» —respondió Quinn—, usted está englobando tanto el móvil como el método. Si leyera la prensa, se daría cuenta de que esa clase de asesinato ocurre con mucha frecuencia.

—Jocelyn Carne fue vista en la confitería del pueblo con Mason —recordó Lomax—. Tuvieron una pelea. Allí puede estar el móvil.

—¿Qué móvil? —La voz de Leary resultaba expresiva—. ¿Está queriendo decir que Jocelyn Carne y Mason mantenían relaciones?

—Es posible. Y esa relación pudo haberse enfriado por alguna razón.

—¿Un hombre mayor y frágil, con un corazón débil, involucrado en un crimen de violencia? ¡Vamos!

—Era un hombre de unos treinta años —intervino Quinn— y tal vez más robusto de lo que se dio a entender.

Fue demasiado tarde cuando descubrió que se suponía que él no debía saber eso.

Leary lo miró fijamente y llegó a la conclusión de que era mentira. Estaba cada vez más seguro de que Quinn estaba demostrando su animosidad hacia él al ponerse siempre en su contra. Como estudiante, había sido muy indisciplinado. En su madurez, no había cambiado en absoluto.

—Mason está muerto —dijo Middler—. Si Carne supuso que él mató a su esposa, ¿por qué no lo dijo entonces?

—Exacto —le apoyó Leary—. Si las pruebas concretas son poco fiables, entonces coincidamos en que hay numerosas pruebas circunstanciales y que todas señalaban a Carne como culpable. Tuvo una relación estrecha e irrefutable con Hester Allendale. Ésa es la aventura amorosa que debemos considerar. La obvia. Ella abortó. Tal vez querían casarse. Jocelyn estaba por medio. Es el típico caso de homicidio con motivaciones sexuales. Estoy seguro de que la mayoría de ustedes coincide conmigo. Creo que ya es hora de que votemos. Levantemos la mano.

Era demasiado pronto como para votar pero Quinn no podía impedirlo. Si éste era el final de Carne, ¿qué le diría a Frances? ¿Me peleé durante una hora o más pero no quisieron escucharme?

—Si van a quitarle la vida a un hombre —dijo—, y ésta es mi interpretación de la cadena perpetua, entonces debemos estar seguros de que lo que estemos haciendo está bien. Yo no estoy seguro. En el punto en que nos hallamos, hasta que me convenzan de lo contrario, no creo que se haya demostrado su culpabilidad. Todos los que opinen como yo que levanten la mano.

Levantó la suya. Selina la levantó y Elaine Balfour también. Después de dudar un poco, Trina Thompson hizo lo mismo. No le gustaba pertenecer a la minoría, pero la frase «No matarás» le asaltó la mente. Su mano vaciló al recordar que Carne no sería ejecutado y que el cadáver era el de Jocelyn Carne. Decidió dejar la mano levantada porque Quinn ya la había visto y era muy incómodo tener que bajarla. El rostro se le encendió.

Quinn le sonrió.

Eran ocho contra cuatro. El debate continuaría.

A las cinco, el alguacil de la corte trajo una bandeja con té, café y varios bocadillos. Los miembros del jurado, felices por la

interrupción, procedieron a servirse.

Elaine Balfour recordó los téis servidos en el campo durante la época de la cosecha. Grandes cantidades de pan casero y jamón curado en casa. Trabajo duro. A veces, gratificante. Se adaptó al medio lo mejor que pudo. Estaba convencida de que su deber como esposa era adaptarse. Jocelyn Carne no había apoyado mucho a su marido cuando su carrera cambió el estilo de vida familiar. Aislarse en la casa de campo era buscarse problemas. Carne, culpable o inocente, se merecería cierta comprensión; de modo que había que darle el beneficio de la duda, por lo menos por el momento.

Selina, insegura de los motivos por los que había votado a favor de Carne, intentó racionalizarlos. Sabía que estaba profundamente influida por el hecho de que Quinn le creía inocente. ¿En qué se basaba? En nada concreto. De modo que, ¿por qué coincidía? Leary sostenía argumentos más persuasivos. Pero no eran necesariamente los correctos. Nada podía probarse, de manera que, ¿por qué coartar la libertad de un hombre? Después de todo, era deber de la fiscalía probar la culpabilidad de Carne más allá de toda duda y no estaba segura de que Breddon lo hubiese logrado. Su comprensión no era para con Carne ni Jocelyn. Era como el péndulo de un reloj parado, atascado en la mitad, pero más inclinado a moverse a favor de Carne de la mano de Quinn como guía. Le molestaba el hecho de que fuese la mano de Quinn. Tenía que lograr disociarse de él y sacar sus propias conclusiones.

Irene Sinclair atravesaba una crisis de duda diferente. Había votado como la mayoría sin estar completamente convencida de que estaba haciendo lo correcto. ¿Cómo se podía saber cuál era la verdad en ese caso? ¿Por qué estaban ella y toda esa otra gente, común y corriente, complicadas en una situación tan fastidiosa? No sabían leer la mente de las personas. Desde un punto de vista intelectual, veía a Carne como culpable. Desde una óptica emocional quería considerarle inocente. La vida de Irene, desde que se jubiló, se había visto inhibida por las circunstancias. Estaba acostumbrada a reprimir sus sentimientos. Los argumentos de Leary eran más analíticos y fríos que los de Quinn, por lo que coincidía con este último... tal vez equivocadamente. Se preguntó qué pensaban los que habían votado como ella. Los observó con curiosidad, La mayoría había votado culpable y no tenía cargo de

conciencia. El único veredicto de culpabilidad motivado por emociones fue el de Dalton. Tenía que hacer el esfuerzo de recordar que la esposa de Carne no había sido decapitada, que la cabeza era sólo un modelo. Aun así, los golpes la habían herido gravemente. El hecho de ver aquella cabeza desató en él recuerdos que le lastimaban. Una vez más estaba transitando un paraje violento de brutalidad, de homicidios sin sentido y tenía pesadillas. La noche anterior soñó que uno de sus reptiles se enroscaba en la garganta de Carne como el lazo de un verdugo. En ese momento había sentido una profunda satisfacción.

Después de la interrupción, durante la cual la conversación resultó inconexa, no fue fácil volver a tratar el asunto que tenían entre manos. Cornwallis molestó a todos al sacar su pipa y llenarla con tabaco fuerte. Sarah Gayland, que estaba sentada a su lado, le dijo que ese olor la descomponía. Él replicó que había otras cosas que le descomponían a él, inclusive cazar animales. La falta de humanidad entre los hombres no era nada comparada con la falta de humanidad del hombre hacia los animales. ¿Qué pensaba ella de la vivisección, entonces? Sarah, le dijo que a ella no le importaba. En ese momento tampoco le importaba Carne.

—Ese humo me está matando.

«Es mejor esto a que le muelan a golpes la cabeza», pensó Cornwallis irritado. Sin embargo, apagó la pipa. Después de cada comida, solía dormir o fumar. Como no podía hacer ninguna de las dos cosas deseó que la discusión terminara pronto.

El profesor Leary también lo deseaba. Informó a los miembros del jurado que hacía tres horas que estaban deliberando y que ya era tiempo de que llegaran a una decisión.

—Empecemos punto por punto, desde el principio —dijo—. Pero esta vez consideraremos la personalidad de Carne. Un hombre de emociones ambivalentes, ¿no creen? Ambicioso. Inestable. Un hombre de familia con intereses sexuales fuera del núcleo familiar. Supongo que han observado su actitud en el banquillo de los acusados. Era como si estuviese en un palco de teatro mirando el espectáculo de otro.

Quinn le interrumpió.

—Si fuese un desequilibrado mental, habría habido testimonios psiquiátricos por parte de testigos expertos. Está sereno porque es inocente.

—Ésa es su opinión.

—No soy el único que opina de esta manera.

Leary esperaba que con el tiempo fuese así. Continuó con el estudio de la personalidad de Carne, poniendo énfasis donde le convenía. Un hombre con ciertos defectos de personalidad puede, bajo presiones grandes, llegar a asesinar. Una amante como Hester Allendale tampoco debe de ser fácil. Sin duda hubo momentos difíciles entre ellos.

Quinn escuchaba con las cejas levemente levantadas. Era consciente de que Leary y él estaban representando a la fiscalía y a la defensa. Algunos integrantes del jurado ya estaban aburridos e irritados.

Quinn sugirió durante una pausa en la retórica de Leary que se abriera el debate de otra manera.

—Si tal vez nos levantamos de esta mesa y formamos grupos reducidos... Digamos tres grupos de cuatro... podremos hablar con más libertad.

Leary lo dudaba pero fue lo suficientemente sensato como para no oponer ninguna objeción. Cuando los grupos académicos se separaban para debatir, casi siempre terminaban intercambiando datos para las carreras de caballos o insultando al orador. Dijo que les daría media hora.

—Tomaremos el tiempo que sea necesario —dijo Quinn secamente.

Y al decirlo, reclutó a Jacobson. Era una de sus frases favoritas cuando sus hijas practicaban piano. «Tomaos todo el tiempo que sea necesario», solía decirles «para tocar *bien* esa pieza».

—Debemos hacer las cosas bien —dijo Jacobson dirigiéndose a Quinn—. Sin lugar a dudas. —Empujó su silla—. ¿Puedo unirme a usted?

—Encantado —respondió Quinn.

A las siete de la tarde los grupos se habían formado y vuelto a formar muchas veces y Leary los convocó otra vez a la mesa central para levantar las manos. Esa vez Jacobson se unió a Quinn a quien había seguido de grupo en grupo. Selina, Elaine y Trina

permanecieron fieles, lo cual dio como resultado siete contra cinco. Leary, sintiéndose como un futuro miembro del parlamento en plena campaña electoral, logró ocultar su ira.

Fue Middler quien perdió la cabeza.

—¡Por Dios! —explotó—. ¿Cuánto tiempo más durará esta farsa? Miró furioso a cada uno, con la cara encendida de ira.

Nadie le respondió. Todos sentían cierta comprensión. La atmósfera de la sala se estaba volviendo cada vez más hostil. Todos los miembros del jurado que habían intercambiado bromas durante el juicio se negaban a hablar a causa de la fatiga. Aquellos que no compartían el mismo punto de vista estaban locos o decididos sádicamente a hacer que el otro sufriera.

Quinn rompió el silencio.

—Piensen en Carne que está pensando en nosotros —dijo rápidamente. Tomó el lápiz y miró a Leary—. ¿Continuamos?

13

CARNE no quiso jugar la segunda partida de ajedrez con uno de los guardias y subrepticamente se dedicó a punzarse la piel de la muñeca con un pequeño alfiler. Su piel podía sentir el dolor. Pero no demasiado. Estaba emocionalmente entumecido. Dejó de pincharse y dio la vuelta al puño de la camisa para que no se vieran las manchas de sangre. Todos eran muy amables con él. Era como esperar fuertemente sedado fuera de la sala de operaciones a que le llamaran para entrar. O como esperar noticias de un pariente que ya estaba en la sala de operaciones y que sería devuelto vivo o muerto.

Un pariente por el que ya no se preocupaba.

Deseaba comportarse de un modo más normal. ¿Qué le sucedía? Jocelyn, siempre la más fuerte en las crisis familiares, casi nunca mostraba sus sentimientos. En ese momento habría aprobado su actitud.

Recogió el periódico de la noche que le habían permitido leer. La frase *CARNE - JURADO DELIBERA*

CASO

EL

estaba impresa, y debajo: *Se espera el veredicto esta noche*. El interés que despertó en él era como si estuviese leyendo algo acerca de otra persona.

Poco después de las nueve, el guardia principal le comunicó que el jurado pasaría la noche en un hotel.

—Siempre es un buen síntoma —le dijo alegremente— que no

puedan ponerse de acuerdo.

—¿Ah sí? —contestó Carne—. ¡Qué consuelo! —Dobló el periódico y lo apoyó sobre la pequeña mesa de madera—. ¿Me llevan de vuelta a Brixton?

Los ojos del guardia se detuvieron en la muñeca ensangrentada.

—¿Se lastimó?

—Un granito —explicó Carne.

—Si le ofrecen una pastilla para dormir, tómela. Necesita descansar bien esta noche.

Carne le dijo que hacía varias noches que dormía muy bien. Luego le agradeció con mucha amabilidad su preocupación.

—Todos han sido muy atentos conmigo.

El guardia le miró con curiosidad, sin poder hallar una respuesta.

Mientras Carne cenaba en Brixton —un pastel de carne poco apetitoso con patatas—, los miembros del jurado no lo pasaban mucho mejor en el hotel. El menú consistía en un plato de sopa, seguido por una variedad de carnes frías y una ensalada verde. La llegada de doce comensales que vinieron a alojarse sin previo aviso no era seguramente la razón para que les atendieran tan mal. La comida se sirvió en un reservado, lejos del área del público.

—Así es como te atienden cuando viajas de excursión —le comentó Cornwallis a Irene Sinclair, que se hallaba frente a él—. Te juntan como si fueses parte de un rebaño y te sirven una comida, espantosa. Si uno va con un grupo que tiene un objetivo especial, es un poco mejor. Una vez fui a la isla de Syke para ver pájaros. Esa excursión estuvo bien. No puedo quejarme.

Irene contestó vagamente que sin duda debía de ser así. Jamás había viajado de excursión. Cornwallis le preguntó si estaba preocupada por haber tenido que dejar sola a su hermana toda la noche. No, no estaba preocupada. Como había previsto que eso podría suceder, arregló que una vecina pasara la noche con su hermana. Una de las asistentes sociales de la corte había llamado a su casa para confirmar si la vecina había llegado. Sí, ya estaba allí.

El estar aislados de todo contacto con el mundo exterior ofrecía dificultades que las autoridades conocían. Aquellos que vivían solos

no presentaban problemas a menos que tuvieran animales. Cuando Dalton mencionó a sus reptiles hubo cierta consternación. Pero él explicó que una boa constrictor era tan mansa y compañera como un gato amaestrado. Sin embargo, le había dejado mucha comida aquella mañana antes de salir para la corte. Estaría bien esa noche y a la mañana siguiente. Pero si el debate llegaba a establecer un récord y duraba varias semanas, entonces el zoológico se encargaría de cuidarle la boa durante un tiempo. Sus otros reptiles, más pequeños, no presentaban problemas para su alimentación. Tal vez los podían hacer llegar hasta la sala de deliberaciones. No lo dijo con intención de resultar jocoso. De lo contrario, no tardarían en descubrir que vivía en un apartamento municipal y su apacible vida junto a sus víboras terminaría. Si llegaba a ocurrir algo así, entonces Carne sería el responsable. Durante el último debate de la noche había hecho todo lo posible para que la mayoría emitiera el voto de culpable.

Middler, avergonzado de su arrebató de ira, había pronunciado una o dos palabras suaves de apoyo antes de sumirse en un silencio arisco. Como supuso que el juicio terminaría ese mismo día había concertado hora para atender a varios pacientes en su consulta. Si hubiese tenido alguna duda de la culpabilidad de Carne, no se habría sentido tan enojado; pero no dudaba en absoluto.

Trina Thompson estaba contenta de pasar la noche en el hotel. Por su cabeza se le había cruzado la idea de que alojar a su novio en el apartamento de Sarah era un estúpido acto de confianza. La figura rellena de Sarah, con sus bien contorneados senos, era peligrosamente voluptuosa. Al día siguiente, en cuanto su padre se marchara, volvería a trasladar a Ralph a su casa. «Mi novio es mío», se dijo en silencio, «y yo soy suya». Y luego, fragmentando el cantar de Salomón al omitir una o dos líneas, pensó: «Por la noche, en la cama, busqué a aquel al que mi alma ama». Sonrió para sí misma. Esa noche Sarah no podría estar con él.

La niñez de Sarah no había estado impregnada de liturgia de iglesia. No sabía ningún salmo que pudiese consolarla. A medida que avanzaba la noche, se preocupaba cada vez más por Carne. La naturaleza de las heridas de Jocelyn la consternaba y al principio creyó que Carne era culpable. Pero la firme defensa que Quinn hacía de él en la sala de deliberaciones la llevó hacia la dirección

opuesta. No estaba segura de lo que pensaba. Al día siguiente tendría que estar segura. Su propia violación de la propiedad matrimonial podría algún día terminar con ella, tirada en una zanja. Se estremeció ante el solo hecho de pensarlo. Tal vez Jocelyn Carne no había sido un dechado de virtudes, pero no necesariamente tenía que haber sido asesinada por su marido. Si no fue él, ¿quién? El constante rodeo entre los argumentos a favor y en contra comenzó a girar en su cabeza provocándole un dolor intenso y sintió un nefasto retortijón en el estómago. Hacía una semana que debía haber tenido su período y se preguntó si el hotel tendría un distribuidor automático de compresas higiénicas femeninas. Desde todo punto de vista, la vida estaba llena de sangre.

La conversación que Leary mantenía con Lomax en la mesa también era sobre un tema sangriento. Fueron los últimos en entrar en el restaurante y se les adjudicó una mesa para dos cerca de la chimenea. La repisa del hogar estaba decorada con armas. Lomax, después de inspeccionar los revólveres y machetes antiguos con sumo interés, comentó que había visto al califa musulmán bailando durante uno de sus viajes al exterior.

—Es muy violento. A los espectadores les piden que toquen el filo de las espadas. Créame, están muy afiladas.

Leary, que también había viajado mucho, había presenciado aquel baile. Comenzó a exponer sus ideas sobre la violencia heroica de las proezas de Teseo.

—Él mataba de un modo magnífico. No mataba a gente insignificante, triste, pequeña. Tampoco les enterraba entre los brezos.

Lomax, que quería una tregua respecto al tema Carne, trató de llevar la conversación hacia su especialidad: las alfombras de la India, hermosamente tejidas.

—Se las tejía en la cárcel en la época del Raj —interrumpió Leary, haciendo gala de su conocimiento y volviendo a llevar la conversación al punto que le interesaba—. Las prisiones, en esta época de superpoblación, resultan improductivas. La inteligencia de Carne será tristemente desperdiciada. Me da lástima pero la lástima no puede empañar nuestro juicio. Es culpable. Por lo tanto no debe quedar en libertad.

Jacobson, que compartía una mesa al lado con Quinn, Selina y

Elaine, le oyó y se dio cuenta de que Quinn también le había oído. Quinn había pedido con mucha amabilidad un vaso de leche y un paquete de galletitas porque, según explicó, no podía pensar en comer. La ansiedad mataba su apetito. En la última votación había votado a favor de la absolución de Carne sin estar seguro del porqué. En general era un peso más liviano a cargar en su conciencia.

—La libertad —le dijo a Quinn— es un don de Dios. Es preferible ser caritativo a ser vengativo.

Era una versión moderada de lo que esperaba que Quinn le contestara a Leary.

Sin embargo, Quinn permaneció callado. Durante el trayecto hasta el hotel, Leary hizo algunos comentarios generales acerca de los jurados sobornados. Mientras hablaba, miraba intensamente a Quinn. La furia de Quinn, teñida por su sensación de culpa, fue intensa y silenciosa, como las profundidades del océano. Poco a poco emergía otra vez a su estado de serenidad, ayudado hasta cierto punto por el hecho de mirar al hombre inmenso que, sentado frente a él, bebía su leche, y de escuchar a Elaine y a Selina conversando acerca de alimentos saludables. Al parecer el vinagre de manzana hacía bien. Se obligó a concentrarse en lo mundano y así descansar su mente.

El hotel había preparado un pequeño comedor separado del resto, en el primer piso, para uso exclusivo del jurado, pero se parecía tanto a un versión chabacana de la sala de deliberaciones que la mayoría no quiso quedarse. A las diez y media Quinn quedó a solas. Tenía la imagen viva de Frances sola en su casa. Podía verla acostada en la cama de Timothy, la radio, en el piso, a su lado; sobre la mesita de noche una botella de ginebra o de *whisky* o de cualquier bebida que todavía no hubiese terminado.

Su problema alcohólico, aunque comprensible, era serio. Alguien tendría que hacer algo al respecto. ¿Era por eso que había dejado la escuela estatal? El término empleado fue conducta indisciplinada. La directora de la escuela privada lo había suavizado y lo llamó inestabilidad típica de la adolescencia y culpó de ello a su entorno familiar. No siempre era así. Timothy, por lo que sabía había asumido la separación de él y Gretl con una calma razonable. Pero en el caso de ellos la separación había sido amistosa y sin

escándalos. Con Carne y su esposa la pareja debió de haber pasado por momentos turbulentos durante mucho tiempo. Frances se había puesto del lado de su madre, pero su rechazo hacia su padre — incluso en ese momento— no era total. Hasta el último momento el vínculo estaba ahí. Quinn percibía una gran dependencia de ella, una dependencia que hasta cierto punto le había transferido a él. *Creo que podría amarte*. Palabras perturbadoras. En su inmadurez confundida eligió lo que quería creer. Frances se negó a creer que él se acostaba con Blossom.

Acostarse con Blossom era maravilloso, pero no sólo por el placer sexual. Era tomar conciencia de su pequeño y suave cuerpo dócil acostado a su lado, dormido en la noche. Ella le reconfortaba. Su palabra siempre acertada. Se brindaba generosamente a todo aquel que la necesitaba. Era una persona fuera de lo común, que no tenía ninguna clase de exigencia. No le había complicado la vida en ningún sentido.

No como Frances que sí se la complicaba.

Como quería complicársela la encantadora y madura Selina.

Por la tarde se habían encontrado en el corredor al que daba el dormitorio de Selina. Ella acababa de regresar del baño y puesto un abrigo liviano de color crema sobre su ropa interior. El abrigo, sin abrochar, dejaba ver un corpiño y una especie de bombachos de color azul oscuro. Le dijo que el agua de la bañera estaba tibia.

—Creo que si el jurado va a tardar unos días en decidirse, alguien tendrá que hacer una lista de las cosas que necesitamos, como toallas de mano y cepillos de dientes. —Hablaba con rapidez y nerviosismo—. ¿Cómo harán ustedes, los hombres, para afeitarse por la mañana?

Él le explicó que en su botiquín había una máquina de afeitar desechable. Y también un peine nuevo.

—Creo que hay peores privaciones que el no tener ropa para, dormir —añadió Selina.

Su sonrisa fue cálida y por un momento le miró y las insinuaciones sexuales se hicieron evidentes.

Fueron captadas y entendidas. O quizá no entendidas del todo. Supuso que no era la clase de mujer que fuese a expresar su gustos tan abiertamente. Si se decidía a entrar en su cuarto por la noche, estaría perturbando su matrimonio. Ya lo había hecho

anteriormente. Y también se lo habían hecho a él. El índice de supervivencia fue alto. Ninguno mató a nadie como consecuencia de esos actos. No hubo ningún cadáver enterrado en las montañas galesas. Ningún hijo se volvió alcohólico.

Cuando se fue a acostar dudó por un momento delante de la puerta del cuarto de Selina y luego se fue a su habitación. La noche anterior había rechazado la proposición de Frances por temor a su inmadurez sexual. Ese día rechazaba a Selina que era sexualmente madura y deseable. ¿Por qué? Porque no se sentía con la suficiente insolencia como para golpear su puerta con una excusa torpe y obvia. Porque le gustaba y la respetaba. Porque a veces era muy anticuado y ese tipo de relación requería cierto grado de delicadeza, un período preliminar para llegar a conocerse. Selina tal vez sería, en el futuro, una atractiva posibilidad. Pero en ese momento, el presente ya era bastante complejo.

Durante la noche, gruesas gotas de lluvia lastimaban las ventanas y se oían débiles ecos de truenos. La mayoría de los integrantes del jurado lograron dormir. Selina estuvo despierta pensando en Quinn.

Lo único que quería era un simple acto de amor con un hombre que no fuese su marido. Sería la primera vez. Se había acostado con su ropa interior. «Típica reserva», pensó. «Soy una mujer casada, de mediana edad, condicionada. Soy tan respetable que brilló como el Santo Grial. Por eso huye de mí». Deseó tener el coraje como para acosarle.

Quinn se despertó con la esperanza de que Frances aún no se hubiese despertado. La casa era demasiado grande, demasiado silenciosa, demasiado vieja como para que ella estuviese sola. Si se había emborrachado hasta el máximo, como seguramente había hecho, dormiría toda la noche. Quinn empezó a preocuparse otra vez por Carne. Frances le había cargado sobre sus hombros el cuerpo de su padre como una víctima caída en un campo de batalla que debía ser rescatada de entre el fuego. A menos que tuviera una suerte fuera de lo común, la artillería antiaérea en algún momento le apuntaría a él por haber aceptado esa carga. ¿Una multa? ¿La cárcel? ¿O ambas? Y si el liberado Carne era culpable... ¿qué sería del vínculo entre padre e hija? Una mentira filial no debía dar como resultado un maníaco homicida que es devuelto sano y salvo a su

hija que primero le había rechazado y después cambió de opinión.

Se sentó en la cama y buscó a tientas sus cigarrillos y su encendedor sobre la mesita de noche. Afuera se oía el rumor del tráfico, que todavía era muy denso. El amanecer era un cuadrado gris, detrás de la ventana con cortinas. Encendió el cigarrillo y se recostó sobre las almohadas. Inhalaba el humo del tabaco, mientras intentaba ordenar sus ideas en una secuencia constructiva. Hasta el momento había presentado batalla con bastante vigor. Las dudas surgían en las horas nocturnas... tal vez, a causa del cansancio. La serena sensación de certidumbre llegaría con la mañana.

Carne se despertó por la tormenta y abrió los ojos al pánico. Los elementos que le rodeaban parecían despedazar su autocontrol, como un viento fuerte que arrasa la estructura de una casa. No podía respirar y tuvo la sensación de que estaba sufriendo un ataque al corazón. El techo de su celda era demasiado bajo y las paredes le oprimían. Quería empujarlas, levantarse y pelear. Quería echar a correr por los pasillos y respirar aire fresco.

El médico de la prisión, a quien llamó desde su cama, diagnosticó *stress*. El diagnóstico era alentador sólo desde una perspectiva. Morir de un ataque al corazón, una vez que se perdió la batalla por la libertad, era una muerte prolija. Un fin rápido y pulcro.

El médico le dijo que podía respirar. De modo que respiró. Áspero. Doloroso.

El guardia de la corte le había aconsejado que tomara sedantes. Pero no había seguido su consejo. El médico insistía en que se tomara una pequeña pastilla blanca con un poco de agua. La tomó y por suerte las paredes dejaron de oprimirle.

Volvió a dormirse y soñó con Frances. No supo que mientras dormía lloró. A la mañana siguiente se sintió tembloroso y le resultó difícil vestirse.

Todos seguían siendo amables.

Se preguntó quién sería amable con Frances cuando se quedara sola. ¿Quién la protegería y la cuidaría? Pasó revista a sus acciones y se dio cuenta de que se había equivocado mucho. No había sido indiferente, como afirmó el fiscal. Se había distanciado de todo aquel horror para poder sobrellevarlo, pero esa distancia nunca era suficiente. Su mente representaba imágenes, a veces de hechos que

no había presenciado y éstas eran las peores. No estuvo presente en el momento de la exhumación, pero esas imágenes le perseguían. La policía le había llevado hasta el lugar y allí esperaron a ver cuál era su reacción. Carne se alejó unos pasos y se esforzó por conservar la calma. No fue consciente del hecho de haberse dirigido hacia la iglesia del pueblo, pero hasta allí llegó. La puerta de la iglesia estaba cerrada. Necesitaba ayuda. No la encontró. Cuando retomó el sendero, a través del patio de la iglesia, advirtió la tumba de David Mason. David, que había muerto cómodamente en su cama y que recibió un funeral respetable por parte de una mujer que había dejado de amarlo hacía tiempo, si es que alguna vez fue capaz de quererle.

Las palabras de Olivia, pronunciadas unas semanas antes del homicidio, volvieron a su mente.

—Piensa qué maravilloso sería si a nadie le importara nadie. El amor es corrosivo... como el odio. ¿Crees que nosotras lo buscamos, Jocelyn y yo?

Estaban parados en una calle del pueblo, indiferentes al repentino chaparrón. Olivia llevaba pan, que se estaba empapando. Tenía las mejillas mojadas por la lluvia y tal vez había lágrimas, aunque no creía que fuese así. Luego ella se volvió y se fue; su larga trenza se balanceaba como la cola de un gato enojado, y él se quedó observándola.

Durante el juicio Olivia cuidó muy bien de no comprometerse. Su resistencia era para protegerse. Si hubiese dicho algo más, su relación con Jocelyn habría quedado clara. Su colaboración habría llevado a preguntas incómodas y difíciles. En un nivel más mundano, también quería evitar a toda costa atraer la atención. Una desviada sexual en un pequeño pueblo de Gales tendría menos ganancias en su negocio que una viuda apenada. Se preguntó si iría a la corte a escuchar el veredicto.

Hester estaría, sin duda alguna. Jocelyn, en un extraño momento de censura, la había llamado «mujer peligrosa». Jocelyn tenía razón.

Jocelyn.

Podía pronunciar su nombre.

Podía verla.

No fue asesinada.

Jocelyn, tal cual era. Una esposa insatisfecha. Una madre

maravillosa.

Cuando le condujeron a la corte, sintió la presencia de Jocelyn muy cerca, como si estuviese sentada en el camión celular junto a él. Ya no se veía amenazado con su presencia. Casi podía sentir la piel de la mano de Jocelyn en su palma. Cerró los dedos suavemente.

Los miembros del jurado, de regreso a la sala de deliberaciones, miraron aquel lugar familiar sin entusiasmo. El desayuno del hotel no había sido mucho mejor que la cena de la noche anterior. Jacobson, que a esas alturas estaba muerto de hambre, le había dado su tocino a Quinn, y Quinn, a cambio, le dio su huevo frito. La conversación era tensa. Los integrantes del jurado que eran conscientes de la situación —y la mayoría tenía algún grado de conciencia— estaban preocupados por el veredicto.

La noche anterior, después de varias horas de debate, pidieron la resolución del juez sobre el veredicto de una mayoría. Les contestó que aceptaría si después de un nuevo debate no llegasen a un veredicto unánime, pero dicha mayoría debía ser, por lo menos, de diez contra dos. Esperaban llegar a esa cifra ese mismo día.

—Nosotros no pedimos juzgarle —se oyó que Lomax comentaba con tono quejumbroso al profesor Leary—. El deber de jurado debería ser voluntario. Seguramente hay mucha gente a la que le resultaría agradable. A mí no, de ninguna manera.

—A Leary sí y no hacía falta que lo dijese. Hizo un comentario acerca del deber de cada ciudadano.

—Señoras y señores, después de un buen descanso, nuestras mentes tienen que estar más frescas. Retomemos nuestra tarea.

Ese «señoras y señores» tuvo un efecto discordante. Podían ser «señoras y señores» para los funcionarios de la corte, pero ese hombre no era más que un colega más en las mismas circunstancias. Algunos se llamaban por los nombres. Todos habían tenido que soportar la incomodidad de pasar una noche en el hotel sin equipaje de mano. A Irene Sinclair se le habían hinchado los pies y no tenía ningún diurético. Había intercambiado los zapatos con Elaine Balfour, que tenía unos con tirilla ajustable. Cornwallis se había quedado sin tabaco para su pipa y Middler le había dado una caja

de chicles para calmar la ansiedad. El cierre del vestido de Trina se había atascado y Sarah se lo destrabó. Si el profesor Leary hubiese necesitado cualquier tipo de ayuda, la habría tenido. Por más que no le gustara la idea, era uno de ellos. Todos le miraron con desaprobación cuando empezó a enumerar las razones por las que Carne debía ser encerrado.

Miraron a Quinn en busca de una refutación, pero esa vez la expresó con menos energía. Estaba cansado e inseguro. No sabía ni siquiera qué pensar. Habría sido mucho más fácil detener el proceso declarando su parte en el mismo.

—Nunca es satisfactoria —dijo— la decisión basada en pruebas circunstanciales. Y eso es lo único que tenemos. Todos estamos convencidos, en uno u otro sentido, sin tener pruebas. No se me ocurre nada que nos pueda llevar a un veredicto unánime. Realmente no sé qué otro argumento puede haber.

—Yo creo que sí sé —contestó Selina en voz alta para sorpresa de todos y de ella misma.

En general era reservada. No le importaba tanto Carne pero sí le importaba Quinn. Decidió cortejarlo con palabras; sabía que encontraría las apropiadas.

—Puede resultar una tontería hablar de instinto, pero es precisamente de eso que quiero hablar. Todos recordamos la actuación que hizo Hester Allendale en la corte. Dijo que creía que Carne era culpable y se tocó la cabeza y el corazón, aquí y aquí —Selina se tocó los mismos lugares—. Yo no sé qué pensaron ustedes, pero a mí no me convenció. Creo que mentía. Yo puedo decir que intuyo la inocencia de Carne sin necesidad de recurrir a gestos dramáticos. A veces se tiene esa intuición con respecto a algunas personas. Uno sabe que no hay violencia en ellos. No podemos enumerar razones en una hoja de papel. Yo he visto los programas de ese hombre muchas veces. Algunos son trillados; les aseguro. Pero no tenemos que juzgar lo que hace. Tenemos que juzgarlo a él. Y en cuanto a mí, tengo la convicción de que es inocente.

Se interrumpió; vaciló. Estaba empezando a creer en lo que decía... Claro que lo creía.

—En la corte se mantuvo frío y deprimido. Estoy segura de que podría percibir la culpa en un culpable. Pero en él no la percibí. En absoluto.

Se volvió a Elaine Balfour.

—Tampoco lo sienten Elaine ni Trina. Tanto Elaine como yo tenemos la experiencia de los años. Trina tiene la intuición de la juventud. Sarah quisiera admitir lo que el instinto le dice que es correcto. Hoy por la mañana me dijo que estaba preocupada ante la posibilidad de que le declarásemos culpable. Creo que si votamos otra vez, ella se pondría de nuestro lado.

Le dirigió una sonrisa a Irene Sinclair.

—Irene es la persona más suave que conozco. Jamás enviaría a la cárcel a un hombre a menos que estuviese segura, más allá de toda duda, de que es culpable. El peso más difícil para un jurado es saber que uno es responsable de la pérdida de la libertad de un inocente.

Por último se volvió hacia Quinn. Su rostro, sin maquillaje, estaba encendido.

—Tú —le dijo, sin usar su nombre pero haciendo que ese «tú» sonara con una calidez muy íntima— sientes como yo. Lo has expresado mejor de lo que yo hubiese podido. Si te interpreto bien, y creo que así es, preferirías echar raíces aquí antes que declararlo culpable. Y yo también. —Hizo un gesto con la mano en el que abarcó a todos los que estaban alrededor de la mesa—. Ninguno de ustedes hará que me aparte de lo que creo correcto. No saldré de esta sala con el veredicto de culpabilidad. No cargaré con el peso de ese hombre en mi conciencia. Aunque discutamos toda la vida, no cambiaré de opinión.

Quinn, asombrado y divertido, miró el papel vacío que había estado doblando y volviendo a doblar mientras Selina hablaba. No se le había ocurrido usar un argumento emotivo unido a la horrible amenaza de permanecer en esa sala para siempre. Se preguntó si aquel discurso habría sido más ardiente o menos si hubiesen hecho el amor la noche anterior. La justicia no debía apoyarse tan precariamente sobre el eje de la atracción sexual.

Las mujeres, sorprendidas de verse guiadas por la figura de Selina, no hallaron razón para abandonarla. Lo que decía era verdad. Se condenaba sin pruebas o se absolvía sin pruebas. Según el juez, la culpabilidad debía ser demostrada. No era así en ese caso. Si una vocecita detrás de sus cabezas se alzó para decir que Carne era culpable, fue acallada por la voz cálida y vibrante de Selina que

les hablaba de su dulzura y su intuición. Necesitaban pensar bien de sí mismos después de aquel día. Si llegaban a despertarse en medio de la noche, no querían que la angustia fuese intensa al saber que habían enviado a Carne a la cárcel.

Además había otras razones más prácticas.

A Sarah le había venido el período. El primer día siempre era el peor. Quería acostarse.

La vecina de Irene no sería una buena vecina durante mucho más tiempo. Cuidar a su hermana era un acto de caridad que debía tener un límite razonable.

A Trina se le aflojó el diente cuando mordió una tostada dura en el desayuno. Necesitaba que la atendieran de inmediato; de lo contrario, lo perdería.

La ventana del dormitorio de Elaine no había quedado bien cerrada. Con la tormenta de la noche anterior el agua debió de haber entrado. Si no iba a comprobarlo encontraría el techo de la salita lleno de manchas.

La mayoría de los hombres tenía también motivos prácticos para no querer prolongar la discusión. Middler estaba ansioso por volver a su clínica. Jacobson estaba preocupado por su familia que debía arreglárselas sin él. El bar estaba en un lugar inhóspito. Su presencia era necesaria.

El profesor Leary era el único cuya objetividad y dedicación eran totales.

—Señora Mc Kay —le dijo a Selina—, aunque respeto sus sentimientos evidentemente intensos en este caso, debo advertirle que no debe permitir que su preocupación por el acusado prevalezca sobre su sentido común. Jocelyn Carne está muerta. El asesino más probable es su marido. No podemos tomar a la ligera lo que es obvio. Hablar de intuición es una tontería. Sin duda es usted demasiado inteligente como para cerrar su mente a toda discusión racional.

Cornwallis habló con voz amarga antes de que Selina pudiese contestar.

—De modo que debemos pegarnos la cola a estas sillas malditas, mientras usted, señora, y usted, señor, discuten y nosotros nos hartamos de esperar eternamente. —Había quedado que iría a reparar la caldera central de un cliente aquella tarde. Ahora había

pocas posibilidades de que pudiese cumplir con su cita. Su furia crecía a cada minuto que pasaba.

—No es un caso cerrado —dijo Quinn con moderación, volviendo a la batalla—. Yo estoy del lado de la señora Mc Kay, como bien saben. Y como también lo está la mayoría. ¿Qué les parece si volvemos a votar?

Esa vez, las cinco mujeres junto con Jacobson, Cornwallis y Middler votaron como Quinn a favor de la absolución. En algunos casos, los votos eran por propia conveniencia, pero Quinn no cuestionó los motivos. Nueve contra tres. Empezó a concentrarse en Lomax y Dalton. Sabía que Leary no modificaría su posición.

Lomax, ansioso por asistir a un remate de alfombras persas, luchaba en silencio con su conciencia. Dalton, irritado por la discusión, trataba en vano de mantener la calma. En situaciones normales, no solía demostrar su tensión nerviosa. Pero allí estaba exacerbado. En una explosión que conmocionó a todos puso de manifiesto sus verdaderos sentimientos.

—¡Despedazó la cabeza de su mujer! Ya vieron el modelo del médico forense. Carne, ¡la superestrella! Carne ¡el superinglés! Carne, ¡el asesino presumido! Si hubiese verdadera justicia en este país enfermo e ineficaz, sería ejecutado. Colgado. Electrocutado. Fusilado. Cualquier método. No importa, pero sería ejecutado. — Empezó a temblar.

Leary, al igual que el resto de los jurados, estaba perturbado. Dalton era un desequilibrado, un hombre peligroso para ser jurado.

—El veredicto —le dijo— debe estar basado en un razonamiento claro. En su caso advierto una gran animosidad. Su juicio es tan poco válido como el de la señora Mc Kay. Ambos tienen motivaciones emocionales.

Lomax coincidió.

—Si no puede ser probado mediante un argumento racional —dijo—, creo que prefiero el veredicto de no probado. Y como eso sólo existe en las cortes escocesas, cambiaré mi posición. Voto por la absolución. Y con respecto a este país enfermo e ineficaz —añadió—, tal vez nos equivoquemos por una cuestión de misericordia pero eso no es tan malo.

—Su patriotismo es loable —dijo Dalton con sarcasmo—, pero a mí no me vengan con la perorata de la caridad cristiana. Todos

tenemos recuerdos y todos nosotros tenemos prejuicios. —Bebió agua—. Durante los conflictos en Rodesia, perdón, en Zimbabwe —el énfasis fue mordaz—, volví a mi casa y me encontré con que mi esposa y mi hijo mayor habían sido asesinados. Ocurrió en un pequeño matorral en el fondo de la propiedad. Había sangre en un algarrobo. Debajo del árbol estaban los cuerpos decapitados. Talé el árbol con un hacha hasta derribarlo. Cuando golpeaba mi hacha contra el árbol, no golpeaba sólo la corteza del árbol. —Volvió a poner el vaso sobre la mesa—. ¿Entienden lo que quiero decir?

Aún le temblaban las manos y las metió en el bolsillo de su chaqueta.

—Carne está aquí. Lo tenemos. Cuando se habla de restitución se quiere decir algo. Sé que no hay relación racial o política con Carne, pero hay una relación: hubo un asesinato brutal. No puedo separar las dos imágenes de mi cabeza. Claro que tengo motivaciones emocionales.

El silencio fue interrumpido por unas pocas frases extrañas de comprensión y condolencia, cortadas por la expresión de desprecio de Dalton.

—No les pido compasión. Les estoy explicando mi posición, por qué no puedo emitir un voto de inocente. *No puedo hacerlo*. Ustedes harán lo que sienten que deben hacer. No puedo discutirse. Pero yo no puedo mantener la calma en esto. No quiero hablar más del asunto. Carne debe ser condenado. Si son demasiado débiles como para darse cuenta, yo no puedo obligarles. Depende de cada uno.

—Parece que tenemos la cifra suficiente para emitir el veredicto mayoritario —señaló Quinn con calma—. Sugiero que lo escribamos.

Leary frunció el entrecejo.

—Si eso es lo que decidimos —dijo—, Carne habrá estado bien servido, pero la justicia británica, no. —Miró a todos los integrantes del jurado con sumo desprecio. Quinn, con su inteligencia retorcida, había librado una batalla personal en su contra. Era propio de su naturaleza llevar la contra. Las mujeres, con excepción de la señora Mc Kay, vacilaban y también vacilaban los hombres, menos Dalton que por dolor se había convertido en un paranoico. Hasta el momento, siempre había sentido un profundo respeto por el sistema judicial británico. Ya no. Si esa gente representaba a todos los

jurados, entonces los culpables caminarían libremente por las calles y, lo que es peor aún, los inocentes eran castigados—. Habríamos perdido menos tiempo —agregó— si al principio hubiésemos arrojado a cara o cruz una moneda. ¿Hay algo que pueda decir para convencerles de que somos culpables de negligencia en nuestro ejercicio del deber?

—No hay nada que pueda decir —dijo Selina Mc Kay tratando de no resultar victoriosa—. Pero si le resulta muy difícil ir contra su conciencia y declarar el veredicto mayoritario, entonces quizá prefiera que el señor Quinn ocupe el lugar de presidente del jurado.

Era su regalo para Quinn. Selina esperaba que el profesor le diera la oportunidad de hacérselo.

—Muy bien —se limitó a decir. En ese preciso momento, la ley era una mierda. Quinn sabía rebuznar mejor, de modo que hiciese él de presidente.

Antes de llamar al alguacil, Leary les señaló la *Nota para los Miembros del Jurado* que estaba clavada en la pared.

—Si me permiten —dijo al tiempo que se ponía las gafas—, se lo leeré: «Los jueces de Su Majestad les recuerdan su solemne obligación de no revelar, bajo ninguna circunstancia a ninguna persona durante el juicio o una vez terminado el mismo, todo aquello relacionado con lo ocurrido en esta sala mientras se delibera para llegar a un veredicto».

Su voz resultó cargada de censura.

—Se me ocurre que este reglamento fue bien obedecido en el pasado. De no ser así, la falibilidad del sistema habría quedado en evidencia tiempo atrás. Sin embargo, perpetuemos el mito. Hagamos que el público siga creyendo, erróneamente, en nuestro sentido común e integridad.

Los miembros del jurado, aunque conscientes de que había algo de verdad en aquel reproche, se ofendieron.

Quinn miró a Selina a los ojos y le sonrió.

—¿Qué te parece una cena para festejar esto —propuso— algún día de esta semana?

Ella esperaba cenar con él ese mismo día. Pero Quinn le explicó que era imposible y se intercambiaron los números de teléfono.

Esa noche pertenecía a Frances.

Y a Carne.

Y en menor grado, le pertenecía a él también. Había hecho lo que Frances quiso que hiciera. Cabía esperar que sintiese cierta satisfacción, si no euforia. Entonces, ¿por qué esa sensación de inquietud?

14

—
SU

CLIENTE —le dijo Breddon a Mc Nair— parece Lázaro saliendo de la sepultura... perplejo.

Mc Nair sonrió con una mueca. El veredicto no fue lo que se esperaba, pero resultó popular. Hubo un murmullo de aprobación en la galería donde estaba ubicado el público, que el juez Spencer-Leigh no se molestó en silenciar. Mc Nair se preguntó cuál había sido la reacción del juez. Si se había sorprendido ante el veredicto, se había cuidado muy bien de no demostrarlo. Agradeció a los integrantes del jurado y luego se volvió a Carne, a quien despidió amablemente.

Mc Nair dijo algo acerca de socorrer al recién resucitado y se dirigió adonde estaba Carne, absorto, sin saber qué hacer.

Gente a la que no conocía se apiñaba a su alrededor. Las bocas le sonreían. Los silbidos y alaridos se habían convertido en serenatas de dulzura. Su público le decía lo mucho que lo quería. Las mismas manos que uno o dos días atrás lo hubiesen arrojado con gusto al vacío, en ese momento estrechaban las suyas con calidez.

Era libre. ¿Eso significaba que podía salir caminando? ¿O tenía que firmar algún papel antes? ¿Llovía allá afuera, en el mundo, o brillaba el sol?

Vio a Hester Allendale empujando a la gente apiñada para poder salir. Nadie intentó hablarle. Sus admiradores, si es que había

alguno presente, se habían enfriado en su ardor.

¿Dónde estaba Olivia? ¿También en amarga retirada? ¿Dejaría las cosas como estaban? Posiblemente. Le tendría demasiado terror como para hacer alguna otra cosa. Alguien estaba en las proximidades cuando él enterraba a Jocelyn. Él había oído pasos, sintió la presencia de alguien y luego desechó la idea como un producto de su imaginación. Era David, claro. Cualquier otra persona habría recurrido a la policía. David era el único testigo que sería capaz de ver todo y no condenar. Jocelyn había amenazado su matrimonio; sentía un profundo odio hacia ella. Era propio de él irse sin decir nada. Y luego, finalmente, con la debilidad de su última enfermedad, debió de haberse perturbado su conciencia —o tal vez Olivia lo aguijoneó a preguntas— y entonces se lo contó. Una sorprendente declaración en su lecho de muerte. «Yo sé dónde está enterrado el cadáver de tu amante, Olivia. Hace mucho que está muerta. Ya no es más bonita». O quizá se lo dijo con más suavidad. Quizás en sus últimos días de vida hubo más comprensión entre ellos, incluso afecto.

Carne deseó poder dejar de pensar en todo aquello. Ya todo había terminado. Terminado. Tenía que sentirse en paz, no sofocado y con claustrofobia. Había demasiada gente, demasiado ruido. En voz alta dijo a quien podía llegar a escucharle:

—No puedo...

Era una negación general. No puedo enfrentarlo. No puedo avanzar en ninguna dirección.

Mc Nair lo tomó del brazo con suavidad.

—Venga y siéntese un rato. Necesita recuperarse.

Siguió a Mc Nair hasta el escritorio de los abogados. Era extraño estar en el recinto de la corte. Era una perspectiva diferente. El banquillo de los acusados parecía grande como la proa de un barco.

—Pues bien —comenzó Mc Nair—, ya terminó el juicio. Felicitaciones.

—¿Cómo? Ah, gracias. Quiero decir... gracias a *usted*.

—No nos engañemos —continuó Mc Nair tajante—. Usted me dio un caso muy difícil y lo único que hice fue limarle los bordes afilados. Tuvo suerte; le tocó un jurado muy comprensivo.

—Fue un veredicto mayoritario.

—No cuestione a los dioses cuando otorgan presentes.

—¿Pero usted cuestiona el veredicto?

—En absoluto. Estoy encantado. —Mc Nair lo miró profundamente—. En cuanto ponga un pie fuera de aquí se verá importunado por la prensa. Necesita tener la cabeza fresca para enfrentarse con los periodistas. ¿Cómo se siente?

¿Sentirse? Más sereno ahora que estaba lejos de la multitud. Su mente había dejado de representarse imágenes. La pantalla era de un color gris monótono. Dijo que se sentía bien.

—Bien, pero tranquilícese. Yo iré a cambiarme y volveré en unos veinte minutos.

Quinn esperó a que Mc Nair se marchara y en el recinto ya no quedara ningún funcionario ni ninguna persona del público. Luego se acercó al padre de Frances y se presentó.

—Soy Robert Quinn, presidente del jurado.

Carne lo recordaba muy bien. El «Inocente» fue expresado en un tono resonante con un brío casi dramático, pero la mirada que le dirigió después fue especulativa. ¿Había sido uno de los que no coincidió con la mayoría? Estaba de pie frente a él; no sonreía. No le tendía su mano para felicitarle cálidamente. Tampoco usó palabras dulzonas.

Le dijo a Quinn que tenía una deuda con él. Era una frase amable.

«Más de lo que crees», pensó Quinn mientras se sentaba a su lado.

—Anoche —le dijo— la mayoría votó en su contra. Esta mañana las cosas mejoraron.

Carne estaba perplejo.

—¿Vino a contarme eso?

—No. Sólo es una cuestión de interés pasajero. Vengo a decirle que Frances está físicamente bien pero emocionalmente muy perturbada. Hace un par de semanas que vive con cuatro músicos ambulantes en mi casa. Puedo llevarle hasta ella ahora... si es que quiere. Tal vez ella no quiera. Corro el riesgo, pero creo que ella necesita verle. Lo que haga usted después dependerá de ella.

La piel de Carne pareció congelarse súbitamente sobre sus huesos.

—¿Qué le contó ella?

«Pregunta importante», pensó Quinn, «y te volviste rígido por el miedo». Nunca pensó que llegaría a sentir ese grado de desprecio. La inquietud que había comenzado a sentir la noche anterior se hizo más intensa. Le respondió honestamente.

—Que usted es un hijo de puta. Lo siento, pero si espera una reconciliación cariñosa, creo que no la conseguirá.

Carné se relajó lentamente y luego, para sorpresa de Quinn, sonrió. Quinn le indicó dónde tenía el coche.

—Es un Saab verde. Con chapa S. Si puede encontrarlo sin que la mitad de la calle Fleet se le tire encima, no tengo inconveniente en llevarle.

Leyó la expresión de Carne acertadamente: «Si te estás preguntando por qué carajo me metí en todo esto, me estuve haciendo esa misma pregunta desde que empezó el juicio».

La supuesta reaparición de Frances llenaba maravillosamente la mente de Carne. Tardó cuarenta minutos, eludiendo con habilidad a la gente, ayudado por Mc Nair, en llegar hasta el coche de Quinn. Quinn, que le estaba esperando, abrió la puerta rápidamente cuando vio el Bentley aminorando la marcha. Con una rápida frase de agradecimiento, Carne se despidió de Mc Nair, cruzó la calle a toda velocidad y se sentó junto a Quinn.

Quinn mantuvo la cabeza apartada de la mirada curiosa de Mc Nair y puso en marcha el coche.

—¿Quién le ha dicho que era yo?

—Un periodista conocido.

—Creíble. En otro momento habría sido verdad. La promesa de una historia exclusiva, supongo. ¿Cuánto se supone que debo pagarle?

—No hablemos de eso —Carne añadió secamente—. Se me ocurrió que puede haber un succulento botín en otro lado.

—Quédese tranquilo —le contestó Quinn sin rencor—. No pertenezco a la fraternidad criminal. Lo que le dije es verdad, Frances está allí. A esta hora ya debe de haber escuchado en la radio que usted ha sido absuelto.

El tráfico a la hora del almuerzo era denso y Quinn se concentró en el volante.

—¿Queda lejos? —preguntó Carne.

—Estaremos en mi casa poco después de la una.

Esa casa no era la clase de ambiente que él había comprado con su sudor, su fatiga y su encanto profesional para Jocelyn y Frances, tal como no tardó en descubrir cuando llegaron a esa calle tranquila, y barata, llena de casas eduardianas. Miró con curiosidad las ventanas y se preguntó qué caminos tortuosos y torcidos habían llevado a Frances hasta allí. Hasta ese momento no se había permitido pensar en el rumbo que Frances había seguido. Estaba en algún lugar... ingeniándose las como podía. ¿Quién era ese miembro del jurado que transgredía la ley, que había dado refugio a su hija? No era joven —tenía cerca de cuarenta años— de modo que su conducta no podía explicarse como la acción impulsiva de la juventud.

Quinn detuvo el coche cerca de la esquina.

—Mi casa queda del otro lado. Si paramos aquí Frances no advertirá el coche. Creo que primero debemos hablar.

Aunque estaba impaciente por verla, Carne se contuvo.

—Usted me dijo que Frances estaba bien. ¿Qué otra cosa tiene que decirme?

—Tiene un problema con la bebida.

Estuvo a punto de contestar: «¿Eso es todo?», pero se detuvo a tiempo.

—Ya lo sé. Hubo una época en que se le prohibió la bebida. Me ocuparé de que reciba la debida atención.

«Frío reconocimiento», pensó Quinn. «¿Se prohibió la bebida? ¿A su edad? ¡Dios mío! ¿A qué edad empezó a ser una borracha entonces? ¿A los catorce? ¿A los quince? ¿Y por qué?». Quinn creía que era algo reciente, como resultado del *stress*. ¿Qué clase de hogar tuvo? ¿Cuánto tiempo hacía que tenía ese dolor interno?

—Si Frances decide no volver con usted, entonces mi casa es de ella por el tiempo que ella quiera.

Tenía que decírselo.

Carne sintió una explosión de celos irracional.

—¿Usted se acostó con ella?

—No.

—¿Entonces no es una relación sexual?

—¿Acaso esperaba que lo fuera?

Carne eludió la pregunta.

—Los otros muchachos de los que hablé... los músicos... con ellos... —trató de encontrar las palabras adecuadas—, ¿tiene alguna relación emocional?

—No.

—Todo esto es muy extraño. No lo entiendo. —Carne sintió olor a nafta y tuvo una ligera náusea. Bajó la ventanilla—. El hecho de que usted la haya albergado y haya actuado como jurado puede invalidar el juicio.

La posibilidad era aterradora.

Quinn la descartó.

—Ella no hizo gala de su presencia aquí. No somos vecinos que tengamos trato con los demás. Los músicos saben que lo que estoy haciendo es ilegal... pero ellos no son muy amantes de la ley. No dirán nada. Yo decidí quedarme callado y ejercer mi deber de jurado para ayudarla. Sólo espero haberla ayudado correctamente. La mayoría del tiempo tengo la conciencia tranquila. Con eso quiero decir que no me preocupan en absoluto las consecuencias de mis acciones... a menos que algún ser vulnerable resulte perjudicado, y Frances es vulnerable.

—Yo amo a mi hija. —Las palabras resultaron frías, un sentimiento íntimo y profundo pero expresado sin ganas.

Quinn le miró, pesó aquellas palabras en su mente y le creyó.

—Ella le acusa del lesbianismo de su madre.

Carne se sobresaltó.

—¿De modo que le contó acerca de Jocelyn y Olivia?

—A esa relación la llamó grotesca. Una reacción exagerada producida por el *shock*. Sospecho que no lo supo hasta hace poco.

Alguien en el vecindario estaba quemando basura en uno de los patios. Olas de humo negro y espeso barrían los techos y esparcían cenizas. Un fuego sucio. Carne recordó que la casa incendiada tenía ese mismo olor. Picante. La combustión de telas viejas. A Frances se lo describió de otra manera. Un olor tonificante, limpio; llamas amarillas y brillantes. Palabras soporíferas y estúpidas dichas a alguien fuera de sí por el dolor.

Se preguntó qué otra cosa le habría contado a ese integrante del jurado.

—Si vuelve con usted esta tarde —dijo Quinn—, entonces debe

llegar a esa decisión libremente. Ella sabe lo que ocurrió en la casa. Me ocultó todos los hechos. Ayer por la mañana, cuando pudimos haber tenido una conversación decisiva antes de que yo partiera rumbo a la corte, ella se fue. Ayer la habría presionado para sacarle la verdad. Seguramente sabe cuál es.

Carne permanecía en silencio. Frances hizo bien en marcharse. Ella encontraba madrigueras en los lugares más extraños, como éste, y entraba agazapada en su soledad.

Quinn observó las manchas de hollín del fuego que salpicaban el parabrisas.

—Me pidió que hiciera todo lo posible por usted. En una nota. Fue a causa de esa petición por lo que traté de influir sobre todos los integrantes del jurado. Quizás hice mal. No lo sé. No puedo olvidar el hecho de que ella se negase a prestar testimonio en su favor. Usted la necesitaba en la corte y ella no se presentó.

Las olas de humo se diluían en bandas de luz azul contra el sol de la tarde. Un gran perro salió de una de las casas y echó a andar. Un anciano con un zapato ortopédico cojeaba detrás del animal. Desaparecieron en la esquina y la calle volvió a quedar vacía.

—Frances eludió a la policía —prosiguió Quinn— por si la obligaban a comparecer ante el juez. Es muy ambivalente con respecto a usted. No sé qué se le cruza por la cabeza. Quizá no tenía intenciones de volver a verle. Pero no lo creo. Tengo la sensación de que ella *necesita* verle. Todavía es la hija de sus padres. No es aún una mujer independiente. —Sonrió. Parecían frases disparatadas de psicología escritas en una columna sensacionalista, pero no se le ocurría otra manera para decirlo—. Quiero que se encuentren *en mi presencia*. Lo único que me preocupa es Frances y que no le pase nada.

—Su preocupación es loable —dijo Carne con rigidez—, pero si lo que está haciendo es retenerme en su coche para tratar de descubrir si soy apto para hacerme cargo de mi hija, entonces le aclaro que está perdiendo el tiempo. Eso es algo que sólo ella puede saber.

—No se trata de volver a hacerse cargo —replicó Quinn con énfasis—, sino de reanimarla... Si puede. Curarla, si es posible. —Puso el cambio y avanzó hasta la mitad de la calle, luego detuvo el coche y se bajó—. Aquí es. Ésta es mi casa.

Carne observó la pintura descascarillada y luego la maceta con flores junto a la puerta de entrada. Alguien se había tomado la molestia de arreglar un poco el lugar. Aquel ambiente no coincidía con Quinn: No podía entender cómo había ido a parar allí. Así como tampoco podía entender su dulzura hacia Frances. No era una muchacha bonita. No tenía ningún encanto con el cual poder seducir. Jamás llevó un novio a su casa. Sin embargo, ese hombre, ese desconocido, la quería.

Siguió a Quinn hasta la puerta de la calle y luego, cuando estuvo a punto de poner la llave en la cerradura, contestó la pregunta que Quinn se había cuidado de no formular.

—El pasado no amenaza el presente... o el futuro. Le agradezco su preocupación por Frances. Estará segura bajo mi cuidado.

Quinn asintió. No dijo nada. No había nada que decir.

En las frescas sombras del corredor una sola orquídea brillaba blanca y violeta detrás del celofán, sobre la mesita del teléfono. En un pedazo de papel estaba escrito lo siguiente: «No es una de las tuyas. La compré especialmente para ti. Feliz cumpleaños, con retraso». En lugar de una firma había una flor dibujada. De modo que Blossom estaba de nuevo en casa.

El paquete de Timothy había llegado y había perdido parte del envoltorio en el trayecto. Estaba sobre la repisa. Quinn le echó una rápida mirada y vio parte de una maceta pintada de un color verde chillón, obviamente hecha por él mismo. Se resistió a la tentación de sacarle el resto del papel para ver si estaba intacta. Se puso contento con los dos regalos. Más tarde, la hermosa orquídea sería colocada en la horrible maceta y él se dedicaría a admirarlos.

Estaba a punto de conducir al padre de Frances por el pasillo hasta la salita cuando advirtió que Frances estaba bajando las escaleras. Acababa de bañarse y olía a talco. Tenía los pies pequeños y regordetes de color blanco por el talco y al caminar dejaba las huellas en la alfombra marrón oscuro que cubría la escalera. Caminaba con cuidado como si abajo hubiese un precipicio o si estuviesen las fauces de un volcán. Tenía los ojos clavados en los de su padre; su rostro era una rígida máscara de control. Quinn se preguntó si estaría borracha.

Se detuvo en el último escalón.

Carne, luchando por contener las lágrimas, se quedó quieto,

esperando.

Frances asintió con la cabeza una y dos veces, como si ya se hubiese representado esa escena en su mente y en ese momento todo se estuviese desarrollando tal como lo imaginó.

—Dijiste que te absolverían.

—Sí —dijo Carne.

Bajó el escalón, se acercó tres pasos hacia él y apoyó la cabeza contra el pecho de su padre. Él no hizo ningún ademán de besarla o tocarla.

Frances se apartó.

—Me acabo de lavar el pelo.

Aún estaba mojado, espeso y grueso. Era tan parecida a su madre que casi resultaba intolerable.

—Y tengo puesta ropa prestada.

Carne observó el vestido de algodón amarillo, demasiado apretado a la altura de los senos. La última vez que se vistió con ropa usada fue en la casa de campo. El vestido de matrona de seda verde rayado de Jocelyn le había dejado poco margen para acomodar sus pechos. Sus tejanos y la camisa fueron colocados en una bolsa de lino y luego tirados debajo del lavabo.

Era un recuerdo inaceptable de esos que a uno le secan la garganta.

—Me limé las uñas —Frances le tendió las manos para que las mirase—. Fíjate.

La escena se duplicaba. El corazón de Carne se tambaleaba por la fatiga. No respondió.

Frances se volvió hacia Quinn.

—Blossom vino a casa anoche.

Perplejo por el terror que percibía en el ambiente y agobiado por los comentarios que parecían rituales de purificación, Quinn permaneció en silencio.

—Quería estar conmigo durante el veredicto —añadió Frances—. Pero anoche no dieron el veredicto, de modo que me consolé en su cama. Está ahí ahora. Es mejor que vayas a verla.

Quinn se dio cuenta de que no le estaba sugiriendo que fuese a verla para hacerle el amor.

Subió las escaleras de dos en dos.

Blossom estaba tendida sobre el lado de la cama en el que siempre se acostaba cuando iba a verle. La almohada de hierbas que solía llevarse consigo estaba rasgada y las hierbas se mezclaban con la sangre coagulada de sus heridas. Había dejado de sangrar hacía varias horas y había perdido mucha sangre. Sus laceraciones eran como las de Jocelyn: una loca destrucción de su cabeza. Su cabello oscuro era una tormenta alrededor de su rostro, pero tenía la boca extrañamente tranquila y los labios levemente separados. Sus ojos, incapaces de ver, bien abiertos, le miraban profundamente. Parecía decir: «Perdónala una vez más y para siempre, no sabe lo que hace».

La conmoción, la furia y el dolor arrastraron a Quinn hasta las mismas puertas del infierno. Cuando se estiró para tocarle la frente, pálida y fría como el ónix hecho añicos, sintió que su cuerpo transpiraba y ardía. Partículas de lavanda se le pegaron a la punta de los dedos.

Detrás, rompiendo con los quejidos agudos de sus oídos, oía a Frances que le balbuceaba a su padre:

—No fue mi intención. Como tampoco quise hacerlo con mami. Sucedió demasiado rápido. No pude evitarlo. Necesitaba beber algo. Hasta ese momento nunca me había tocado en la cama. Yo me estaba levantando para servirme un vaso. Pero ella me rodeó con los brazos y me detuvo. Dijo que beber no hacía bien. Parecía tan fuerte. Y entonces dejé de tratar de zafarme de ella. Empecé a sentir lo que mami debe de haber sentido por Olivia. Me estaba corrompiendo. Me besaba. Me acariciaba. Volví a ver a mami... la noche en que me contó lo de Olivia. Y entonces empecé a gritar por dentro, como aquella otra vez, y le pegué, le pegué.

Quinn se apartó de la cama.

Frances y su padre estaban de pie en la puerta del dormitorio. Carne tenía las manos apoyadas sobre los hombros de Frances y la apretaba contra sí en una actitud protectora. Había sobrevivido a la penosa experiencia del juicio sin sufrir en apariencia ningún trauma físico, pero en esos pocos minutos su piel se volvió lívida por envejecimiento prematuro.

Frances se volvió para hablar a su padre y no a Quinn.

—Ella no está tan dura como mami. No hace mucho que está muerta. Después de que te llamé para contarte lo de mami tardaste horas en venir. Esto pasó durante la noche. —Su voz se volvió

imperiosa—. No sé adónde la enterrarás. El jardín de Robert está pavimentado. Pero hay tierra en el lugar donde tiene las orquídeas y es fácil cavar.

Carne, temeroso de la reacción de Quinn, la apretó más contra sí.

—No la lastime —le rogó—, por favor. —Y añadió—: Lo siento... ¡Dios mío! ¡Cuánto lo siento!

Se preguntó si Quinn tenía hijos. ¿Sabía lo que significaba amar, actuar por impulso y sin razón para proteger a alguien que la mayor parte del tiempo no se interesaba por uno pero que significaba mucho más que cualquier otra persona en el mundo? Jocelyn le había dicho llena de amargura que la inestabilidad mental de Frances debía de tener su origen en él. Durante los últimos meses había llegado a creer que era cierto. Debió haber escuchado el consejo que el médico les dio a él y a Jocelyn años atrás. En aquel momento les dijeron que no era sólo un problema alcohólico. Era más que eso. Frances necesitaba atención especial. Él se había enfurecido. Jocelyn, más serena, estuvo dispuesta a escuchar. Él no había considerado la opinión de Jocelyn. Dejemos a Frances en paz. Ella está bien. Es apenas una niña. Ya se le pasará. Es normal. Normal.

Y él también. Frances había matado a Jocelyn y él la había enterrado. Sería normal matar a Quinn antes de que llamase a la policía. Esa idea aparecía y desaparecía de su mente.

El pie izquierdo de Quinn tropezó con los restos de una lámpara de mesa. Blossom debió de haber tratado de arrebatarla. Su pequeña mano sobre la colcha de cuadros marrones tenía un tajo en la palma. Blossom, mujer suave, frágil, heterosexual, que había tenido gestos cariñosos con la persona equivocada y en el momento equivocado.

Había sangre seca en el teléfono que estaba junto a la cama. Quinn tardó varios minutos en controlar los dedos para marcar el número de la policía. Tuvo dudas de que Carne se atreviese a llamar.

Frances, sorprendida, pasmada, ante esa traición definitiva miró a un hombre y a otro.

—No puedes hacer eso —le dijo a Quinn—. Tienes que ayudarme. No puedes hacerme esto.

Y a su padre:

—¡Papá, no le dejes!

El brazo de Carne la rodeaba y la apretaba contra él mientras ella luchaba por soltarse.

—No —le dijo suavemente.

Carne escuchó cuando Quinn daba los detalles del homicidio.

Un homicidio que él y Quinn habían ayudado a que se cometiera.

Antes Carne había sentido un arranque irracional de celos hacia Quinn. Pero en ese momento se había convertido en odio profundo, que apenas era capaz de controlar. Frances era su hija, su responsabilidad, no pertenecía a nadie más que a él. «Estás metiéndote en mi jurisdicción, juradito. ¿Acaso esperas que te dé las gracias por lo que has hecho? Si no la hubieses traído a tu casa, esto no habría sucedido. Si no hubieses sido jurado, tampoco habría sucedido. Habrías estado aquí anoche. Con tu ayuda o sin ella habría logrado que me absolvieran del asesinato de su madre... o quizá no. De cualquier modo la chinita estaría viva y Frances libre».

«¡Vete a la mierda por lo que hiciste!».

Frances ya no luchaba por zafarse. Empezó a temblar. Estaba muy asustada. Carne le habló con calma, con ternura. Ella le dijo que tenía frío.

Vio que sobre una silla había un albornoz de toalla de Quinn. La sangre no había llegado tan lejos; estaba limpio y parecía abrigado. Lo cogió y cubrió a su hija.

Era una manifestación de cariño. De responsabilidad dual. Los dos hombres eran conscientes de ello. Ninguno de los dos hizo comentario alguno.

Quinn observó a Carne bajar las escaleras con Frances delante de él. Sus manos, al cubrirla con el albornoz, fueron suaves. Mientras descendían las escaleras levantó los bordes del albornoz para que su hija no tropezara.

Quinn estaba demasiado lleno de odio como para sentarse al lado del padre y de la hija en la sala a esperar a que llegara la policía. Tampoco podía soportar quedarse en el dormitorio con Blossom. Su dolor era demasiado crudo y el sentimiento de responsabilidad por su muerte, demasiado intolerable. Bajó a la sala y caminó impaciente de un lado a otro. Mecánicamente, sin tomar

conciencia de lo que hacía, empezó a quitar el resto del papel del regalo de Timothy. Tocar la maceta le calmó. Las capas desiguales de arcilla verde habían sido colocadas con sumo cuidado y luego barnizadas. Se concentró en la maceta, como Timothy seguramente se habría concentrado. La tomó entre sus manos de la misma manera en que Timothy seguramente la había tomado.

Fue un contacto. Algo que necesitaba. Empezó a comprender a Carne.

En la sala, Carne sostenía la mano de Frances, que estaba sentada en silencio, en el sofá, a su lado. En el terrible intervalo hasta que llegó la policía no había nada que hacer, nada que decirse. Carne deseaba poder vivir el futuro en lugar de Frances tal como había vivido el pasado. Deseó, desde lo más profundo de ese amor que sentía hacia su hija, que Frances jamás hubiese nacido.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



BARBARA MARGARET TRIMBLE

(1921-1995)

fue una escritora británica de novelas de crimen y suspense.

Nació en Holyhead, Anglesey, Gales y escribió bajo los seudónimos B. M. Gill y Margaret Blake.

Empezó a escribir desde muy joven, sin embargo, no fue hasta que su último marido la convenció para hacer algo al respecto, que se puso a escribir en serio. Se convirtió en poco tiempo en una de las más celebradas autoras británicas.

Ganadora con su novela *El jurado número 12* (*The Twelfth Juror*) del premio Gold Dagger en 1984, y nominada en dos ocasiones para el premio Edgar de los Mystery Writers of America, raro privilegio para un autor británico, ha publicado en español, entre otras: *Crímenes infantiles*, las atroces perversidades de una peligrosa mente infantil; *El club del crimen*, una magnífica lección magistral de deducción en el más puro estilo británico y *Me muero por conocerte*.